

LE
MONDE
diplomatique
Aún Creemos en los Sueños



Nuevo libro DIGITAL
\$2.500

**La escuela
en movimiento**

PDF en venta en
www.editorialauncreemos.cl

La respuesta de Chile ante el Coronavirus

por Izkia Siches



Cristián Velasco, Hu-Man (fotoperformance), 2011 (www.cristianvelasco.cl) - Registro fotográfico: Nicolás Supervy

Dossier la pandemia en Chile

por Andrea Sato, Álvaro Ramis, Luz Vidal, Libio Pérez, Clara González,
Fernando Estenssoro, Dante Castillo, Alejandro Vega y Mario Torres

**-Covid-19: Después de la crisis...
las crisis**

- ¿Quién pagará esta crisis?

**-Tras la pandemia, la
planificación ecológica**

**-Pretenden imponer la era
del control digital**

**-Vivimos un anticipo
del choque climático**

-Reinventar la humanidad



Equipo

Difusión

EDICIÓN CHILENA

Director:
Víctor Hugo de la Fuente

Editor General:
Libio Pérez Zúñiga

Iconografía:
Dominique Monteau

Diseño y diagramación:
Cristián Escobar

Administración:
Lidia Saavedra
Ruth Flores
Iván Silva
Freddy Araneda
Consultora en administración
y finanzas: Allende y Montes
Asociados Ltda

Colaboradores:
Margarita Iglesias
Federica Matta
Ricardo Parvex
Álvaro Ramis
Gonzalo Rovira
Luis Sepúlveda

Le Monde Diplomatique
Edición chilena
es una publicación mensual de la
Editorial "Aún Creemos
en los Sueños"

Dirección: San Antonio 434
local 14 - Santiago Chile

Teléfono: 22 608 35 24

E-mail:
edicion.chile@lemondediplomatique.cl

Página web:
www.lemondediplomatique.cl

Impresión:
Gráfica Andes LTDA.

De este número
se imprimieron 8.000
ejemplares

Distribución:
Quioscos: Meta
Librerías: LOM Ediciones

EDICIÓN CONO SUR

Director:
José Natanson

Redacción:
Carlos Alfieri
Creusa Muñoz
Luciana Garvarino
Nuria Sol Vega
Pablo Stancanelli

Le Monde Diplomatique (Francia)

Fundador:
Hubert Beuve-Méry
Presidente del Directorio
y Director de la redacción:
Serge Halimi
Jefe de redacción: Benoît Bréville
Jefes de redacción adjuntos:
Martine Bulard y Renaud Lambert
Encargada de desarrollo y ediciones
internacionales:
Anne-Cécile Robert

1-3 rue Stephen-Pichon,
75013 París Francia
Tél.: (331) 53 94 96 21
Fax: (331) 53 94 96 26
E-mail:
secretariat@monde-diplomatique.fr
Internet: www.monde-diplomatique.fr

Ediciones internacionales de
Le Monde Diplomatique

ALBANIA Y KOSOVO. Mensual,
editado por Bota Diplomatike, Eduard
Lir, Nr 50, Ap.10, 10000 Prishtina,
Kosovo. 500 ejemplares
(Friedrich

ALEMANIA. Die Tageszeitung.
(Friedrichstraße 21, 10969 Berlín);
80.000 ejemplares, supl. mensual.
www.lemondediplomatique.de

BRASIL. Palavra Livre (Rua Araújo
124, São Paulo); 30.000 ejemplares,
mensual.

BULGARIA. Les Amis du Monde
diplomatique. (Rakovski 78, 1.000
Sofía); 6.000 ejemplares, suplemento
de Duma.

CHILE. Editorial "Aún Creemos en los
Sueños" (San Antonio 434, Local 14,
Santiago); mensual, 8.000 ejemplares.
www.lemondediplomatique.cl

COLOMBIA. Tebeo Comunicaciones
S.A. (Avenida 19, N° 4-20, Bogotá);
6.000 ejemplares, mensual.

COREA DEL SUR. Sociedad Le
Monde Corea. (Seúl); 5.000
ejemplares, mensual.

ESLOVENIA. Novinarski Klub.
(Tavcarjeva 15, Ljubljana, Eslovenia);
1.000 ej., mensual.

ESPAÑA. Ediciones Cybermonde SL.
(Aparisi i Guijarro N° 5, 2º, 46003,
Valencia); 30.000 ejemplares,
mensual.

GRECIA. Avgi. (Agiou Konstantinou
12, 10431 Atenas); 10.000
ejemplares, suplemento semanal,
www.monde-diplomatique.gr

HUNGRÍA. Edición electrónica
difundida por Közép-Európai
Fejlesztési Egyesület, Múzeum u. 7.
Kossuth Klub, Budapest).
www.magyardiplo.hu

INDIA. Hard News. (Gautam Nagar
110049, Nueva Delhi); 40.000
ejemplares, suplemento mensual
en inglés.

IRÁN. Sedaye Adalat. (60/6 rue
Sarve, Ave Vali Asr, Teherán); 5.000
ejemplares, suplemento mensual.

IRLANDA. Village. (44 Westland
Row, Dublin 2); suplemento semanal
en inglés.

ITALIA. Il Manifesto. (via Angelo
Bargoni 8, 00153 Roma); 49.000
ejemplares, suplemento mensual.

LUXEMBURGO. Tageblatt. (44, rue
du Canal, 4050 Esch-sur Alzette);
30.000 ejemplares, suplemento
mensual en alemán.

**GRAN BRETAÑA Y MUNDO
ANGLÓFONO.** Edición mensual, 5.000
ejemplares
https://mondediplo.com.

MUNDO ÁRABE. La versión árabe es
editada por la Sociedad Nouvelles
Presses disponible por suscripción
(www.editionarabediplo.com);
publicada en varios diarios de Medio
Oriente, el Golfo y el Magreb.

NORUEGA. Diplo AS. Distribuido
en Noruega, Suecia, Finlandia y
Dinamarca por la Sociedad (Le Monde
diplomatique Norge AS, Postboks 33
Crefsen, 0409 Oslo); Mensual 25.000
ejemplares www.lmd.no

POLONIA. Livres et presse.
(Rue twarda, 60, Varsovia); 10.000
ejemplares, mensual.

PORTUGAL. Cooperativa Outro
Modo, Rua Febo Moniz, n° 13, R/C,
1150-152 Lisboa; 4.000 ejemplares,
mensual.

RUSIA. Asociación Le Monde
diplomatique rusa. Kakhovka
9-1-176, 113303, Moscú;
ru.mondediplo.com.

SERBIA. Mensual, l'hebdomadaire
Nedeljnik. 20.000 ejemplares.
www.nedeljnik.rs

SUIZA. El semanario
Wochenzeitung. (Hardturmstrasse
66, Postfach 8031, Zurich); 20.000
ej., suplemento mensual.

TURQUÍA. Suplemento mensual del
diario Cumhuriyet. Empresa Yeni
Cün Haber Ajansı Basın ve Yayıncılık
Anonim Şirketi, oficina principal
Prof Nurettin Öktem Sok. No: 2 Şişli,
Estambul. 50.000 ejemplares.

VENEZUELA. (Cuarta av. Res Unión,
Torre B. Local E y F, Caracas),
5.000 ejemplares.

EN INTERNET
Chino: http://cn.mondediplo.com
Esperanto: http://eo.MondeDiplo.com
Inglés: http://MondeDiplo.com
Japonés: www.diplo.jp

Le Monde diplomatique se difunde
en 22 idiomas en sus 31 ediciones
internacionales
https://www.monde-diplomatique.fr/
diplo/int/

Editorial "Aún Creemos en los Sueños"

La Editorial "Aún Creemos en los Sueños" publica
la Edición chilena de Le Monde Diplomatique
Director: Víctor Hugo de la Fuente

San Antonio 434 - local 14 - Santiago-Chile
Tel.: (56) 22 608 35 24
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.lemondediplomatique.cl
www.editorialauncreemos.cl

Pandemia: Una excusa
para la represión

por Libio Pérez*

"El 50 por ciento de quienes cometen delitos ha pasado alguna vez por el sistema de Sename", dijo en reiteradas ocasiones el abogado Jaime Campos mientras fue ministro de Justicia en el segundo gobierno de Michelle Bachelet (1), aludiendo a estudios internos realizados por Gendarmería de Chile, el organismo que está a cargo de las más de 130 mil personas que -bajo distintas modalidades- están bajo su custodia (2).

Según informaciones oficiales de Sename, en 2017 la institución atendió en sus distintos programas a casi 200 mil niños, niñas y adolescentes (3) la mayoría de ellos en el área de protección de derechos. Este es el universo aproximado al que la Agencia Nacional de Inteligencia (ANI) buscaba llegar y obtener información según el acuerdo suscrito entre ambas instituciones a través de un convenio (4) que buscaba dar "acceso (a la) información que posee Sename y que la ANI considere relevante y pertinente para generar inteligencia, estableciéndose una alianza estratégica de cooperación institucional". A poco andar fue desestimado por el fuerte rechazo que concitó y por las flagrantes vulneraciones de derechos que suponía tal acuerdo (5).

Ni el documento, ni las autoridades a cargo explicaron con transparencia el objetivo preciso del traspaso de informaciones de la niñez vulnerada hacia el organismo de inteligencia, que no fuera la extendida sospecha que se trataba de un mecanismo de control anticipatorio de quienes eventualmente podrían cometer delitos. No solo porque es extendida la apreciación del exministro Campos que asocia la vulnerabilidad de la población de Sename con la eventual comisión de delitos, sino también porque fue extendida la creencia que parte de la llamada "Primera línea" de las protestas estaba integrada por niños vinculados a Sename.

El episodio ANI-Sename es apenas un ejemplo de cómo las autoridades, desde distintos niveles, aprovechan el shock que ha impuesto la pandemia para avanzar en políticas de control de la población. Se trata de medidas que limitan libertades, acotan derechos, y que -en la medida de lo posible- buscan instalar una visión autoritaria para encarar los problemas sociales y políticos que se pusieron en evidencia con la rebelión de octubre y que han permanecido pese a la crisis sanitaria.

En esa línea, una carta al diario *El Mercurio* alertó sobre el envío al sur del país de efectivos del Ejército especializados en contrainsurgencia, suscrita por un general retirado de esa fuerza y que en el pasado tuvo participación en los organismos represivos de la dictadura. Aunque el hecho fue reiteradamente desmentido por las autoridades regio-

nales de la Araucanía, no pasó inadvertido el escenario de mayor control de esa zona derivado de acciones de propaganda de grupos activos de la causa mapuche.

Los hechos son coincidentes con el uso más intensivo de la fuerza militar en las calles de las grandes ciudades chilenas, ya no solo custodiando instalaciones "estratégicas", como indica el decreto que impuso el Estado de Catástrofe dictado por el gobierno, sino también en el control directo de la ciudadanía.

Ocurrió a mediados de abril, cuando una patrulla militar en la ciudad nortina de Calama detuvo a ocho personas durante el toque de queda, y en vez de entregarlas a Carabineros -como dicta el reglamento del Estado de Excepción- o pasarlas a control de lesiones, las llevaron y abandonaron en el desierto. Seis militares, incluido el oficial a cargo de la patrulla, fueron formalizados ante la justicia (6).

"Las facultades de emergencia no deberían ser un arma que los gobiernos puedan utilizar para sofocar la disidencia, controlar a la población e incluso perpetuar su tiempo en el poder", alertó desde Ginebra la Alta Comisión de la ONU para los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, en relación a una tendencia global, que también se reflejaba en Chile (7).

Es notorio el esfuerzo de las autoridades chilenas para dejar "clavadas banderas" de su ideario neoliberal y autoritario, ya no solo en el escenario económico, con la precarización del empleo y la vida, el salvataje a las grandes empresas incluidas las de los grupos económicos, el traspaso del costo de la crisis a los trabajadores, sino también en una mayor restricción de las libertades, la imposición de dispositivos represivos y en la clara intencionalidad de hacer permanente el Estado de Excepción. ■

1. Jaime Campos fue ministro de Justicia entre 2016 y 2018.

2. Ver Estadísticas de Gendarmería en https://www.gendarmeria.gob.cl/estadisticaspp.html

3. Ver Cuenta Pública en https://www.sename.cl/web/index.php/2018/06/20/casi-200-mil-ninos-ninas-y-adolescentes-fueron-atendidos-por-la-red-sename-durante-2017/

4. Ver contenidos del convenio en https://www.infogate.cl/2020/04/24/centros-de-estudios-de-la-oposicion-rechazan-acuerdo-ani-sename-y-piden-dejarlo-sin-efecto/

5. Ver https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/organismos-del-estado/gobierno-pidio-dejar-sin-efecto-el-polemico-convenio-sename-ani/2020-04-27/105749.html

6. Ver https://www.cnnchile.com/coronavirus/militares-abandono-personas-desierto-toque-de-queda_20200418/

7. Ver La Jornada https://www.jornada.com.mx/ultimas/mundo/2020/04/27/repudia-onu-la-violencia-policiaca-durante-confinamiento-1845.html

*Editor general de la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*.

Le Monde Diplomatique y el 1º de mayo

Saludamos a todos los trabajadores y trabajadoras citando a
Salvador Allende en su discurso del 1º de mayo de 1971

"Trabajadores de Chile: Éste no es un día de fiesta; éste es un día de recuerdo, de rememoración. Un día para mirar hacia atrás, más allá y dentro de la frontera de la patria y rendir un homenaje a todos aquellos que, en distintas latitudes, cayeron luchando por hacer más digna la vida del hombre y conquistar la auténtica libertad".

La librería *Le Monde Diplomatique* ha cerrado hasta nuevo aviso.
Adquiera las ediciones digitales en PDF del periódico y los libros.
Más económicas, envío inmediato por mail.

Compre en:

www.editorialauncreemos.cl

Calendario de fiestas nacionales 1 al 31 de mayo

3 Polonia	Fiesta Nacional	20 Timor Oriental	Independencia	25 Jordania	Independencia
15 Paraguay	Fiesta Nacional	22 Yemen	Fiesta Nacional	26 Georgia	Independencia
17 Noruega	Fiesta Nacional	24 Eritrea	Fiesta Nacional	28 Azerbaiyán	Fiesta Nacional
20 Camerún	Fiesta Nacional	25 Argentina	Fiesta Nacional	28 Etiopía	Fiesta Nacional

Aprendizajes y dificultades en el combate a la pandemia

La respuesta de Chile ante el Coronavirus

por Izkia Siches*

El Coronavirus ha puesto a prueba a los sistemas sanitarios de todo el mundo, que repentinamente se vieron enfrentados a un virus nuevo, con un gran potencial de contagiosidad y letalidad. Los gobiernos se vieron forzados a tomar decisiones drásticas de aislamiento social, para evitar la mayor propagación del mismo y el colapso de la red sanitaria, pues con la experiencia de Italia y España quedó en evidencia que la toma tardía de estas medidas podía disparar la transmisión, elevando así la cantidad de personas con cuadros graves y fallecimientos.

Chile, pandemia y estallido social

En Chile, la pandemia nos encontró en un momento social complejo, después de un estallido social que había reventado la burbuja del “oasis de Latinoamérica”, con una ciudadanía movilizada, autoridades con niveles bajísimos de aprobación y un proceso constituyente en marcha, que tendría como hito relevante el plebiscito del 26 de abril de 2020.

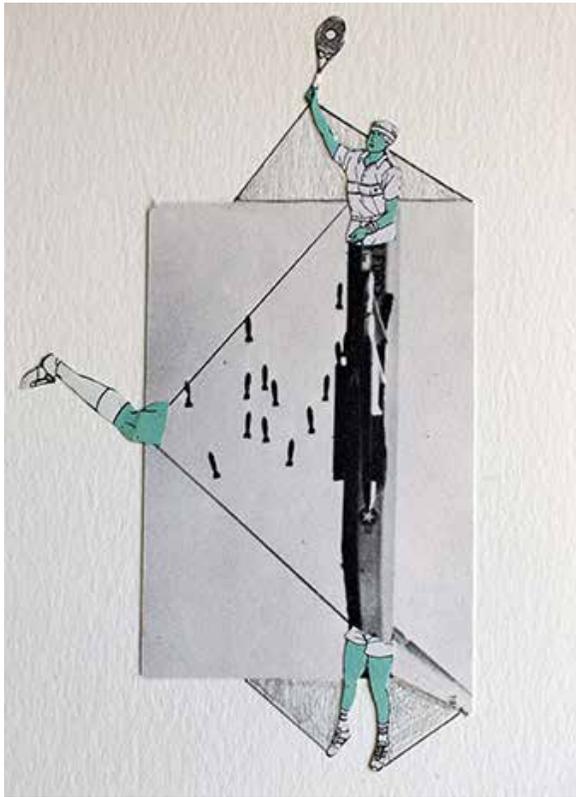
Frente a este escenario y comprendiendo la gravedad de la amenaza sanitaria, como Colegio Médico manifestamos desde el día uno nuestra disposición a trabajar en conjunto para enfrentar esta crisis y solicitamos insistentemente al gobierno la participación más directa de expertos con experiencia en pandemias, entendiendo la importancia de que las decisiones políticas contaran con un respaldo técnico que diera confianza a la ciudadanía y generaran consenso en la comunidad médica y científica. Esto era de gran relevancia, considerando que, de acuerdo a la experiencia internacional, nuestro país iba a tener que empezar a tomar medidas cada vez más restrictivas, que para muchos podían ser vistas como una manera de acallar el movimiento social. Lamentablemente, esta solicitud tardó en tener eco.

Primeras medidas

Como era de esperar y ante la inminente llegada del virus, el gobierno comenzó a tomar medidas. En enero, el Ministerio de Salud emitió alertas sobre Covid-19 a los departamentos de aduanas e inmigración para que detectaran los casos entrantes mediante un cuestionario voluntario, pero hubo muchos reportes de que este control no estaba siendo eficiente. Luego, el 2 de marzo se comenzó a exigir una declaración jurada obligatoria a todas las personas que ingresaran desde países afectados, no obstante, la cuarentena era opcional en un inicio y los controles a los viajeros fueron débiles y poco sistemáticos. A fines de febrero se decretó Alerta Sanitaria, lo que permitía disponer de más recursos económicos y humanos para preparar la red asistencial.

El 3 de marzo se confirmó el primer caso importado en Chile y días después, el 11, finalmente, el Presidente formó un comité asesor de expertos compuesto por funcionarios de salud pública y académicos. El 14 de marzo, se declaró la fase 3 y desde el Colegio Médico y junto a los alcaldes, comenzamos a exigir un curso de acción más drástico, incluido el cierre de escuelas y universidades a nivel nacional.

El domingo 15 de marzo se anunciaron una serie de medidas que incluían un proyecto de ley para permitir que algunos reclusos cumplieran sus condenas bajo arresto domiciliario, la prohibición de eventos con 200 o más asistentes y la



Paula Ábalos, El tenista (collage), 2017 (www.paulaabalos.com)

cuarentena para adultos mayores y hogares de menores. El Colegio Médico siguió exigiendo medidas más estrictas, como prohibir los eventos masivos y hacer que el test fuera gratuito, para avanzar en la estrategia de identificar los casos y aislarlos.

La presión social y el gobierno

Ante la falta de mayores definiciones por parte del gobierno, las universidades tomaron iniciativa propia de suspender clases presenciales, a lo que se sumaron algunos colegios y municipios. El Presidente no tuvo más alternativa que ceder y decretar el cierre de las escuelas del país desde el 16 de marzo. Recientemente, el ministro de Salud ha afirmado públicamente haber estado en contra de esta medida, dando a entender que fue la presión de otras voces la que facilitó su ejecución.

Chile llegó a 100 casos confirmados el 16 de marzo y se declaró la fase 4 de la pandemia. La campaña de vacunación contra la influenza comenzó en paralelo, generando aglomeraciones de la población de riesgo en distintas comunas del país. Más tarde, esta misma escena se repitió a fin de mes con aglomeraciones para pagar los permisos de circulación, tras un error en una ley aprobada por el parlamento, que tuvo que ser corregida con un veto presidencial, y hemos visto que recurrentemente ocurren estas situaciones -totalmente evitables- en las cursales de la Administradora de Fondos de Cesantía, bancos, notarias, entre otros.

La tercera semana de marzo estuvo marcada por falta de definiciones más estrictas. Esta vez fueron los alcaldes quienes tomaron la iniciativa, cancelando eventos, cerrando centros comerciales y declarando cuarentenas preventivas. Desde el Colegio Médico, seguimos preocupados por las dudas que ponía la ciudadanía sobre las acciones del gobierno, por lo que comenzamos a reunirnos con organizaciones políticas de todo el espectro para discutir la necesidad de reconsiderar la fecha del plebiscito, y con representantes del mundo social para hacer un llamado a quedarse en el hogar y evitar nuevas manifestaciones públicas. Tanto la comunidad médica como otros actores, insistimos en llamar a la ciudadanía a no salir, al mismo

tiempo de presionar a las autoridades por una cuarentena obligatoria y cierre de la ciudad de Santiago. En ese momento, el Ministerio de Salud parecía concentrar sus esfuerzos en una batalla comunicacional con la sociedad, más que avanzar en la toma de nuevas definiciones. Era urgente asegurar que las personas se quedaran en casa, pese a que el gobierno no tomara medidas más categóricas con ese objetivo.

El 18 de marzo la presión logra nuevas respuestas. el gobierno finalmente declaró el estado de emergencia y las fronteras se cerraron. Además, el ministro del Interior convocó a un comité de distintas áreas, desde alcaldes, rectores de universidades, exministros y el Colegio Médico en la “Mesa Social Covid-19”. El mismo día se impuso el toque de queda nacional y se han ido decretando cuarentenas en distintas comunas y zonas del país, cordones y aduanas sanitarias, como medidas para disminuir la circulación de personas y el mantener distanciamiento físico. Esto de acuerdo con los datos epidemiológicos, que hasta ese momento no eran compartidos con el Colegio Médico ni las Sociedades Científicas del país. Cabe recordar que estas medidas son tomadas sin ser consultadas con la Mesa Social y, muchas de ellas, tampoco con el Consejo Asesor.

El gobierno, presionado por otros actores políticos y sociales, ha ido tomando iniciativas que, sumadas a la destacable acción de una ciudadanía que tomó conciencia de evitar el contacto social independientemente de si su territorio estaba o no en cuarentena, han logrado hasta ahora evitar un alza mayor en el número de contagios.

El problema de los datos

Hemos sido insistentes en visibilizar una falta de transparencia en los datos, fundamentales tanto para el conocimiento de la situación dinámica territorial de la pandemia, como para la toma de medidas sanitarias. El primer informe con datos desagregados por comunas se publica el 30 de marzo, casi a un mes del primer caso. Aún no conocemos la cantidad de test realizados en cada comuna y sus diferencias según las características socioeconómicas de los territorios. En muchos otros países, estos da-

tos se ponen a disposición de la comunidad científica, con el fin de que puedan analizarlos y aportar con propuestas. Lamentablemente, este hermetismo no solo limita la posibilidad de sumar apoyos técnicos para enfrentar la pandemia, sino que además suma desconfianzas a una ciudadanía a la que se le debe el mayor respeto y agradecimiento por su enorme colaboración a evitar una mayor propagación del virus.

¿Tiempo de relajar medidas?

Por ahora, Chile no ha alcanzado su capacidad de cuidados críticos, aunque algunos lugares como Temuco y Punta Arenas se han visto estresados por la demanda asistencial, teniendo que trasladar pacientes y reforzar su número de camas con ventilación mecánica a más del doble de su capacidad habitual. Si bien los números hasta el momento muestran un escenario “controlado”, esto en ningún caso nos puede permitir ser triunfalistas y relajar las medidas de distanciamiento y confinamiento, pues sin ellas el escenario sería dramático.

Nos parece que aún no es el momento de relajar la estrategia. Peligrosamente, a fines de abril se observa un aumento importante de casos en varias comunas populares del gran Santiago, y núcleos urbanos del Norte Grande, como las ciudades de Iquique y Antofagasta, y al 27 de abril tenemos 6.288 casos positivos, el número más alto de personas con capacidad de transmitir la infección desde el inicio del brote. Es por esto que nos han sorprendido los recientes anuncios gubernamentales sobre el regreso a una “nueva normalidad”, queriendo acelerar el retorno presencial a clases y trabajos, mientras reabre centros comerciales. Ejemplo de aquello fue la iniciativa por el retorno al trabajo presencial de los funcionarios públicos para el pasado 20 de abril, que luego de recibir el rechazo de múltiples reparticiones públicas, agrupaciones de trabajadores y entidades técnicas, incluido el Consejo Asesor nombrado por el mismo gobierno, fue reconsiderada y cambiada por una futura estrategia gradual.

Hoy en Chile y el mundo debemos ser capaces de discutir temas de fondo en materia social, económica y sanitaria, que posibiliten a las sociedades para enfrentar esta u otras pandemias. Mientras ello no ocurre, hoy la cotidianidad levanta innumerables preguntas que muestran los vacíos que se hacen más evidentes en estas circunstancias: ¿Quién y cómo entrega certezas a la tercera edad para quedarse en casa si no tienen con qué alimentarse ni pueden acceder a sus medicamentos? ¿Quiénes se quedan al cuidado de los hijos de los padres que trabajan en el sistema sanitario?

Al parecer nos encontramos en ese momento histórico que nace como necesidad -y abre una oportunidad- de repensar el nuevo orden social, económico y político desde la solidaridad y colaboración, en base a un oponente que nos une en un mismo problema.

Desde el Colegio Médico de Chile continuaremos trabajando activamente por proteger a las personas y asegurar las condiciones mínimas necesarias para discutir un cambio de estrategia. Mientras, como en el resto del mundo, seguiremos aprendiendo todos los días sobre este virus y agradeciendo a la ciudadanía y al personal de salud, que con su compromiso han evitado, hasta ahora, situaciones de colapso como se han visto en otras latitudes. ■

*Presidenta Colegio Médico de Chile.

Una interpretación de la pandemia del Covid-19

Viralidad y saneamiento político

por Álvaro Ramis*

La historia de la medicina siempre remite a una interpretación política de la enfermedad. Ya en Hipócrates se puede ver esta relación directa entre las patologías de los cuerpos y las patologías de la sociedad. Hasta bien entrada la modernidad la salud corporal se fundaba en el equilibrio de los “cuatro humores”, entendidos como los cuatro líquidos básicos del organismo. La enfermedad era interpretada como un exceso o un déficit de bilis negra, bilis amarilla, flema y sangre. Estos cuatro líquidos podían aumentar o disminuir en razón de factores como la alimentación o la actividad de los individuos. A la vez el superávit o desequilibrio de humores afectaba tanto la corporalidad como la personalidad. Quienes tenían mucha sangre eran sociables, aquellos con mucha flema eran calmados, aquellos con mucha bilis amarilla eran coléricos, y aquellos con mucha bilis negra eran melancólicos.

En forma equivalente se consideraba que las naciones, para mantener su salud política, debían tener ese mismo equilibrio de humores. En autores como Hume, Bodin, Montesquieu o Voltaire se pueden encontrar muchas referencias a esta teoría médica como fundamento de una filosofía política. La clave era encontrar una forma de gobierno adecuada al “carácter de los pueblos”, o personalidad colectiva que se expresaba en los humores dominantes de su población. Para Aristóteles la política sabia y prudente consistía en “acomodar la forma de las cosas públicas al natural de los lugares”. Bodin escribe en el siglo XVI que “el natural del español... por ser mucho más meridional, es más templado y melancólico, más firme y contemplativo... que el francés, que de su natural... [es] inquieto y colérico”. Por ello se debían considerar principios esencialistas respecto al supuesto carácter nacional: por ejemplo, que Francia es inclinada a los pleitos, o España es una nación displicente y fatalista. Montesquieu en “El Espíritu de las Leyes” pensaba que el frío o el calor del clima dan a las diversas naciones un tan diferente carácter que de ello se siguen varios efectos: “Si es verdad que el carácter del espíritu y las pasiones del corazón son extremadamente diferentes en los diversos climas, las leyes deben ser relativas a la diferencia de esas pasiones y a la diferencia de esos caracteres”. Este determinismo salubrista de la política también se expresaba en las



Consuelo Walker, Doré IV, 2016 (Gentileza Galería Artespacio)

medicinas y tratamientos a seguir: la teoría de los cuatro humores prescribía terapias como la sangría para tratar los excesos de sangre (plétora) o la aplicación de calor para el excedente de bilis negra, o prescribir un emético para inducir el vómito para la flema, o un diurético para inducir la micción de bilis amarilla. De la misma forma, una nación podría requerir una “sangría” para calmar sus humores dominantes. La guerra o la represión sangrienta eran formas adecuadas de terapia política de acuerdo a esta idea.

Higienismo social y político

Pasó mucho tiempo hasta que se logró consolidar, gracias a Louis Pasteur, la “teoría germinal de las enfermedades infecciosas”, que identificó la causa (etiología) de las enfermedades en un germen con capacidad para propagarse entre las personas. Más tarde con Beijerinck, ya entrado el siglo XX se consolidó la virología, que identificó agentes infecciosos microscópicos acelulares, que solo puede reproducirse dentro de las células de otros organismos. Es decir, sólo hasta el siglo XX se logró superar plenamente los restos residuales de la teoría que sostenía que las enfermedades no provenían de adentro del cuerpo debido a un desequilibrio de humores.

Surge así una nueva salubridad pública, que identifica a las bacterias o agentes microbianos como culpables de la enfermedad. La higiene individual se acompañó así de una higiene social, como necesario complemento de la misma comprensión de la salud pública. En Chile esta fue la política liberal del siglo XIX, como la que impulsaron Benjamín Vicuña Mackenna, José Joaquín Aguirre, Alejandro del Río, Federico Puga Borne, Octavio Maira, Pedro Lautaro Ferrer y Ricardo Dávila. Para ellos la higiene social era sinónimo de una administración sanitaria urbana, incorporando

el aseo de calles y avenidas, la relocalización de los mataderos, la construcción de habitaciones populares salubres, el abastecimiento de agua potable, la dotación de alcantarillado y la enseñanza de la higiene a la población. En esa misma línea se inscribe la tesis de grado del doctor Salvador Allende, “Higiene mental y delincuencia”, de 1933, donde vincula causas de la criminalidad a factores sociales estructurales, a la luz de los progresos científicos de la época. Esta idea marcará al itinerario de Allende integralmente: como ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social Pública en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, Allende publica “La Realidad Médico-Social Chilena”, que acompañó la unificación de las estructuras asistenciales, y que anticipó la Ley del Servicio Nacional de Salud de 1952. La Unidad Popular recogió esta inspiración en cada una de sus 40 medidas, que en su conjunto constituyen un proyecto de “Saneamiento Democrático” del país.

Pero para otros actores políticos, la higiene social tuvo, y todavía tiene, otros sentidos. La más evidente es la interpretación racista del higienismo bajo el nazismo, que llevó a la política de eugenesia activa en las Leyes de Nuremberg, y que se expresó en la prohibición de matrimonios interraciales, esterilizaciones forzadas, y todo un programa para promover el nacimiento de gente de “raza aria” al mismo tiempo que se exterminan las “razas inferiores”. Este “higienismo racial” también tuvo un correlato en la derecha como “higienismo político”, que identificó al agente patógeno en las “ideologías foráneas”, que como microbios o virus patógenos invaden la pristina pureza política de la patria. En Chile la dictadura militar adhirió de forma explícita a esta concepción higienizante de la política, para la cual prescribió dos remedios: el militar (“extirpar el cáncer marxista”, como afirmó el integrante de la Junta Militar, ge-

neral Gustavo Leigh) y el legal, por medio de la Constitución de 1980, pensada explícitamente por Jaime Guzmán como el “antídoto” frente a un “Estado opresor de las libertades individuales”.

La teoría miasmática de la enfermedad

Junto a la teoría de los humores, existió también otra interpretación pre-científica de la enfermedad. Es la teoría de los “Miasmas”, concepto griego que significa “contaminación”. Bajo esta idea las enfermedades provenían de un agente externo al organismo, frecuentemente identificado con emanaciones fétidas de suelos y aguas impuras. Estos vapores o aires enrarecidos eran enviados por los dioses como efecto de una falta o transgresión colectiva de un pueblo. Por eso los miasmas solamente podían ser purgados con la muerte sacrificial del agente que causó la ofensa a los dioses, y a la vez reparando el daño. Mientras no se pueda ejecutar este sacrificio la sociedad afectada seguirá sufriendo el castigo divino.

Una forma de responder a este problema era la realización de “Rituales Catárticos”. En griego katharsis significaba “purificación”, entendida como proceso de aplacar a un dios enfadado o molesto por alguna razón. Por medio de un rito el dios quedaba aplacado, el miasma disperso, y surgía una nueva oportunidad de vida saludable. Los participantes en el rito catártico tenían que experimentar un “ekstasis”, entendido como un “salir afuera de sí mismos” durante unos días específicos. Era necesario romper con la existencia normal, para enfrentarse a las causas más profundas del enfado divino.

A diferencia de la teoría del equilibrio de humores, la teoría miasmática pone el origen de la enfermedad fuera del propio organismo. En ella aparece el agente patógeno, que invade la esfera de la vida normal, debido a un desequilibrio político-ambiental que es castigado por los dioses, como transgresión al orden original y justo. En esta concepción se expresa una visión unitaria entre enfermo y enfermedad por la cual la enfermedad constituye una limitación, pero también una oportunidad para el cambio social y político, y para poder lograr una nueva forma de integración de la comunidad. Esta comprensión de la teoría miasmática permitió a Avicena, en el siglo XII, aislar a las personas durante 40 días para alejarlas físicamente de los miasmas. Llamó este método al-Arba'iniya (los cuarenta), método que pasó a los comerciantes venecianos que la denominaron “quarantena” («los cuarenta» en italiano).

Chile ya estaba viviendo una forma de cuarentena desde el 18 de octubre de 2019. Más que un “estallido”, lo que ha vivido Chile desde esa fecha es un proceso ritual de catarsis radical, que apunta a la raíz de las patologías sociales y políticas que afectan al país. El éxtasis de la Plaza Dignidad, replicado capilarmente en todo el país, de forma “viral”, constituye un proceso inacabado, interrumpido por la fuerza de la pandemia del Covid-19, que ha obligado a la distancia social como medio de resistencia ante el contagio. Pero sería un error pensar que el proceso catártico de octubre se ha terminado. Quedan muchos miasmas que conjurar todavía. ■

*Rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Impactos de la crisis

Endeudamiento y hogares ¿Quién paga la pandemia?

por Andrea Sato Jabre*

A medida que observamos que las ciudades en cuarentena y los cuerpos contagiados aumentan en el mundo, de forma paralela presenciamos el desplome de las bolsas globales. Las economías mundiales entran en un periodo de recesión sin precedentes, lo cual nos muestra una incómoda verdad: Las trabajadoras/es son quienes crean la riqueza y no los empresarios. El engranaje principal para que funcione la máquina capitalista es la fuerza de trabajo y las finanzas globales dependen de ella.

A pesar de la centralidad que cobran las trabajadoras y trabajadores para la creación de valor a escala mundial, van a ser los hogares que viven del trabajo quienes se verán más perjudicados en el escenario de crisis económica. Son los hogares proletarios los que se van a enfrentar a los recortes estatales, a la falta de ingreso y al endeudamiento. Para los hogares de la clase trabajadora no hay planes económicos de salvataje del Fondo Monetario Internacional ni del Banco Mundial.

Para entender los alcances de la crisis capitalista que estamos vivenciando es importante observar que ésta no se inaugura en enero con el primer brote de COVID-19, la crisis es profunda, sistémica y se viene incubando hace décadas. El modelo de desposesión que ha contagiado a todos los países del mundo es el caldo de cultivo para la pandemia más letal de todas, el sistema de acumulación capitalista.

El empleo precario

En Chile, el conflicto que enfrenta al capital y la vida, se manifiesta claramente al observar el bajo valor del trabajo, la precarización del empleo y los bajos ingresos. En los últimos 117 meses (casi 10 años) se han creado 1.622.082 empleos, del total de empleos creados durante ese periodo, el 65,1% corresponde a empleo precario que responde a trabajadoras/as externos o cuenta propistas (1). Observamos que de forma sistémica hay un ataque al trabajo -remunerado y no remunerado- en pos del beneficio del capital, las formas de extraer valor es precarizar y por tanto obtener ganancia de la explotación. La creación de empleo precario tiene una clara consecuencia: bajos salarios e ingresos insuficientes para los hogares; en Chile el 50 % de las trabajadoras/es gana menos de \$400.000 y prácticamente 7 de cada 10 trabajadoras/es menos de \$550.000 líquidos (2).

Endeudamiento

Este panorama es poco alentador ya que podemos prever que gran parte de las trabajadoras/es está quedando y quedará sin ingresos en este periodo, ya que el 38,9% de la fuerza de trabajo ocupada, casi 3 millones 600 mil personas en este momento no tienen contrato o están bajo la modalidad de honorarios (3). Este grupo de personas es diferente, pero comparten las condiciones de inestabilidad, bajos ingresos y desprotección estructural. La falta de ingresos obliga a las personas a endeudarse para llegar a fin de mes, las deudas se constituyen en ingresos complementarios ante los bajos salarios, este mecanismo de subsistencia no se inaugura con la cuarentena o con el estallido social como ciertos analistas deslizan, el “pedaleo” de la deuda lleva larga data, podemos observar que, para diciembre del 2015, 3.860.193 personas se encontraban con deuda morosa y en diciembre 2019 esta cifra había aumentado a 4.733.305.

El aumento de la morosidad en los hogares chilenos ha sido exponencial, y estos alarmantes números se vuelven catastróficos cuando se establece que la morosidad promedio para cada persona morosa es de \$1.864.724 (4) ¿Es posible que personas que tienen salarios de \$400.000 pesos logren saldar deudas que sobrepasan más de 4 veces sus ingresos mensuales? Es evidente que no, por lo mismo, el 73% de las personas que están morosas lo están desde el año 2015 y el 20% han estado de forma intermitente en morosidad durante el periodo.

Hoy día, la deuda se configura como una herramienta que busca solucionar los graves problemas de acceso a bienes y servicios que tienen los hogares, los ingresos insuficientes empujan a las personas a suscribir deudas que difícilmente podrán pagar porque los salarios no alcanzan. En contexto de pandemia, los ingresos se reducirán aún más, ya que gran parte de la fuerza de trabajo no podrá realizar las ac-

tividades cotidianas para la subsistencia y quien las realice se expondrá al contagio. En este círculo vicioso, sólo unos pocos ganan, quienes acumulan capital a través de la apropiación del plus valor y agentes del capital financiero que especulan con las necesidades de los hogares. ■

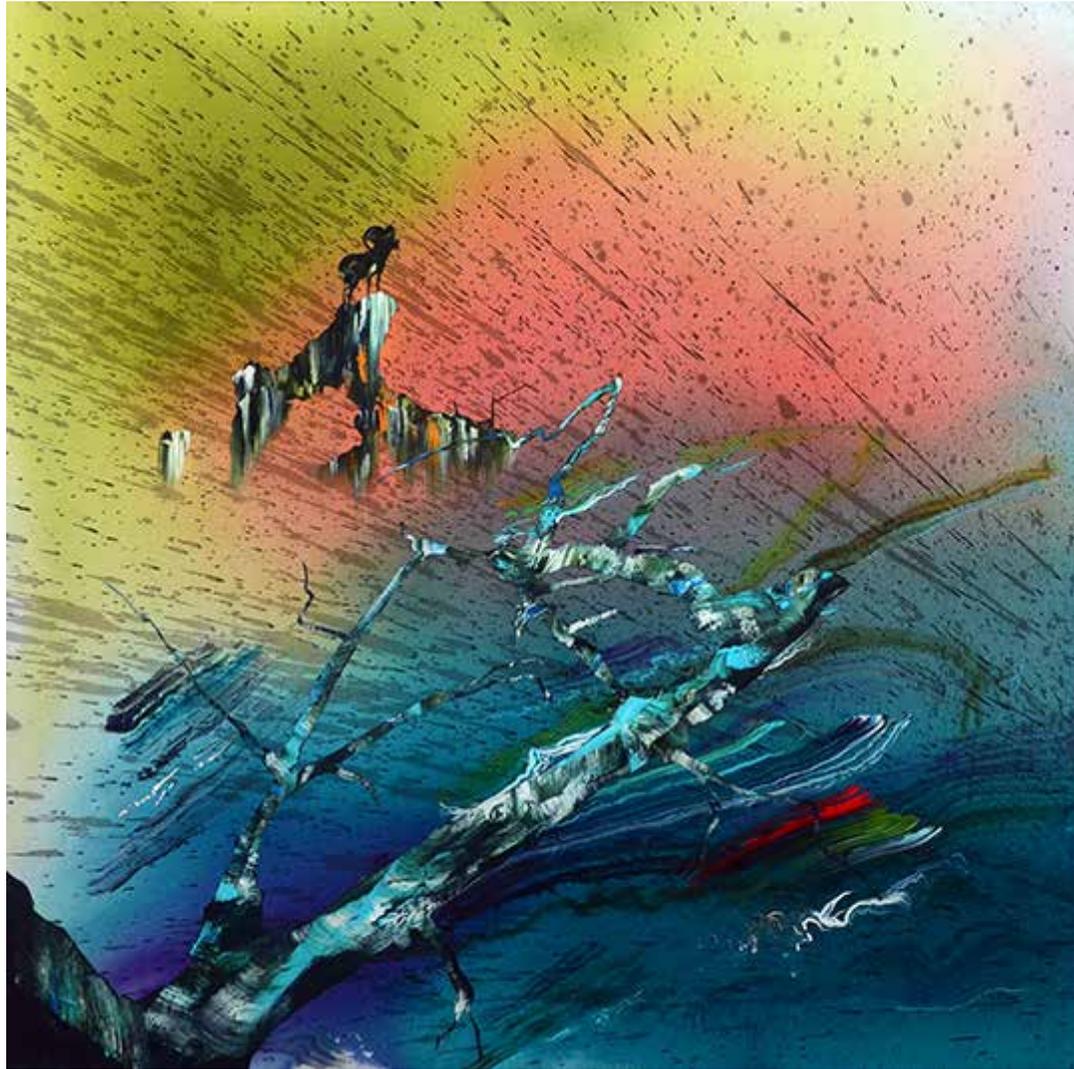
1. Fundación SOL en base a micro-datos Nueva Encuesta Nacional de Empleo, variación registrada entre ENE-MAR 2010 y OCT-DIC 2019

2. Durán, G., & Kremerman, M. (2019). Los Verdaderos Sueldos de Chile. Santiago de Chile: Estudios de la Fundación SOL.

3. Reportaje CIPER ¿Aguanta usted una cuarentena? Radiografía económica del hogar chileno que se enfrenta al Covid-19. <https://ciperchile.cl/2020/03/17/aguanta-usted-una-cuarentena-radiografia-economica-del-hogar-chileno-que-se-enfrenta-al-covid-19/>

4. Informe XXVII Informe de Deuda Morosa Segundo Cuarto Trimestre 2019, Universidad San Sebastián, Equifax y Mapcity.

*Investigadora Fundación SOL



Germán Tagle, Todo lo que sube, 2012

Adquiera el periódico y los libros digitales en:
<https://editorialauncreemos.cl/categoria-producto/sin-categoria/libros-digitales/>

La pandemia profundiza la precariedad

Chile: La verdadera vida de las trabajadoras de casa

por Luz Vidal Huiriqueo*

Chile, a partir del 18 de octubre de 2019, cambió y se puso en relevancia la enorme desigualdad que se desarrolló por más de treinta años. Quedó de relieve la desigualdad en educación, salud, vivienda, transporte, justicia, entre tantos otros problemas, y sobre todo que el desarrollo económico que Chile tanto ostentaba a nivel latinoamericano no llegaba a todos. Lo que es peor, solo era para un pequeño grupo de la sociedad.

Desde nuestro Sindicato de trabajadoras de casa particular la situación no complicaba demasiado; las compañeras tenían su trabajo y eso parecía no tocarlas, ellas solo se dedicaban a trabajar, largas jornadas en la modalidad puertas adentro (las trabajadoras viven en las casas de las personas a las que prestan servicio, en su gran mayoría de lunes a viernes). Mientras otras, con una movilización pública saturada en las cuales pasan casi dos horas de ida y otras dos de vuelta, las que desarrollan sus actividades puertas afuera.

Y era tal vez esos mismos motivos los que no le dejaban tiempo para analizar en profundidad lo que en Chile estaba ocurriendo. Así pasó octubre, noviembre y diciembre. En enero ya en periodo estival hubo incluso menor preocupación por lo que ocurría a nivel país, y es acá donde se empieza a conocer la situación que se comienza a dar al otro lado del mundo, el coronavirus. Pero era China, literalmente al otro lado del mundo, por lo tanto, no parecía que fuese a afectar mayormente.

A fines de enero ya se sabía que este virus era altamente contagioso, pero a nivel del gremio, tal vez aún se seguía viendo lejos. En lo personal, mis empleadores me ayudaron a dimensionar la gravedad de lo que se venía, al cancelar ellos sus vacaciones que tenían programadas por el sudeste asiático durante febrero, y cambiando todos sus panoramas en un plazo de cuatro días. Esto activó mis alarmas y comencé a informarme más fuertemente sobre qué era esto que se estaba dando.

Temor al desempleo

Conversando con dirigentas del sindicato, quienes trabajan con médicos que se desarrollan profesionalmente en clínicas de los sectores más pudientes de la capital de Chile, comenzamos a activar ya las alarmas, pero como sindicato teníamos en ese momento otras preocupaciones que mantenían nuestra atención plena, por eso se pasó gran parte de febrero viéndolo como de fuera pero ya con una angustiante espera de cuándo se produciría el primer caso acá; esto hasta el 25 de febrero, fecha en la que se registró el primer caso de coronavirus o Covid 19 en Chile.

Como organización comenzamos a ver la importancia de mantenernos informadas, ya que muchos de nuestros empleadores y a quienes prestamos servicios tienen la posibilidad de salir de vacaciones a todos esos lugares en los cuales se estaba dando la propagación de este virus, por lo que no sabíamos muy bien cómo enfrentar esa situación. Ante estas dudas nos comunicamos en una primera instancia con la autoridad del trabajo para ver y revisar la situación legal a la que debían enfrentarse las compañeras; sin embargo, la respuesta se demoró

en llegar casi tres semanas de enviadas las consultas, cuando la situación en Chile ya estaba absolutamente desatada en lo que se refería a la salud y a lo laboral.

Como sindicato comenzamos a recibir la primera semana algunos llamados, los primeros eran relatos de trabajadoras con sus to eran de compañeras de trabajo puertas afuera, a quienes sus empleadores le solicitaban cambiar la modalidad de trabajo y pasar a prestar servicio ahora puertas adentro, no tomando en consideración que esas mujeres son en su mayoría trabajadoras jefas de hogar. Al encontrarse sin formalización de su trabajo temían perder su fuente laboral si no accedían a lo que sus empleadores le pedían para resguardar su propia seguridad.

Trabajos desinformalizados

Las trabajadoras puertas afuera han sido las más perjudicadas en este ámbito, también las trabajadoras migrantes tanto en el plano de la salud (por exponerse a diario para llegar a su trabajo) como en lo laboral, por la desvinculación, dejándolas sin ingresos.

Esto no solo es una pandemia de salud pública, sino también una pandemia en lo económico y laboral, y es ahora cuando se comienza a visualizar la verdadera cara de Chile respecto a los derechos de las trabajadoras de casa, con una ley, la 20.786, dictada en el 2015 pero que en la práctica jamás se llegó a la fiscalización e implementación plena de dicha normativa.

Así es como nos enfrentamos a la presencia de esta pandemia con un número -según la máxima autoridad de derecho laboral- de 180.000 trabajadoras del gremio que no presentaban ningún tipo de formalización del trabajo que desarrollan. Eso demuestra que durante cinco años la autoridad hizo muy poco o nada por velar el cumplimiento de la ley, dejando a este gran número de trabajadoras ante la disyuntiva de elegir si cuidan su salud o generan ingresos para sus familias. Ellas se ven enfrentadas a escoger si mueren a causa de contraer el coronavirus o mueren de hambre. Esto porque los bajos ingresos tampoco les permiten tener capacidad de ahorro, por lo que no pueden parar de trabajar para cuidarse y proteger a su familia, menos aun cuando son jefas de hogar.

La pandemia del Covid 19 deja en evidencia la vulnerabilidad de quienes desarrollamos el trabajo de casa particular, porque las autoridades aún no se quieren hacer cargo de la fiscalización, igualación y creación de derechos que puedan tener o faltar para este grupo de trabajadoras:

- La ley 19.728 (2001) sobre seguro de cesantía dejó fuera de su cobertura a las trabajadoras de casa particular. Este seguro opera a través de una cuenta individual donde se acumulan los aportes de las cotizaciones mensuales más un fondo de cesantía solidario, que es un fondo de reparto con aportes

del empleador y del Estado, y se utiliza para complementar el beneficio cuando la cuenta individual es insuficiente.

- Las trabajadoras están afectas a la ley 19.010 (1991) que establece una cuenta de indemnización del 4.11% de la remuneración imponible con cargo al empleador; esta es una cuenta de ahorro de indemnización, cuyos fondos le pertenecen a la trabajadora.

- La ley 21.227 recientemente dictada permite que las trabajadoras puedan hacer uso de los fondos de su cuenta de indemnización; con la modificación se pretende asimilar a lo que sería un seguro de cesantía, pero con la diferencia que acá el Estado no realiza aporte, por lo que una vez más se discrimina a las trabajadoras del gremio.

Obligaciones incumplidas

En lo que respecta al convenio 189 que Chile ratificó el 15 de junio de 2015, también el Estado se encuentra en incumplimiento, ya que con su ratificación se compromete a adoptar diversos tipos de medidas legislativas y de políticas públicas para lograr la implementación y disposiciones de este convenio. Entre las obligaciones que establece el Convenio 189 están:

- Artículo 3, “todo miembro deberá adoptar, en lo que respecta a los trabajadores domésticos, las medidas previstas en el presente convenio para respetar, promover y hacer realidad los principios y derechos fundamentales en el trabajo, a saber ... (d) la eliminación de la discriminación en materia de empleo y ocupación”.

- En su artículo 14, párrafo 1, “todo miembro, teniendo debidamente en cuenta las características específicas del trabajo doméstico y actuando en conformidad con la legislación nacional, deberá adoptar medidas apropiadas a fin de asegurar que los trabajadores domésticos disfruten de condiciones no menos favorables que las condiciones aplicables a los trabajadores en general con respecto a la protección de la seguridad social”.

Como sindicato hemos visualizado y llamado a las autoridades a consecuencia de esta pandemia a realizar un trabajo en lo inmediato y también a largo plazo, que serían:

- La incorporación inmediata de las trabajadoras de casa particular al fondo solidario de cesantía, esta medida permitirá que las mujeres trabajadoras formalizadas del sector puedan acceder en igualdad y solidaridad a las medidas implementadas por el gobierno.

- La implementación de una renta básica de emergencia digna y que permita a las mujeres trabajadoras no formalizadas del sector poder mantener a sus familias durante el periodo de la emergencia.

- Fondos especiales y frescos que permitan una verdadera fiscalización de parte de la Inspección de Trabajo sobre el cumplimiento de la ley n° 20.786 que obliga a los/as empleadores a escriturar e inscribir el contrato de trabajo.

- La modificación de la legislación interna, comprometida por el Estado chileno al ratificar el Convenio 189 de la OIT, con el fin de terminar con todo estatus especial para las trabajadoras de casa particular y la igualación a los derechos laborales de todos/as los/as trabajadores del país.

Como podemos observar el estallido social no era que no afectara o mostrara la desigualdad de Chile con este gremio. Era que las trabajadoras no tenían tiempo de parar y observar dichas desigualdades. Hoy la pandemia Covid 19 las obligó a parar y le mostró la dura realidad que estaban viviendo y que si no nos movilizamos y nos unimos no habrá cambio posible porque seguiremos siendo invisibilizadas y abusadas por los empleadores pero también por el Estado y sus distintos organismos. En aspectos sociales el Estado debe hacerse cargo y no se puede seguir permitiendo que sea el mercado el que regule. ■

*Presidenta del Sindicato de Trabajadoras de Casa Particular, Región Metropolitana.

Retorno a la época colonial

Por Verónica Salas Brantti*

Para entender es necesario volver atrás en el tiempo y revivir situaciones que nos hicieron creer que habíamos logrado implementar ante la sociedad chilena esta labor realizada por miles de mujeres, que sería valorada socialmente y respetada legalmente una vez conseguida la puesta en marcha de la ley 20.786 y la ratificación por el Estado de Chile del Convenio 189 de la OIT sobre trabajo doméstico.

Pero todo esto se convertía en un sueño y muchas de nuestras compañeras comenzaron a vivir una pesadilla cuando se da la orden de cuarentena para las comunas más ostentosas. Las trabajadoras de casa particular puertas afuera quedan en una incertidumbre total, muchas de ellas son presionadas a cambiar su modalidad a puertas adentro o al término de relación laboral en forma unilateral.

Por otra parte, las que laboran puertas adentro son prácticamente obligadas a realizar cuarentena en conjunto con las familias y trabajar sin descanso de lunes a lunes volviendo de la noche a la mañana a la época colonial.

Que poco duró el sueño de sentirnos con derechos, no estábamos en las listas de trabajadoras necesarias, no estábamos reguardadas con la ley de cesantía, no existían los contratos, volvíamos a ser trabajadoras precarias con derechos muy mínimos.

Quienes lo realizan son mujeres madres de familia sostenedoras de hogares, mujeres migrantes que han dejado a los suyos por mejores oportunidades. Y comenzó a sonar el teléfono llamada tras llamada buscando alguna asesoría a su problema, qué hacer me pidieron la pieza, no puedo entrar al lugar donde trabajo, no tengo contrato, trabajo tres días a la semana, me quedo en el aire, me despidieron, no puedo salir el fin de semana hasta que termine la cuarentena.

Este encierro aumenta la sensación de menoscabo, ansiedad, falta de libertad, aislamiento e incertidumbre. Pero esta pandemia nos ha demostrado cuánto nos falta para sentirnos realmente trabajadoras con derechos iguales al resto de los trabajadores con reconocimiento y el respeto que merecemos. Necesitamos eliminar la precariedad y sentir que esta labor es parte del motor que mueve la economía del país.

*Sindicato de Trabajadoras de Casa Particular

Pandemia y desigualdad de género

Mujeres en alto riesgo

por Clara González*

La crisis sanitaria, económica y social generada por el Coronavirus está impactando con mayor dureza sobre niñas y mujeres. La feminización de los empleos del área de la salud, el precarizado trabajo de cuidados y el agravamiento de la violencia de género son algunos de los ejes que vertebran una desigualdad que hoy se agudiza.

Era 8 de marzo, el calor de Santiago no daba tregua y nuestros cuerpos pintados gritaban lo que durante siglos hemos callado. Nuevamente volvíamos a hacer historia. Millones de mujeres nos manifestábamos a lo largo y ancho del planeta levantando consignas en contra de la violencia y de la precarización de nuestras vidas. Las mujeres chilenas se tomaban la Alameda y también algunas portadas de diarios extranjeros, poco después de haber liderado un movimiento mundial que apuntaba directamente al patriarcado institucional instalado sentenciando “el violador eres tú”.

Aunque aquellas jornadas se prestaron para que algunas voces oportunistas condenaran al movimiento feminista como culpable de la expansión de la epidemia, hoy más que nunca se puede afirmar la validez de nuestras consignas y la necesidad de que sigamos alzando la voz. Y es que, cinco meses después del inicio de la pandemia, se han ido desnudando y cuestionando los postulados del sistema neoliberal y patriarcal al que se someten nuestras vidas y nuestros cuerpos.

La crisis del coronavirus está transparentando la manera en que nos organizamos como sociedad a la vez que agrava las tensiones preexistentes: dentro de este modelo que se sustenta sobre la base de la desigualdad, las mujeres trabajadoras somos las que salimos peor paradas en la epidemia del Covid-19. Y ello ocurre no tanto por la vía del contagio del virus en sí mismo, sino por la propia agudización de la precarización y de la violencia de género estructural que históricamente enfrentamos.

Empleos feminizados y precarios

En primer lugar debemos considerar que la alta feminización de los empleos relacionados con la crisis sanitaria hace que las mujeres sean más proclives a sufrir las consecuencias de la epidemia. Según un informe de la Organización Mundial de la Salud, las mujeres representan el 67% del total de los trabajadores de la salud en el mundo, trabajo por el que, por cierto, cobran en promedio un 28% menos que los hombres, aunque aportan anualmente a la economía mundial 3 mil millones de dólares, la mitad de ello en forma de trabajo no remunerado.

En un continente en el que casi el 90% de las labores de enfermería es realizado por mujeres, se puede afirmar que son ellas quienes están combatiendo en la primera línea contra el coronavirus. Son las enfermeras y auxiliares las que, al estar más tiempo con los pacientes, desarrollando labores de cuidados, recogiendo muestras o análisis de sangre, se exponen en mayor medida que los propios médicos. Farmacéuticas, paramédicas, auxiliares, gerontólogas y cuidadoras de adultos

mayores son también parte de este frente de batalla contra el virus.

Pero además, la exposición al contagio no se produce solamente a través del trabajo formal, sino que, tal y como señalaba la OMS en un informe sobre epidemias y enfermedades infecciosas, los mismos roles de género, al determinar los espacios que mayoritariamente ocupan las mujeres, como quedarse en la casa desarrollando tareas de cuidados, aumentan en intensidad y frecuencia la exposición a ciertos agentes infecciosos.

Quizás, en medio de toda esta crisis, debemos preguntarnos sobre la importancia de revertir estas dinámicas a las que el mercado laboral somete a las trabajadoras de la salud: ¿Por qué las mujeres deben exponer su salud y sus vidas en mayor medida? ¿por qué permitimos que siga existiendo esa gran brecha profesional y salarial? ¿cómo es posible que su trabajo haya sido invisible durante tanto tiempo?

Junto a la mayor exposición por parte de las mujeres que se desempeñan directamente en empleos con mayor incidencia sobre la crisis sanitaria, las mujeres en su conjunto se enfrentan a la carga del trabajo de cuidados, una labor que la mayoría de las veces no es retribuido y que, en condiciones de no remuneración, es en un 76% realizado por mujeres y niñas según la Organización Mundial del Trabajo.

El trabajo de cuidados, que comprende todas aquellas tareas necesarias para la reproducción de la vida, como cocinar, limpiar, administrar el hogar, cuidar de niños y de personas dependientes, y que, según datos de la organización Oxfam Intermón, supondría 10,8 billones de dólares si fuese contabilizado (“tres veces el tamaño de la industria de la tecnología”), se intensifica exponencialmente a raíz de la pandemia. Con el cierre de escuelas y guarderías y la saturación de los centros sanitarios, las mujeres se ven forzadas a asumir dichas tareas y todo indica que, mientras dure el confinamiento en los hogares, millones de mujeres

trabajarán en la economía del cuidado de forma no remunerada a la vez que se desempeñan en sus trabajos formales por la vía del teletrabajo. En este escenario de crisis sanitaria, los hogares vuelven a ser centros de producción y consumo.

Más violencia en cuarentena

Desde que se iniciaron las políticas de confinamiento en los hogares para reducir la propagación del virus, se prendieron las alarmas feministas que alertaban del previsible aumento de la violencia física y sexual contra las mujeres y niñas que conviven con sus agresores.

Recientemente, Maria-Noel Vaeza, directora regional de ONU Mujeres para América Latina y el Caribe, mostraba su preocupación por el aumento de la violencia en la región, tal y como venía ocurriendo en China, Corea, Italia o Francia, llamando a tomar medidas: “Esto nos debe llevar a invertir más en prevención y en sistemas de alerta temprana a través de las organizaciones de mujeres de base, utilizando la policía. Este es un tema de salud pública que puede llevar a un número mayor de femicidios y de violencia contra la mujer”, alertaba la representante de Naciones Unidas.

Los vaticinios no tardaron en cumplirse y, tan solo en el mes de marzo, en Chile se dispararon en un 250% los delitos de femicidio frustrado según constató el Ministerio Público. A su vez, se incrementaron en un 70% las llamadas al fono de orientación y ayuda para las mujeres que viven violencia, según constató el Ministerio de la Mujer.

En un país donde en la última década murieron 412 mujeres víctimas de femicidio, la falta de políticas públicas comprometidas con la erradicación de la violencia de género resulta al extremo irresponsable en el marco de esta epidemia. En momentos en que el distanciamiento social y el confinamiento en los hogares debilita las redes sociales y comunitarias, y paralelamente se ralentiza el acceso a la justicia y a

la protección policial, se torna imprescindible una política que apoye y proteja de manera efectiva a las mujeres y niñas.

Lamentablemente, el actual gobierno no ha dado ningún indicio de estar tomando medidas orientadas a mitigar los efectos de esta crisis social, económica y sanitaria que repercutirán en mayor medida sobre las mujeres trabajadoras. Muy por el contrario, y replegándose en su senda de políticas neoliberales, el gobierno de Sebastián Piñera sigue priorizando las ganancias de una elite sobre la vida de las personas. Sin un sistema de protección social decente, miles de trabajadores se ven obligados cada día a acudir a sus puestos de trabajo, arriesgando su salud y su vida, y a la vez las de sus familias y comunidades. Mientras en algunos países se implementan medidas que tratan de resguardar las vidas humanas, en otros se protege y se cuida el sistema de acumulación capitalista.

Ahora que estamos viendo cómo todo lo que era sólido se desvanece en el aire, solo tenemos la certeza de que, después de esta crisis, el mundo será otro. Mientras la totalidad del modelo económico y social es cuestionado, urge también preguntarse por el rol de las mujeres que lo sostienen. ¿Cómo revertir la situación de violencia y precarización a la que cotidianamente nos vemos sometidas? ¿Cómo compartimos de forma justa y equitativa el trabajo de cuidados? ¿Dónde situamos la reproducción de la vida? ¿Qué alternativas al modelo imperante somos capaces de plantear?

Frente al sistema de un mercado depredador, la coyuntura está demostrando la centralidad del cuidado y del hogar para proteger la vida, a la vez que exige repensar políticas públicas que comporten un cambio de paradigma. Ahora más que nunca, las mujeres seguiremos tejiendo comunidad y organizándonos para construir un mundo en el que la vida humana valga más que el dinero. ■

*Abogada y periodista.



Gracia Barrios, Sin título, 2008

La Universidad en tiempos de Covid-19

Evidencias de tecnoestrés y daño psicosocial en los profesores

por Dante Castillo*, Alejandro Vega* y Mario Torres**

En cuanto se implementó la estrategia de la cuarentena para enfrentar la pandemia del actual coronavirus, automáticamente emergieron los diversos llamados de autoridades, dirigentes sociales, empresarios y organizaciones de la sociedad civil, para implementar el teletrabajo en la producción laboral. Los efectos inmediatos de esta nueva forma de producción recién se están conociendo y las consecuencias de largo plazo también están por verse. Pero, tanto el siglo veinte como estas primeras décadas del nuevo milenio, han sido testigos de la capacidad que muestra la producción mercantil, para adaptarse y reinventarse sin modificar sus pilares constituyentes. Por lo mismo, es esperable que al finalizar la actual crisis de consumo y de producción que ha generado esta epidemia, los actores que representan al modelo capitalista, aprenderán y explorarán en nuevas formas de trabajo y de relaciones laborales.

Más que una crisis terminal del modelo neoliberal o de un retorno al pacto social y a nuevas expresiones del “Estado de bienestar”, es posible que de esta crisis se consoliden y se propongan más medidas de flexibilidad laboral. En otras palabras, las relaciones laborales podrían precarizarse aún más y, la flexibilidad contractual junto al teletrabajo, podrían consolidarse en la “nueva normalidad” capitalista.

Es precisamente bajo esta sospecha que un conjunto de académicos provenientes de varias disciplinas, están iniciando una línea de investigación para analizar los efectos de la pandemia en las relaciones laborales. En este escenario investigadores de la Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM) y del Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE), están preparando un primer estudio nacional que apunta en esta dirección. Concretamente, este estudio buscará determinar eventuales daños psicosociales en profesores y profesoras que están desempeñándose bajo la modalidad del teletrabajo o la educación virtual.

Esta inminente investigación de carácter nacional, que se iniciará en los próximos días, tiene como antecedente, un primer estudio exploratorio, finalizado en el último trimestre del pasado 2019, que buscó analizar los efectos del uso de las tecnologías de la informática y las comunicaciones, en la salud mental de los y las docentes del país.

El uso de Internet, telefonía móvil, economía y el teletrabajo, son parte constitutiva de la sociedad de la información que ha llegado al mundo escolar. Todos estos cambios tecnológicos ponen de manifiesto problemas técnicos en escuelas y familias (conectividad, computadores, etc), pero sobre todo problemas humanos y sociales, que deben ser objeto de profundo debate, debido a sus consecuencias tanto para los y las profesoras como para las familias.

Los cambios generados por las nuevas tecnologías demandan de estudios para evitar riesgos y efectos negativos de



Gonzalo Cienfuegos, Ventana confusa, 2017 (www.gonzalocienfuegos.com)

su impacto en los colegios y los docentes. Es preciso contar con antecedentes para levantar reglamentos y servicios de prevención, que evalúen de riesgos e identifiquen las condiciones de trabajo que puedan verse afectadas por la introducción intensiva de las llamadas nuevas tecnologías. En este contexto de pandemia, se genera una necesidad de abordar los antecedentes de las innovaciones tecnológicas en la educación, para poder prevenir su impacto a nivel tanto individual, como organizacional.

A la fecha, varias investigaciones psicosociales, han estudiado diversas expresiones y consecuencias de la introducción de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en la salud de las personas en el trabajo, como son los problemas musculares, dolores de cabeza, fatiga mental y física, ansiedad, temor, entre otras expresiones. Sin embargo, y en consideración con el uso intensivo que en el actual contexto le otorga al teletrabajo, cobra importancia el término de tecnoestrés, entendiéndolo como una manifestación de riesgo psicosocial referida específicamente al estrés derivado de la introducción y uso de nuevas tecnologías en el trabajo.

El estudio exploratorio realizado por la UTEM y el PIIE a fines de 2019, tuvo precisamente como propósito, medir expresiones de tecnoestrés en los y las profesoras chilenas. El instrumento utilizado en esta investigación fue adaptado de una herramienta oficial que utiliza el Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo (INSST), del Ministerio de Trabajo y Economía Social de España. El cuestionario para medir el tecnoestrés se construye a partir de cuatro dimensiones, las que al agruparlas permiten identificar dos tipos de riesgos psicosociales.

De esta manera, diremos que estamos frente a una manifestación de Tecno-ansiedad, cuando los profesores muestran

altas puntuaciones en las actitudes de ansiedad, escepticismo e ineficacia frente al uso de las TICs. Por otra parte, diremos que estamos frente a expresiones de Tecno-fatiga, cuando los y las profesoras muestran altas puntuaciones en las actitudes de fatiga, escepticismo e ineficacia.

Al procesar y analizar las opiniones de una muestra de 480 profesores de la región metropolitana y quinta, los resultados proporcionados por el instrumento de tecnoestrés mostraron que, en el caso del profesorado chileno, casi un 12% se encuentran tecno-fatigados. Al respecto, y siguiendo las recomendaciones de las normativas europeas, estos y estas docentes están en riesgo psicosocial o manifiestan un tipo de enfermedad laboral. La tecnofatiga se caracteriza por sentimientos de cansancio y agotamiento mental y cognitivo debido al uso de tecnologías, complementados también con actitudes escépticas y creencias de ineficacia con el uso de TICs. Un tipo específico de tecno-fatiga es el llamado síndrome de la “fatiga informativa” derivado de los actuales requisitos de la Sociedad de la Información y que se concreta en la sobrecarga informativa cuando se utiliza Internet. La sintomatología es falta de competencia para estructurar y asimilar la nueva información derivada del uso de Internet, con la consiguiente aparición del cansancio mental. En base a los datos obtenidos, también se pudo establecer que esta patología tiende a estar más presente en los profesores de sexo masculino.

Por otra parte, otro 13% muestra la condición de tecno-ansiedad. Esta, en tanto patología laboral, es el tipo de tecnoestrés más conocido, en donde la persona experimenta altos niveles de activación fisiológica no placentera, y siente tensión y malestar por el uso presente o futuro de algún tipo de TIC. La misma ansiedad lleva a tener actitudes escépticas respecto

al uso de tecnologías, a la vez que pensamientos negativos sobre la propia capacidad y competencia con las TICs. Un tipo específico de tecnoansiedad es la tecnofobia que se focaliza en la dimensión afectiva de miedo y ansiedad hacia la TIC. Ahora bien, con el fin de orientar las políticas públicas, se analizaron los datos en función de la variable género. Al respecto, fue interesante constatar que los hombres docentes están más tecno-ansiosos que sus pares de sexo femenino.

Sin embargo, es muy significativo y preocupante comprobar que, del total de encuestados, un 10,7% de esta población, manifiesta sincronizadamente ambas expresiones patológicas. Es decir, estas y estos profesores se encuentran tecno-ansiosos y tecno-fatigados. De esta manera, uno de cada 10 profesores o 5 de cada 50 profesores de un liceo o escuela, podrían estar con una licencia médica por enfermedad laboral.

Ahora bien, tal como se dijo anteriormente, estos resultados corresponden a un primer estudio exploratorio realizado en Chile, para analizar las manifestaciones del tecno-estrés en la población docente, proporcionando evidencia empírica sobre las relaciones entre el uso de la tecnología en el trabajo y los niveles de psicología desprendimiento del trabajo. Pero la iniciativa se vuelve relevante, pues en un contexto de crisis sanitaria mundial producto de la pandemia de Covid-19, pues, si en un escenario laboral “normal”, este primer estudio ha mostrado que uno de cada diez profesores chilenos está manifestando una patología vinculada al uso de las tecnologías, es perfectamente posible inferir que, en un escenario de distanciamiento social y confinamiento, la promoción del uso tecnológico podría incrementar significativamente las diferentes manifestaciones del tecnoestrés.

La incorporación de la Internet, la telefonía móvil, el teletrabajo y otros recursos que está introduciendo la sociedad de la información a los centros educativos, está cambiando no solo el modo de producción pedagógico. Todos estos cambios tecnológicos están expresándose también en la emergencia de nuevas patologías laborales. Por lo tanto, a partir de los cambios generados por las nuevas tecnologías, surge la necesidad de prevenir y evitar los riesgos y los efectos negativos de su impacto en las escuelas, en los profesores y en las familias.

En síntesis, el estudio finalizado y el que pronto se iniciará, pretende abordar de manera sistemática los efectos de las innovaciones tecnológicas y del teletrabajo en las escuelas, para poder prevenir sus impactos nocivos a nivel tanto individual, como organizacional, pero al mismo tiempo pretende colaborar con elementos de juicio e insumos que analicen las consecuencias que potencialmente puede arrojar un nuevo ajuste neoliberal en la producción y en las relaciones laborales. ■

*Investigadores PIIE

**Vicerrector de la Vicerrectoría de Transferencia Tecnológica y Vinculación con el Medio. UTEM.

Covid-19: Su incidencia en la política mundial y local

por Fernando Estensoro*

La pandemia del Covid-19, ha estimulado los debates respecto de sus posibles impactos políticos. En este sentido, proponemos que el tono y el acento de la política pospandemia, tanto a nivel mundial como local, estará señalado por dos ejes de discusión de carácter estructural que se vienen desarrollando desde hace bastante tiempo:

a) El destino de Estados Unidos en su calidad de potencia hegemónica del orden mundial.

b) El destino del sistema capitalista.

Al respecto vamos a tomar dos fuentes de análisis políticos recientes pero distintos, tanto por las disciplinas como las perspectivas ideológicas de sus autores. La revista de relaciones internacionales *Foreign Policy*, que se inscribe en el *mainstream* de la disciplina (se orienta en función de apoyar los intereses estadounidenses como principal potencia mundial, así como de las potencias europeo-occidentales). Y la obra, *La Sopa de Wuhan*, que recoge las visiones de un grupo de intelectuales críticos del imperante modelo neoliberal global.

1. El debate en *Foreign Policy*

En relación al primer punto, en esta revista una serie de autores analizan si el poder hegemónico de Estados Unidos se verá o no debilitado frente a China. Por ejemplo Kori Schake, opina que “Estados Unidos ya no será visto como un líder internacional debido al estrecho interés propio y la incompetencia de su gobierno” y que el mundo estará “peor por ello” (1). Igualmente, Stephen M. Walt considera que esta crisis “acelerará el cambio de poder e influencia de oeste a este (...) La respuesta en Europa y América ha sido lenta y desordenada (...) empañando aún más el aura de la ‘marca’ occidental” (2). Sin embargo, Joseph S. Nye hace el contrapunto señalando que si bien la incompetente reacción del presidente Donald Trump frente a la pandemia ha dañado la reputación de Estados Unidos, o su poder blando, China, no podrá beneficiarse dado que la manipulación de las estadísticas por parte de la potencia asiática y su propaganda desplegada intentando convertir la narrativa de su fracaso inicial en una respuesta benigna a la pandemia, es visto con “escepticismo en Europa y en otros lugares” (3).

Respecto al segundo punto, James Traub plantea que la pandemia no será una amenaza para el capitalismo en sí mismo, pero significará un retroceso a las ideas neoliberales dominantes. Para él, la “pandemia ha puesto al Estado en el centro de la vida política en todo el mundo” y las “consecuencias lo mantendrán allí” (4). En un tono más preocupado, Walt señala que la pandemia “fortalecerá al Estado y reforzará el nacionalismo. Los gobiernos de todo tipo adoptarán medidas de emergencia para manejar la crisis, y muchos se detendrán a renunciar a estos nuevos poderes cuando termine la crisis” (5). Y, Robin Niblett, afirma que lamentablemente la “pandemia de coronavirus podría ser la gota que colme el vaso de la globalización económica”



Carmen Valbuena Piemonte, Círculos juglares (óleo sobre tela), 2017
(www.carmenvalbuena.cl)

y termine atrofiando la arquitectura de la gobernanza económica global establecida en el siglo XX” (6).

2. El debate en *La Sopa de Wuhan*

Respecto del primer punto, en *La Sopa de Wuhan*, destacan las posturas contrapuestas Slavo Zizek y Byung-Chul Han. Para Zizek esta pandemia podría propinar un golpe mortal al capitalismo neoliberal y conducir a una reinención de un comunismo que habría aprendido de sus errores. Espera que esta catástrofe pueda potenciar el camino hacia un nuevo orden mundial -de claro contenido Kantiano-, caracterizado por el fin de los Estados nación y su reemplazo por una única sociedad mundial más comunitaria y solidaria. Incluso, espera que signifique el fin del modelo político totalitario chino (7). Por el contrario, Han, refutando a Zizek, considera que el desenvolvimiento de esta pandemia podría reforzar políticas autoritarias, de control y vigilancia de masas, que se muestran mucho más efectivas para combatirla y en donde Asia en general y China en particular destacan como ejemplos. Para él, ningún tipo de sociedad utópicamente comunista saldrá fortalecida de esta pandemia, por el contrario, el capitalismo saldrá favorecido y China “podrá vender ahora su Estado policial digital como un modelo de éxito contra la pandemia” (8). A su vez, David Harvey, plantea que la pandemia solo viene a agudizar las serias dificultades que enfrenta el modelo de acumulación capitalista neo-

liberal. La prueba estaría en la sucesión de “movimientos de protesta en casi todas partes (de Santiago a Beirut)”, dado que es un modelo que agudiza las inequidades sociales. Además, está generando una crisis capitalista de tal magnitud, que obligará a los gobiernos a echar mano a medidas de carácter estatistas y socialistas (9).

Respecto del segundo punto, para Raúl Zibechi la pandemia acentúa la decadencia de EE.UU. junto con el orden mundial que encabezó. Para él, China continuará su ascenso como potencia global y la pandemia será la “tumba de la globalización neoliberal, en tanto la del futuro será una globalización más ‘amable’, centrada en China y Asia Pacífico” (10).

Como podemos ver, todos los debates analizados, pese a provenir de perspectivas ideológicas diferentes y en algunos casos abiertamente antagónicas, plantean diferentes escenarios respecto de los dos ejes estructurales señalados. Esta pandemia sólo viene reforzar las distintas hipótesis en juego.

A nivel del orden mundial, lo estructural es la declinación del poder hegemónico de los Estados Unidos y el ascenso de China (11).

Lo mismo ocurre con relación al destino del modelo capitalista a nivel global y local: la mantención de la globalización neoliberal o su transformación. O sea, la pandemia ha revitalizado la tensión entre el Estado y el mercado en el proceso económico y su incidencia en el proceso político de las so-

ciudades, pese los enormes esfuerzos que por décadas han desplegado los profetas neoliberales a fin de darla por superada en favor del mito del “mercado libre”. ■

1. Shake, Kori; “The United States Has Failed the Leadership Test”. *Foreign Policy*, March 20, 2020. En: <https://foreignpolicy.com/2020/03/20/world-order-after-coronavirus-pandemic/>
2. Walt, Stephen M.; “A World Less Open, Prosperous, and Free”. *Foreign Policy*, March 20, 2020. En: <https://foreignpolicy.com/2020/03/20/world-order-after-coronavirus-pandemic/>
3. Nye, Joseph S.; “No, the Coronavirus Will Not Change the Global Order”. *Foreign Policy*, April 16, 2020. En https://foreignpolicy.com/2020/04/16/coronavirus-pandemic-china-united-states-power-competition/?utm_source=PostUp&utm_medium=email&utm_campaign=20946&utm_term=Editors%20Picks%20OC&
4. Traub, James; “After the Coronavirus, the Era of Small Government Will Be Over”. *Foreign Policy*, April 15, 2020. En https://foreignpolicy.com/2020/04/15/coronavirus-pandemic-small-government-aftermath-nationalism/?utm_source=PostUp&utm_medium=email&utm_campaign=20948&utm_term=Editors%20Picks%20OC&
5. Walt, *op. cit.*
6. Niblett, Robin; “The End of Globalization as We Know It”. *Foreign Policy*, March 20, 2020. En: <https://foreignpolicy.com/2020/03/20/world-order-after-coronavirus-pandemic/>
7. Žižek, Slavoj; “Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de ‘Kill Bill’ y podría conducir a la reinención del comunismo”. En: Agamben, Giorgio, et. al, *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), 2020, pp. 21-28. En: <http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>
8. Han, Byung-Chul; “La emergencia viral y el mundo de mañana”. En: Agamben, Giorgio, et. al, *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), 2020, pp. 97-111. En: <http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>
9. Harvey, David; “Política anticapitalista en tiempos de COVID-19”. En: Agamben, Giorgio, et. al, *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), 2020, pp. 79-96. En: <http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>
10. Zibechi, Raúl; “Las puertas de un nuevo orden mundial”. En: Agamben, Giorgio, et. al, *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), 2020, pp. 113-118. En: <http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>
11. Al respecto debemos recordar que cuando terminó la Primera Guerra Mundial en 1919 el PIB de los EE.UU., representaba el 33% del PIB mundial. 26 años después, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, su economía representaba más del 50% del PIB mundial con apenas el 7% de la población mundial, además poseía el 72% de las reservas de oro del planeta y el comercio internacional se regía por el patrón dólar. Y durante los 30 años que siguieron los EE.UU. estuvieron en lo más alto de su poderío mundial. Sin embargo, cuando terminó la Guerra Fría (1991) el PIB de EE.UU., había bajado al 30% del PIB mundial y en 2016, había bajado al 24% del PIB mundial. Por su parte China, pos Guerra Fría aceptó reglas del juego del capitalismo por EE.UU. y la Organización Mundial del Comercio, convirtiéndose en la segunda mayor economía del planeta. Además, se ha transformado en la más prometedora locomotora económica global para los próximos años con el desarrollo de su ambicioso proyecto *one belt one road*. Ver: Estensoro, Fernando; “América Latina frente a la creciente tensión entre China y EE.UU. ¿Hacia Dónde va el Mundo?”. *Revista do CEAM*, Brasília, v 5, n°1, pp. 43-58.

*Dr. en Estudios Americanos
Instituto de Estudios Avanzados
Universidad de Santiago de Chile

Los impactos de la pandemia

Todos niños

por Serge Halimi*

Una vez más su mundo está por el piso. Y no somos nosotros los que lo rompimos. Actualmente se evoca el programa económico y social del Consejo Nacional de la Resistencia, la conquista de los derechos sindicales y las grandes obras del New Deal. Pero muchos de los maquis franceses habían conservado sus armas, y en la calle un pueblo esperaba el afortunado paso “de la Resistencia a la revolución”. En cuanto a Franklin Roosevelt, fue capaz de hacer entender a un sector de los empresarios estadounidenses que las revueltas obreras y el caos social ponían en peligro su amado capitalismo. No les quedó otra que acordar.

Hoy, no queda nada eso. Confinadas, infantilizadas, tan aturdidas como aterrizadas por los canales de noticias en continuo, las poblaciones se han convertido en espectadoras, pasivas y devastadas. Por fuerza, las calles se fueron vaciando. Ya no quedan “chalecos amarillos” en Francia, ni Hirak en Argelia, ni manifestaciones en Beirut o Santiago. Como niños asustados por el estruendo de la tormenta, todos esperan conocer el destino que el poder les reserva. Porque los hospitales, es él (1); las máscaras, los tests, es él; los traslados que permitirán durar unos días más, es él; el derecho de salir o no – ¿quién? ¿cómo? ¿cuándo? ¿con quién? – siempre es él, una y otra vez. El poder detenta todos los poderes. Médico y empleador, es también el juez de aplicación de la pena que decide la duración y la dureza de nuestro encierro. Entonces, ¿por qué sorprenderse si el pasado 13 de abril 37 millones de franceses, un récord, “dos veces más que un Mundial de Fútbol”, hayan escuchado al presidente



Raúl Schneider, Sin título, 2013

de la República, cuando habló en once canales de televisión al mismo tiempo? ¿Qué otra cosa podían hacer esa noche?

El vértigo aumenta cuando esa potencia no sabe adónde va. Sus decisiones son coercitivas, incluso cuando se contradicen. ¿Las mascarillas? Eran inútiles, con toda certeza, cuando no las teníamos. Se volvieron útiles –es decir, salvadoras de vidas– desde que están disponibles. Por supuesto, se impone el “distanciamiento social”, pero la distancia de seguridad aumenta en un 50% cuando un francés va a Bélgica o cruza el Rin, y se duplica si logra atravesar el Atlántico. Por último, pronto nos dirán qué determinada edad y corpulencia nos seguirá impidiendo salir de casa. Era mejor ser viejo y gordo en el pasado que hoy “mayores” y “con sobrepeso”: al menos, los primeros eran libres de sus pasos. También nos explicarán por qué los escolares dejaron de ser contagiosos para los profesores próximos a la jubilación, a quienes sin embargo se les aconseja seguir manteniendo distancia de sus nietos.

Un día volveremos a ser adultos. Capaces de entender e imponer otras opciones, incluidas las económicas y sociales. Por el momento, encajamos golpes sin poder devolverlos; hablamos en el vacío y lo sabemos. De ahí este clima pegajoso, esta cólera impotente. En el medio de un cuarto, un barril de pólvora que espera su fósforo. Después de la infancia, la edad ingrata... ■

1. En Estados Unidos, el nombre de Donald Trump figurará en los cheques de 1.200 dólares que el Tesoro estadounidense enviará a decenas de millones de ciudadanos.

*Director de *Le Monde Diplomatique*. Traducción: Teresa Garufi

La crisis sanitaria, mejor prevenir que curar

Un anticipo del choque climático

por Philippe Descamps y Thierry Lebel*

El abismo al cual un coronavirus precipitó a muchos países del mundo ilustra el costo humano de la negligencia frente a un peligro que estaba perfectamente identificado. Las demoras actuales en la lucha por atenuar el calentamiento climático podrían conducir a fenómenos mucho más dramáticos.

En marzo de 2020, la crisis sanitaria relegó la actualidad climática lejos de los titulares. Sin embargo, este mes marcará un hito como el décimo seguido con una temperatura media superior a las normales. “Una serie semejante de diez meses ‘calientes’ consecutivos en la escala del país es inédita”, destaca Météo France, cuyos datos permiten remontarse hasta 1900. El invierno que acaba de pasar batió todos los récords, con temperaturas superiores a las normales de 2 °C en diciembre y enero, y 3 °C en febrero. Para tranquilizarse, se prefirió retener la mejora espectacular

de la transparencia atmosférica. Luces de esperanza: el Himalaya volvía a hacerse visible en el horizonte de las ciudades del norte de la India y el Mont Blanc desde las llanuras de Lyon.

Sin duda, que se haya detenido una buena parte de la producción generará este año una baja desigual de las emisiones de gas de efecto invernadero (1). ¿Pero podemos creer verdaderamente que se va a iniciar un descenso histórico? Al revelar la vulnerabilidad de nuestra civilización, las fragilidades asociadas al modelo de crecimiento económico globalizado, la hiperespecialización y los flujos

incesantes de personas, de mercaderías y de capitales, ¿el Covid-19 provocará un electroshock de salud? La crisis económica y financiera de 2008 generó, por su parte, una baja sensible de las emisiones, pero después volvieron a ascender rápidamente, rompiendo nuevos récords...

Signo precursor de posibles derrumbes más graves, el naufragio sanitario actual se puede ver al mismo tiempo como un modelo a escala y una experiencia acelerada del caos climático que viene. Antes de volverse un asunto de salud, la multiplicación de virus patógenos nos redirecciona también a una cuestión ecológica: la influencia de las actividades humanas en la naturaleza (2). La explotación sin fin de nuevas tierras altera el equilibrio del mundo salvaje mientras que la concentración animal en los criaderos estimula las epidemias.

El papel de a competencia

El virus alcanzó en primer lugar a los países más desarrollados, pues su velocidad

de propagación está estrechamente ligada con las redes de intercambios marítimos y sobre todo aéreos, cuyo desarrollo constituye también uno de los vectores crecientes de emisiones de gas de efecto invernadero (GEI). La lógica de corto plazo, del justo a tiempo, de la eliminación de precauciones muestra, en estos dos campos, la capacidad autodestructiva para los humanos de la primacía otorgada a la ganancia individual, a la ventaja comparativa, a la competencia. Aunque ciertas poblaciones o regiones se muestran más vulnerables que otras, la pandemia afecta progresivamente a todo el planeta, de la misma manera que el calentamiento no se limita a los países más emisores de CO₂. La cooperación internacional se vuelve entonces capital: frenar el virus o las emisiones de GEI de manera local será en vano si el vecino no hace lo mismo.

Difícil fingir la ignorancia ante la acumulación de diagnósticos. La vivacidad de la investigación y del debate científico

presentó lo fundamental de las informaciones accesibles y su precisión no deja de afinarse. En el caso del Covid-19, muchos especialistas lo alertan desde hace años, sobre todo en la voz del profesor Philippe Sansonetti, profesor del Collège de France, que presenta la emergencia infecciosa como un desafío mayor del siglo XXI. No faltaron alarmas tangibles: virus gripales como el H5N1 en 1997 o el H1N1 en 2009, coronavirus como el COV-1 en 2003 y después el MERS en 2012. De la misma manera, el informe Charney presentado al Senado estadounidense hace cuarenta años alertaba ya acerca de las consecuencias climáticas potenciales del alza de la cantidad de gas de efecto invernadero en la atmósfera. Las estructuras multilaterales para compartir el conocimiento y la acción en conjunto existen desde hace unos treinta años, con el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), después la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC). Finalmente, los científicos no escatiman sus esfuerzos para informarles a los responsables y a las sociedades frente a la amenaza de un calentamiento que se acelera.

Los escenarios de crisis también son conocidos. Muy rápidamente después de la aparición del Covid-19, muchos investigadores y autoridades sanitarias informaron acerca del peligro de una pandemia (3). Lo irónico de la situación es que a mediados de abril de 2020 los países menos afectados sean los vecinos inmediatos de China: Taiwán, seis muertos; Singapur, diez muertos; Hong Kong, cuatro muertos; Macao, cero (4). Escarmentados por el episodio de SARS en 2003 y conscientes del riesgo epidémico, pusieron en marcha de inmediato las medidas necesarias para reducirlo: controles sanitarios a las entradas, diagnósticos en grandes cantidades, aislamiento de los enfermos y cuarentena para los contaminados potenciales, uso generalizado de mascarillas, etcétera.

La deuda climática

En Europa, los gobiernos siguieron gestionando lo que consideraban como sus prioridades: reforma de las jubilaciones en Francia, Brexit del otro lado de la Mancha, crisis política casi perpetua en Italia... Después, prometieron para las semanas siguientes las acciones o los medios que deberían haber puesto en marcha meses antes. Esa dejadez los condujo a tomar medidas mucho más drásticas que las que podrían haber alcanzado a su debido tiempo, no sin consecuencias mayores en el plano económico, social o en el de las libertades públicas. Posponiendo siempre para el día después el respeto de sus compromisos tomados en 2015 en el marco de los Acuerdos de París sobre el Clima –o negando la firma de su país como el presidente estadounidense– los mismos Estados piensan ganar tiempo. ¡Lo pierden!

La aceleración repentina que exhibió la difusión del virus en Europa antes del confinamiento debería dejar su marca. Los sistemas naturales solo raramente evolucionan de manera lineal como respuesta a perturbaciones significativas. En este tipo de situación, hay que saber detectar y tomar en cuenta las primeras señales de desequilibrio antes de quedar enfrentado a situaciones incontrolables que pueden llevar a puntos de no retorno. Cuando el personal sanitario o el de las residencias de mayores que quedaron sin protección y sin diagnóstico se vuelven ellos mismos portadores del virus, eso crea focos de contaminación en medios altamente sensibles que pueden condu-

cir a un colapso de los sistemas de salud, y eso impone un confinamiento generalizado. De manera semejante, en materia climática efectos retardados y retroacciones positivas –efectos de retorno que amplifican la causa de partida– profundizan nuestra deuda medioambiental, a la manera de un prestatario sin dinero cuyos nuevos préstamos para reembolsar una vieja deuda serían contraídos siempre a una tasa más elevada. La baja de la cobertura nival y el deshielo de los glaciares se traducen así en la desaparición de las superficies que reflejan de forma natural la radiación solar, y crean las condiciones de un aceleramiento del alza de las temperaturas en las regiones implicadas, de donde se desprende un deshielo más persistente aún que alimenta por sí mismo el calentamiento. Así, el deshielo del permafrost ártico –que cubre una superficie dos veces más grande que la de Europa– podría acarrear emisiones masivas de gas metano, un poderoso gas de efecto invernadero que multiplicaría el calentamiento global.

La lógica de corto plazo, del justo a tiempo, muestra la capacidad autodestructiva para los humanos de la primacía otorgada a la ganancia individual.

Una parte creciente de la población siente la urgencia de intervenir, realiza sus propias máscaras, organiza la ayuda a las personas mayores. ¿Pero de qué sirve andar en bicicleta, hacer compost con los residuos propios o reducir el consumo de energía eléctrica cuando la utilización de energías fósiles sigue estando ampliamente subvencionada, cuando su extracción alimenta el aparato de producción y las cifras del “crecimiento”? ¿Cómo salir del fenómeno reiterativo de las crisis amplificado por el discurso político-mediático: negligencia, conmoción, miedo, después olvido?

Amenaza de colapso total

Porque existen dos diferencias fundamentales entre el Covid-19 y el desajuste climático. Uno se atiene a las posibilidades de regulación del shock sufrido y el otro a nuestras capacidades de adaptarnos. La autorregulación de las epidemias por adquisición de una inmunidad colectiva no hace del Covid-19 una amenaza existencial para la humanidad, que ya superó la peste, el cólera o la gripe española, en condiciones sanitarias muy difíciles. Con una tasa de letalidad probablemente ubicada alrededor del 1% –muy inferior a otras infecciones– la población del planeta no está amenazada de desaparición. Además, e incluso aunque desatendieron las premisas, los gobiernos disponen de conocimientos y de herramientas apropiados para ayudar a esta autorregulación natural y reducir el impacto.

Relativamente circunscrita, a la crisis del Covid-19 se la puede comparar en su dinámica con los incendios que abasaron el bosque australiano en 2019. Tiene un principio y un fin, aunque este último por el momento sea muy difícil de identificar y aunque no se excluya un regreso estacional de la epidemia. Las medidas tomadas para adaptarse son relativamente bien aceptadas por la población, en tanto que son percibidas como temporarias.

A la inversa, la inacción en materia climática nos hará salir de los mecanismos de regulación sistémicos, llevando a daños mayores e irreversibles. Podemos esperar una sucesión de crisis variadas, cada vez más fuertes y cada vez más frecuentes: canículas, sequías, inundaciones, ciclones, enfermedades emergentes. La gestión de cada una de esas crisis se vinculará con la de una crisis sanitaria del tipo Covid-19, pero su repetición nos hará entrar en un universo en el que las pausas no serán suficientes para recuperarse. Vastas regiones en las que se concentra gran parte de la población mundial se volverán inhabitables, o simplemente dejarán de existir, porque serán invadidas por el ascenso de las aguas. Es todo el edificio de nuestras sociedades el que se encuentra amenazado de colapsar. La acumulación de gas de efecto invernadero en nuestra atmósfera es especialmente tóxica porque el CO₂, el más expandido de entre esos gases, solo desaparecerá muy lentamente, dado que el 40% sigue presente en la atmósfera después de cien años y el 20% después de mil años. Cada día perdido en la reducción de nuestra dependencia de las energías fósiles vuelve así más costosa la acción a llevar a cabo el día después. Cada decisión rechazada como “difícil” hoy llevará a tomar decisiones todavía más “difíciles” mañana, sin esperanza de “curación”, y sin otra elección que adaptarse como sea a un medioambiente nuevo, del cual nos costará controlar el funcionamiento.

Invertir los dogmas

¿Hay que hundirse entonces en la desesperación a la espera del apocalipsis? La crisis del Covid-19 enseña al contrario la imperiosa utilidad de la acción pública, pero también la ruptura necesaria con el rumbo precedente. Después de una aceleración tecnológica y financiera depredadora, este tiempo suspendido se vuelve un momento de toma de conciencia colectiva, de puesta en duda de nuestro modo de vida y de nuestros sistemas de pensamiento. El virus SARS-COV-2 y la molécula de CO₂ son objetos nanométricos, invisibles e inodoros para el común de los mortales. Sin embargo, su existencia y su efecto (patógeno en un caso; creador de efecto invernadero en el otro) están ampliamente admitidos, tanto por los responsables como por los ciudadanos. A pesar de la incoherencia de las recomendaciones gubernamentales, la mayor parte de la población comprendió rápidamente los desafíos y la necesidad de ciertas medidas de precaución. La ciencia representa en estos tiempos una guía preciosa para la decisión, con la condición de que no se vuelva una religión que escape a las necesidades de la demostración y de la contradicción. Y la racionalidad debe más que nunca llevar a apartar los intereses particulares.

Todos los países cuentan con reservas estratégicas de petróleo, pero no de mascarillas... La crisis sanitaria pone en primer plano la prioridad que se les debe conceder a los medios de subsistencia: alimentación, salud, vivienda, medioambiente, cultura. Recuerda también la capacidad de la mayoría de comprender lo que está sucediendo a veces más rápido que los responsables. Aparecieron así los primeros barbijos hechos en casa, cuando la vocera del gobierno, Sibeth Ndiaye, todavía consideraba inútil su uso... Por otro lado, parecemos mejor equipados para reaccionar a amenazas concretas inmediatas que para construir estrategias que permitan prepararse para riesgos más lejanos, con efectos todavía poco perceptibles (5). De donde se desprende la importancia de una organización co-

lectiva motivada solo por el interés general y de una planificación que articule las necesidades.

Mucho más todavía que el Covid-19, el desafío climático lleva a cuestionar nuestro sistema socioeconómico. ¿Cómo volver aceptable una evolución tan drástica, un cambio a la vez social e individual? En principio no confundiendo la recesión actual –y tóxica– con la disminución benéfica de nuestras producciones insustentables: menos productos exóticos, puentes térmicos, camiones, autos, seguros; más trenes, bicicletas, campesinos, enfermeros, investigadores, etcétera. Las consecuencias concretas de esta última solo serán aceptables para la mayoría volviendo a colocar la justicia social en el lugar de las prioridades y favoreciendo la autonomía de los colectivos en todos los niveles.

Una evaluación muy concreta y rápida de la capacidad de los gobiernos para invertir los dogmas de ayer residirá en su actitud frente al Tratado de la Carta de la Energía. En vigencia desde 1998, y en renegociación desde noviembre de 2017, este acuerdo crea entre 53 países un mercado internacional de energía “libre”. Apuntando a tranquilizar a los inversores privados, les otorga a estos últimos la posibilidad de demandar ante tribunales arbitrales de poderes exorbitantes a cualquier Estado que pudiera tomar decisiones contrarias a la protección de sus intereses, decidiendo por ejemplo la suspensión de la actividad nuclear (Alemania), un aplazamiento de las perforaciones marinas (Italia) o el cierre de centrales de carbón (Holanda). Y no se privan de ello: a fines de marzo pasado al menos 129 causas de este tipo fueron objeto de una “solución de controversias” (6), un récord en materia de tratados de libre comercio que generó condenas para los Estados por un total de más de 51.000 millones de dólares (46.000 millones de euros) (7). En diciembre pasado, 280 sindicatos y asociaciones le pidieron a la Unión Europea que saliera de ese tratado que consideran incompatible con la implementación del Acuerdo de París sobre el Clima (8).

Es menos un plan de relanzamiento de la economía de ayer, de la cual necesitarán los países industrializados para salir de la crisis sanitaria, que un plan de transformación hacia una sociedad en la cual cada cual pueda vivir dignamente, sin poner en peligro los ecosistemas. La amplitud del recurso indispensable al dinero público –que sobrepasará todo lo que hayamos podido conocer– ofrece una ocasión única para condicionar los apoyos y las inversiones a su compatibilidad con la atenuación del cambio climático y la adaptación a ese cambio ■

1. Cf. Christian de Pethuis, “Comment le Covid-19 modifie les perspectives de l'action climatique”, *Idées et Débats* N° 63, Paris-Dauphine-PSL, abril de 2020.

2. Véase Sonia Shah, “Contra las pandemias ¡La ecología!”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena marzo de 2020.

3. Cf. Pascal Marichalar, “Savoir et prévoir, première chronologie de l'émergence du Covid-19”, *La vie des idées*, 25-3-2020.

4. Sitio de la Universidad Johns Hopkins, el 17-4-2020, www.arcgis.com

5. Cf. Daniel Gilbert, “If only gay sex caused global warming”, *Los Angeles Times*, 2-7-2006.

6. Sitio del Tratado de la Carta de la Energía, www.energychartertreaty.org

7. “One treaty to rule them all”, Corporate Europe Observatory et Transnational Institute, Bruselas, junio de 2018.

8. Carta abierta sobre el Tratado de la Carta de la Energía, 9-12-2019, www.collectifstopptafta.org

*Hidroclimatólogo, director de investigación en el Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD) y en el Instituto de Geociencias del Medioambiente (IGE, Grenoble), colaborador en los trabajos del Grupo de Expertos Intergubernamental sobre la Evolución del Clima (GIEC).

Traducción: Aldo Giacometti

Transformaciones que vienen tras la pandemia

Hacia una planificación ecológica

por Cédric Durand y Razmig Keucheyan*

Descifrar los secretos del capitalismo fue uno de los grandes méritos de Martin Luther King. Se trata, decía él, del socialismo para los ricos y la libre empresa para los pobres. Esto puede verificarse en períodos normales: durante el transcurso de las últimas décadas, el Estado, por ejemplo, construyó un mercado de deudas públicas, regalando así, deliberadamente, a los operadores privados el control que ejercía sobre el crédito después de la Segunda Guerra Mundial (1). Pero es aun más cierto en períodos de crisis. Los planes de apoyo a la economía implementados tras el crack de 2008 se elevaban al 1,7 % del Producto Interno Bruto (PIB) mundial. Por el coronavirus, Francia ya había desembolsado a principios de abril el equivalente al 2,6% de la riqueza producida cada año, cifra ampliamente superada por países como Estados Unidos (10%) o el Reino Unido (8%). Estos porcentajes sólo registran los primeros esfuerzos realizados por los Estados, nadie duda que van a seguir aumentando durante los próximos meses.

A estas medidas presupuestarias, deben sumarse las sumas titánicas desembolsadas por los bancos centrales. Contrariamente a sus homólogos japoneses o británicos, el Banco Central Europeo (BCE) se sigue negando a financiar directamente a los Estados, aunque se comprometió a comprar 1,12 billones de euros en títulos de mercado, de obligaciones públicas, pero también de deudas de multinacionales como BMW, Shell, Total, LVMH o Telefónica. Estas medidas complementan una serie de disposiciones que facilitan el acceso de los bancos a la liquidez. Rendirle honor al tótem de la estabilidad financiera significa que, en el punto más crítico de la crisis por el coronavirus, los fondos de inversión, los bancos y las grandes empresas, incluso las más contaminantes, serán los primeros beneficiarios de la ayuda de los poderes públicos. El “socialismo para los ricos” nunca fue tan protector.

Una dura batalla

Sin embargo, la gravedad de la crisis y el hecho de que impacta más en la economía “productiva” que en las finanzas, sacuden un poco la definición de Martin Luther King. En Estados Unidos, el Tesoro envía directamente cheques, bastante modestos, a los ciudadanos: es el principio de la moneda “helicóptero” (desde el cual se arrojarían los billetes), por el cual los bancos centrales subvencionan a los hogares y las empresas sin la mediación de los bancos y sin compensación. En Francia, a principios de abril, uno de cada cinco trabajadores se encontraba parcialmente desempleado y a cargo del Estado, una cifra que seguramente va a aumentar. El Observatorio Francés de las Coyunturas Económicas (OFCE) evalúa en más de 21.000 millones de euros el costo mensual de las disposiciones que les permiten a los trabajadores conservar una parte de su remuneración (2).

La pandemia dio lugar, una vez más, a la suspensión de la noche a la mañana de dogmas neoliberales que hasta ayer se presentaban como sagrados, entre los cuales se encuentran los criterios de convergencia de la zona euro. La idea de que los bancos centrales puedan “monetizar” las deudas públicas, es decir, hacerse cargo directamente de los gastos del Estado, es hoy un tema corriente de debate en el seno de las elites políticas y financieras. La batalla se anuncia

dura, pero el “estado de excepción” ideológico actual ofrece una ocasión histórica de cortar el cordón entre el financiamiento de la economía y la propiedad privada del capital. En efecto, si (re)descubrimos que los bancos centrales pueden, dentro de los límites de las capacidades de producción de una economía dada, financiar los adelantos necesarios para la actividad, entonces, los mercados perderían su estatus de extorsionistas: ya no habría motivos para cortejar la confianza de los inversores ni legitimidad para las políticas de austeridad.

A no engañarse, el neoliberalismo está lejos de desaparecer. En Francia, por ejemplo, la timidez de las medidas en favor de los hogares más pobres indica que el gobierno mantiene un ejército de reserva a bajo costo para imponer un ajuste de los salarios con el objetivo de amortizar la crisis (3). No obstante, vemos surgir algunos brotes de una lógica económica diferente. Suele ser el caso en las coyunturas de crisis como los conflictos armados. Durante la Primera Guerra Mundial, París sufrió una penuria de carbón (4). El Estado se hizo cargo, entonces, de su producción y distribución. La subvención a los hogares se realizó según dos criterios: el tamaño de las viviendas y la cantidad de personas que vivían en ellas, a partir de los cuales se evaluaba la cantidad de carbón necesaria para la calefacción. El combustible dejó de ser distribuido sobre la base de sustentabilidad de los hogares para hacerlo en función de sus *necesidades reales*. Se pasó de un cálculo monetario a un cálculo material.

El Estado y el mercado

Ciertamente, la crisis del coronavirus es menos trágica que la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la lógica que está imperando es similar. Las máscaras de protección y los respiradores escasean cruelmente. Hoy nadie osa evocar su costo. Sólo importa una cosa: ¿cuántos se pueden producir y a qué velocidad? Las cantidades han reemplazado a los precios. La subordinación del mercado a las necesidades reales toma también la forma de requisas. Irlanda, modelo de neoliberalismo, no dudó en nacionalizar sus hospitales privados el tiempo que dure la crisis. Para acelerar la fabricación de respiradores artificiales, el propio Donald Trump invocó la *Defense Production Act*, una ley que se remonta a la Guerra de Corea (1950-1953), que autoriza al Presidente de Estados Unidos a obligar a las empresas a producir de manera prioritaria bienes que respondan al interés general. La emergencia revela las necesidades por sobre los mecanismos del mercado.

Las crisis conducen las sociedades a bifurcaciones. A menudo, las rutinas anteriores vuelven a imponerse en cuanto pasa la tormenta; éste fue más o menos el caso tras la caída financiera de 2008. Pero la crisis ofrece a veces la ocasión de comprometerse con otra lógica. Esta existe en estado potencial en la situación actual: privilegiar la satisfacción de las necesidades reales, en contra del mercado.

Sin embargo, la pandemia ligada al nuevo coronavirus puso en evidencia otra exigencia. El Covid-19 encuentra su origen en una interpenetración creciente de los mundos humanos y animales favorable a la circulación de los virus (5). Esta transformación es resultado a la vez de la destrucción de los ecosistemas, que conduce a animales portadores de enfermedades transmisibles a instalarse en las proximidades de las zonas de

habitación humanas. Entonces, además de satisfacer las necesidades reales, una lógica económica alternativa tendrá que restablecer y respetar los equilibrios ambientales. ¿Su nombre? La planificación ecológica.

Esta última reposa sobre cinco pilares.

Ante todo, el primero: el control público del crédito y de la inversión. Se trata de imponer por medios legales el cese del financiamiento y luego el cierre de las industrias contaminantes. Este movimiento debe estar acompañado por inversiones masivas destinadas a la transición ecológica, las energías renovables y las infraestructuras limpias, principalmente, por medio del aislamiento en la construcción. Hay evaluaciones de cifras, por ejemplo, de la Asociación Négawatt (6). Pero también se trata de refundar y de ampliar los servicios públicos, esencialmente en los ámbitos de la educación, la salud, el transporte, el agua, el tratamiento de desechos, la energía y la comunicación, arruinados o destruidos por la lógica de mercado.

Descarbonizar la economía

En febrero de 2019, Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez presentaron su proyecto sobre el “nuevo acuerdo ecológico” (*Green New Deal*). Tomando como ejemplo el control político sobre la economía que impuso la administración de Franklin Delano Roosevelt en tiempos de la Gran Depresión de los años 1930, el proyecto propone “descarbonizar” la economía en diez años. Ya no hay tiempo para medidas tibias, la situación en el frente ambiental se agrava. Este programa tendrá que liberarse de las reglas de austeridad por las cuales los Estados se volvieron impotentes en materia ambiental. De todos modos, la crisis del coronavirus las hizo estallar en pedazos.

En el seno del capitalismo neoliberal, son los mercados, respaldados por los bancos y el sector financiero no regulado (*shadow banking*), quienes hacen de cuartel general donde se decide la asignación de los recursos. La elección de invertir en un sector o actividad se funda en criterios de rentabilidad y solvencia, a excepción de la capa de maquillaje verde destinada a alimentar la sección “nuestros valores” de los sitios de Internet de las grandes compañías. Larry Fink, el patrón del fondo de inversión BlackRock, publicó en enero de 2020 una fuerte carta dirigida a los jefes de empresas (7). Allí, declaraba su voluntad de hacer de la “inversión sustentable” la línea directriz de su gestión de activos. La estrategia de “ecolavado” (*greenwashing*) por parte de un fondo que detenta participaciones masivas en el sector de los hidrocarburos (8) no se le escapó a nadie. Incluso suponiendo que la intención era seria, la inversión sólo sería “sustentable” si se sustrajera a la lógica de la competencia, cortoplacista por naturaleza.

Es necesario desarmar este poder centralizado de las finanzas privadas. La inversión en la transición tendrá que ajustarse a un control democrático en todas las instancias de toma de decisiones. François Mauroy, consejero del gobierno de Pierre Mauroy en la época de las nacionalizaciones de 1981-1982 y miembro del consejo general del Banco de Francia, propone: “Los poderes elegidos deben ocupar el lugar central en la decisión del crédito y, por esta vía, en la emisión de nueva moneda. En cada nivel, las Asambleas elegidas deben definir los criterios de atribución de

los préstamos, la naturaleza de los beneficiarios y los montos otorgados [...] por grandes categorías de actividad” (9).

Estas deliberaciones sobre la inversión tendrán que adaptarse a objetivos generales establecidos a nivel nacional –incluso a nivel continental o mundial, principalmente en materia ecológica–, pero su autonomía garantiza la preservación de una forma de diversidad institucional. Lejos de la homogeneización mercantil, la articulación entre centralización de los objetivos primordiales y dinámica local para su realización favorece la inventiva de las formas de vida y las capacidades de adaptación de las sociedades humanas en su conjunto. Es también un imperativo para darle a la planificación un fuerte anclaje democrático. Como la transición supone una reasignación de los recursos a gran escala en un corto plazo, en caso de discordancia entre niveles, será el nivel nacional quien resuelva en última instancia. Para esto, es necesario que tenga legitimidad: mejorar la calidad de los procesos de deliberación es un desafío ecológico por excelencia.

La atribución del crédito también tendrá que tener en cuenta las exigencias ecosistémicas. Las experiencias de planificación del siglo XX, en la Unión Soviética, Francia y otras partes del mundo, se centraron en su mayoría en planificar el crecimiento de los equipamientos y de las industrias, por ejemplo, tras una guerra. Hasta ahora, la planificación fue productivista. La planificación ecológica, por su parte, debe organizar el decrecimiento de la utilización de los recursos naturales. Para lograrlo, habrá que empezar por dotarse de un aparato estadístico a la altura de las circunstancias. Planificar supone conocer el presente y formular escenarios plausibles sobre el futuro (10). Ahora bien, el conocimiento del impacto ambiental de las diversas actividades económicas sigue estando lleno de lagunas. Faltan indicadores ricos y precisos para orientar la deliberación y la decisión. Los institutos públicos de estadística serían capaces de producirlos si hubiera un mandato claro y mayores recursos para hacerlo.

De nada sirve mirar para otro lado: el desempleo afectará a muchos trabajadores de los sectores contaminantes cerrados. Sin embargo, ya durante las últimas décadas, la ecología acarrea el imaginario de una desindustrialización que, cuando se produjo bajo el efecto de las deslocalizaciones –y sin la más mínima preocupación ambiental–, provocó dramas sociales. La planificación ecológica, por su parte, se apoya en primer lugar en las clases populares. Entonces, debe invertir la tendencia y asociar la producción propia con la conquista de nuevos derechos sociales para los trabajadores.

Y ése es el segundo pilar de la planificación ecológica: el Estado debe garantizarles un empleo. El nuevo acuerdo ecológico de Sanders y Ocasio-Cortez comprende esta medida, simple pero crucial (11). El Estado se compromete a proponer o a financiar un empleo a toda persona que desee trabajar, con un salario de base del sector público o superior. Así como los bancos centrales son prestamistas “en última instancia” en los momentos de crisis financiera, con la garantía de empleo, el Estado se convierte en financiador del empleo “en última instancia”.

Este dispositivo permitiría crear puestos en sectores que el capitalismo considera no rentables, pero que suelen aportar

un fuerte valor agregado social y ecológico: mantenimiento de los recursos naturales, atención de adultos mayores o de la primera infancia, reparaciones, etc. A pesar de sus límites, la experiencia de los “territorios con desempleo cero por tiempo prolongado”, en curso desde el año 2016 y hasta 2021 en una decena de localidades francesas, ofrece un panorama de la garantía del empleo (12). Esta experimentación descansa sobre tres ideas: todos pueden tener un empleo (todo el mundo tiene competencias y tiene derecho a que sean reconocidas socialmente), el dinero no falta y el trabajo, tampoco –lo que escasea, es el empleo tal y como lo define el mercado, es decir, el trabajo que valoriza el capital.

Se trata entonces de superar el principio de protección contra los imponderables del mercado del trabajo ofreciendo una garantía de empleo que, además, contribuirá a satisfacer necesidades no cubiertas por el mercado. Podemos imaginar que se necesitará un espacio de diálogo entre, por un lado, las personas disponibles y, por el otro, las colectividades locales y las asociaciones, para identificar los empleos útiles a nivel de un territorio determinado. Una virtud suplementaria de este programa sería la constitución de una base mínima de normas sociales, en términos de condiciones de trabajo y de remuneración, cuyos efectos protectores se difundirían al conjunto de los trabajadores. Con el empleo garantizado, el trabajo deja de ser una mercancía, porque su existencia y su utilidad ya no están determinadas por el mercado.

Aplausos en los balcones

La crisis del coronavirus reveló otra jerarquía de los oficios (13). De repente, la supervivencia de las poblaciones depende del trabajo del personal sanitario, de los cajeros y las cajeras de supermercado y del personal de limpieza, todos oficios que, en tiempos normales, son poco valorados simbólicamente y financieramente. Son aplaudidos todas las noches desde los balcones. Algunos en Francia llegaron incluso a proponer que desfilaran en lugar de los militares el 14 de julio. Los oficios de la transición ecológica deben ser objeto de la misma revalorización. Siguiendo el ejemplo del minero de carbón, estandarte de la “batalla de la producción”, erigido como símbolo de la centralidad del mundo obrero tras la Segunda Guerra Mundial, la transición necesita sus propios “héroes”, o heroínas, en este caso. Esto pasa por un lado por la comprensión drástica de la escala de las remuneraciones y por el aumento de los ingresos correspondientes a los numerosos oficios social y ecológicamente útiles pero que, hasta ahora, no eran considerados. Esta batalla será también cultural: no se cambia el imaginario colectivo de un siglo sin películas, novelas, canciones, que contribuyan a elevar al personal sanitario, recicladores y campesinos al rango que ocupan en el universo de la ficción los policías, empresarios, abogados e informáticos.

En tercer lugar, la planificación ecológica debe conducir a una relocalización de la economía. La Unión Europea también dispone de su “Pacto Verde Europeo”, que se hizo público a través de la presidenta de la Comisión, Úrsula van der Leyen, en enero de 2020. En el preciso momento en el que presentaba sus principales líneas, la UE firmaba un tratado de libre comercio con Vietnam... Entonces, cada vez más cantidad de mercancías irán y vendrán a través del planeta, con una gran cantidad de emisiones de gases de efecto invernadero. Además de acrecentar las desigualdades, el libre comercio engendra una aberración ecológica.

Esta relocalización debe descansar sobre tres principios. El primero, es la “desespecialización de los territorios”. Esto les permitirá liberarse de las fluctuaciones de los mercados mundiales y recupe-

rar, de este modo, la soberanía sobre lo que producen. La globalización capitalista, la ampliación de las cadenas de valor, les quitaron este control a las poblaciones. El segundo principio, es el “proteccionismo solidario”: la implementación de las barreras aduaneras sociales y ambientales debe estar acompañada por el desmantelamiento del monopolio de las grandes firmas en materia de conocimiento. Liberalizar la propiedad intelectual permitirá que una gran cantidad de personas puedan beneficiarse con las innovaciones. Y el intercambio de saberes y de tecnologías favorecerá la elevación de los derechos sociales y ambientales. Lejos de replegarse en sí mismo, el proteccionismo solidario renovará el internacionalismo con bases ecológicas y de mutualización del saber.

La sobriedad productiva

Pero la relocalización no puede dar en el blanco, si, finalmente y, en tercer lugar, no tiene efectos sobre lo que se produce y sobre la manera en la que se produce. Al capitalismo le sirve acortar cuanto sea posible la vida útil de los objetos para obligar al consumidor a comprar siempre algo más nuevo. Para esto, lanza al mercado bienes de mala calidad. Es necesario imponer a los fabricantes normas de solidez acompañadas por una garantía de vida útil más extensa (14). Los productos más sólidos, que deben ser reemplazados con menor frecuencia, y suelen ser reparados, alivian la presión sobre los ecosistemas. Los movimientos a favor de una mayor “sobriedad” van viento en popa. Suelen verse acompañados por una moral individualista (15). La sobriedad, sólo puede ser colectiva, entonces hay que instaurar regulaciones que la alienten. Tenemos que pasar de una visión productivista de la actividad industrial a una concepción orientada hacia la extensión del ciclo de vida de los objetos: el mantenimiento, la reparación y el mejoramiento de los objetos a lo largo del tiempo deben tomar la delantera sobre la lógica de lo descartable. Es una cuestión de inversiones, de empleos, de competencias, pero también de garantías sociales.

La estricta limitación de la publicidad debe figurar entre estas regulaciones. Que una empresa quiera informar a sus clientes sobre los méritos de sus mercancías cae por su propio peso. Pero la publicidad engulle nuestras vidas cotidianas y nuestros espacios para vender ilusiones más que productos. Durante el transcurso del siglo XX, los gastos en publicidad de las empresas –las multinacionales, particularmente– aumentaron de manera vertiginosa (16). En la era del capitalismo “monopolista”, es uno de los principales mecanismos para captar sectores del mercado. En estas condiciones, no hay lugar para la emergencia de formas de consumo sustentables.

El cuarto pilar de la planificación ecológica es la democracia. Las experiencias de planificación pasadas eran no sólo productivistas, sino también tecnocráticas, verticales, y hasta autoritarias (17). En la URSS, por ejemplo, una burocracia de planificadores decidía sobre las cantidades y cualidades de los bienes a producir. Este autoritarismo suponía el problema de la debilidad de la legitimidad política de estos regímenes, pero también el del conocimiento económico: separados de la sociedad civil, los intelectuales planificadores sabían poco sobre las necesidades y los deseos de los ciudadanos. Esto daba lugar a un desajuste por momentos espectacular de la oferta y la demanda, que desembocaba en penurias o derroche.

Esta correlación entre planificación y autoritarismo no es necesariamente una fatalidad. Desarmarla supone cierto grado de inventiva institucional. Durante el transcurso de los últimos treinta años, las experimentaciones en materia de democracia participativa no faltaron (18). Con frecuencia no son

más que engaños políticos, ya que las decisiones importantes se toman en el seno de los poderes ejecutivos y de los consejos de administración. Los dispositivos como las conferencias de consenso, los jurados de ciudadanos, los presupuestos participativos o la “asamblea del futuro” (19) podrían, sin embargo, contribuir a la deliberación sobre las necesidades. La condición para la eficacia de estos dispositivos, que hasta hoy nunca se realizó, es que influyan verdaderamente sobre las elecciones productivas. En otras palabras, que den lugar a un retroceso de los mecanismos mercantiles en beneficio de una politización de la economía.

La coordinación de la oferta y de la demanda también podría apoyarse en herramientas digitales, como ya es el caso en el capitalismo de hoy. En septiembre de 2017, el diario *Financial Times* afirmaba que “La revolución de los big data puede resucitar a la economía planificada” (20). A ojos de uno de sus editorialistas, las posibilidades actuales de recolección de datos y de cálculo podrían, en un futuro cercano, superar ciertas deficiencias de la planificación centralizada del siglo XX. Las informaciones que produce con un flujo continuo el conjunto de los actores económicos, permiten conocer las preferencias de una gran cantidad de consumidores de manera casi instantánea, sin pasar por el sistema de los precios. Pero estos datos pertenecen, de hecho, a las industrias privadas de Silicon Valley, al igual que la infraestructura que los genera y los trata. Si fueran socializados, ubicados bajo el control democrático y reorientados hacia la utilidad social, contribuirían a la emergencia de alternativas al mercado.

Las clases populares

Finalmente, el quinto y último pilar de la planificación ecológica es la justicia ambiental. El Covid-19 generó numerosas víctimas en los territorios más pobres, por ejemplo, en Francia, en Seine-Saint-Denis. Las clases populares sufren de una salud más frágil; a falta de viviendas decentes y de recursos, contraen más patologías y van menos al médico, sobre todo porque sus territorios parecen desiertos médicos. Sin embargo, las profesiones situadas en la primera línea de la lucha contra el coronavirus suelen provenir de estos territorios y, entonces, están más expuestas al virus. Las pandemias agravan la desigualdad de clases.

Sucede lo mismo con la crisis climática. Las clases populares sufren más que los ricos la contaminación o las catástrofes naturales (21). No obstante, los gobiernos suelen hacer pesar sobre ellas el costo de la transición, como lo demostró el calamitoso episodio del impuesto sobre el carbono, que desató el movimiento de los Chalecos Amarillos. Semejante conducta no sólo es moralmente destinada al fracaso: sin el consentimiento de las clases populares, la transición no será posible. Suscitar este consentimiento supone ubicar a la justicia en el centro de la transición y, para esto, imponer un control democrático sobre las elecciones de producción y de consumo. En Francia, el 10% más rico de la población emite más gases de efecto invernadero que el 10% más pobre (veinticuatro veces más en Estados Unidos y cuarenta y seis veces más en Brasil) (22). A ellos les corresponde asumir el costo de los modos ambientales suscitados por sus modos de vida.

Actualmente, la ecología figura entre las principales preocupaciones de los europeos. ¿Pero qué ecología? El primer ministro conservador de Austria, Sebastian Kurz tiene su propia idea. El pasado mes de enero, al momento de formar su coalición con los Verdes –una novedad a escala de un país–, declaró que la humanidad se veía confrontada a dos desafíos mayores: la inmigración y el cambio climático. De allí el sentido de

una alianza de los conservadores con los ecologistas. La crisis del coronavirus podría acelerar la emergencia de una ecología conservadora. La demanda de un Estado “fuerte” suscitada por el miedo, el acostumbramiento al cierre de las fronteras y al “seguimiento” de la población, junto con la creciente conciencia de que el productivismo engendra catástrofes cada vez más importantes, podrían hacer de Austria el primer país, entre otros, que se incline por una gestión autoritaria de la crisis ambiental. Sería un error creer que esta alianza es antinatural. En la historia de la ecología, siempre existió una sensibilidad conservadora.

A esta ecología conservadora, hay que oponerle otra. La que activa todos los mecanismos del Estado para realizar la transición, pero encuentra al hacerlo la oportunidad de democratizar el Estado y de someter la democracia participativa a la presión de la democracia directa. La transición ecológica requiere, en este sentido, una transformación simultánea de nuestros sistemas económicos y políticos. Su ecología o la nuestra (23): la gran batalla del siglo XXI ha comenzado. ■

1. Benjamin Lemoine, *L'Ordre de la dette. Enquête sur les infortunes de l'État et la prospérité du marché*, La Découverte, Paris, 2016.
2. “Évaluation au 30 mars 2020 de l'impact économique de la pandémie de Covid-19 et des mesures de confinement”, Policy brief N° 65, OFCE, Paris, 30-3-20.
3. Michaël Zemmour, “Coronavirus : Le gouvernement ne se rend pas compte de l'exposition des ménages modestes à la crise”, *Le Monde*, Paris, 27-3-20.
4. Thierry Bonzon, “Consumption and total warfare in Paris (1914-1918)”, en Frank Trentmann y Flemming Just (dir.), *Food and Conflict in Europe in the Age of the Two World Wars*, Palgrave Macmillan, Londres, 2006.
5. Véase Sonia Shah, “Contra las pandemias ¿La ecología ¿fe dónde viene el coronavirus?”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena marzo de 2020.
6. Association négaWatt, *Manifeste négaWatt. En route pour la transition énergétique!* Actes Sud, Arles, 2015.
7. Larry Fink, “A fundamental reshaping of finance”, sitio Internet de BlackRock, enero de 2020, www.blackrock.com
8. Amélie Canonne y Maxime Combes, “BlackRock se paie une opération de greenwashing grâce à Paris et Berlin”, Basta!, 24-1-20, www.bastamag.net
9. François Morin, *Quand la gauche essayait encore. Le récit des nationalisations de 1981 et quelques leçons que l'on peut en tirer*, Lux, Montréal, 2020.
10. Alain Desrosières, “La commission et l'équation: une comparaison des Plans français et néerlandais entre 1945 et 1980”, *Genèses. Sciences sociales et histoire*, N° 34, Paris, 1999.
11. Pavlina Tcherneva, *The Case for a job guarantee*, Polity Press, Londres, 2020.
12. Florence Jany-Catrice y Anne Fretel (coord.), “Une analyse de la mise en œuvre du programme expérimental visant à la résorption du chômage de longue durée dans le territoire urbain de la Métropole de Lille”, informe intermedio, 11-6-19, disponible en <https://chaires.org>
13. Dominique Méda, “Nous savons aujourd'hui quels sont les métiers vraiment essentiels”, *Politix*, Paris, 25-3-20.
14. Véase “Por una ‘economía de la funcionalidad’”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, septiembre de 2019.
15. Véase Jean-Baptiste Malet, “Le système Rabhi”, *Le Monde diplomatique*, Paris, agosto de 2018.
16. John Bellamy Foster et al., “The sales effort and monopoly capitalism”, en *Monthly Review*, Vol. 60 (N° 11), Nueva York, abril de 2009.
17. Bernard Chavance, “La planification centrale et ses alternatives dans l'expérience des économies socialistes”, *Actuel Marx*, Paris, Vol. 65 (N° 1), 2019.
18. Yannick Barthe, Michel Callon y Pierre Lascoumes, *Agir dans un monde incertain. Essai sur la démocratie technique*, Seuil, Paris, 2001.
19. Dominique Bourg et al., *Inventer la démocratie du XXIe siècle. L'Assemblée citoyenne du futur*, Les Liens qui libèrent, Paris, 2017.
20. *Financial Times*, Londres, 4-9-17.
21. Catherine Larrère (dir.), *Les Inégalités environnementales*, PUF, Paris, 2017.
22. Lucas Chancel, *Insoutenables inégalités. Pour une justice sociale et environnementale*, Les petits matins, Paris, 2017.
23. André Gorz, “Leur écologie et la nôtre”, *Le Monde diplomatique*, abril de 2010.

*Respectivamente, profesor de Economía en la Universidad Paris 13 y profesor titular de Sociología en la Universidad de Bordeaux.

Traducción: María Julia Zaparart

Los estragos económicos de la pandemia

¿Quién va a pagar?

por Laurent Cordonnier*

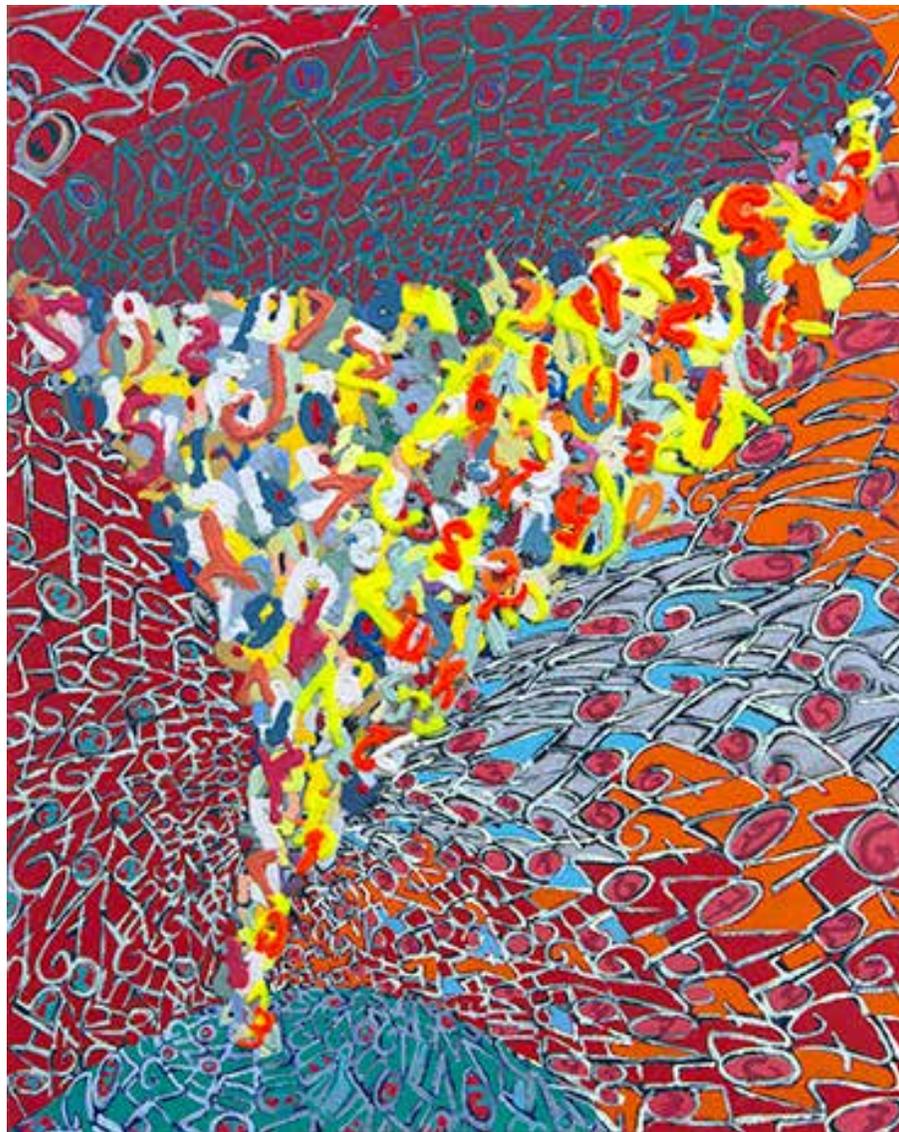
Las crisis se asemejan. Cuando la tormenta estalla el capitán apela a la solidaridad. Pero cuando la amenaza pasa, la unión se desvanece: mientras la mayoría sufre en la bodega, unos pocos bailan sobre el puente. ¿Acaso seguiremos igual o la pandemia cambiará el rumbo?

La crisis que está ocurriendo no es de índole sanitaria, sino económica. El aleteo de mariposa que sin duda se produjo en el mercado de Wuhan avanzó siguiendo las líneas de fragilidad del capitalismo globalizado y liberalizado, que desde hace cuarenta años, ha desplegado sus “cadenas de valor” en función de los Eldorados de pacotilla que le prometían perezosas ganancias: la captación financiera, la competencia “libre y no falseada” por los costos salariales, el justo a tiempo, el *lean management* (1), el saqueo de los recursos naturales, la obsolescencia programada, la reducción del número de mascarillas y camas en los hospitales, la austeridad.

Recién estamos en los inicios, pero ya lo economistas se preguntan: “¿quién va a pagar y cómo?”. Una profesión que no podría ganar su pan sin esa levadura que se activa con la simple mención de los “costos” jamás podría perder tan bella ocasión de formular la pregunta. Y esta vez, no podremos contradecirla. En efecto, es una de las preguntas más importantes que acompañará la perspectiva de un “retorno a la normalidad”: ¿qué es lo “normal”, qué es un “retorno” y será que existen nuevas “perspectivas” que no obstruyan otra vez el horizonte?

El verdadero costo

Siendo económica, esta crisis sin embargo no se parece a nada realmente conocido en la historia del capitalismo. No es clásica, ni keynesiana, no es el resultado de un problema de oferta, debido a trabas institucionales, tecnológicas o provenientes de la disponibilidad insuficiente de los medios de producción (el capital, el trabajo y los recursos naturales), ni de una caída repentina de la demanda, aunque el sistema de formación de la demanda sea estructuralmente deficiente desde hace



Ximena Mandiola, Cae al fondo del tiempo (técnica mixta), 2018 (www.ximenamandiola.com)

cuarenta años. Esta crisis deriva esencialmente de decisiones soberanas (y en menor medida, de medidas de protección tomadas individualmente), que condujeron a la brutal detención de sectores enteros del aparato productivo. La Oficina Internacional del Trabajo (OIT) estima que a nivel mundial “1.250 millones de trabajadores que representan cerca del 38% de la mano de obra mundial están empleados en sectores que actualmente deben enfrentar una severa reducción de la producción y un elevado riesgo de desplazamiento de los efectivos. Entre los sectores clave figuran el comercio minorista, la hotelería y la gastronomía, así como el sector manufacturero” (2). Los resultados de ese riesgo ya son estimables. La reducción de las horas trabajadas en el mundo será, según la OIT, de un 6,7% en el segundo trimestre de 2020: una pérdida equivalente a 195 millones de empleos de tiempo completo. Según un estudio publicado por Naciones Unidas (3), esta crisis precipitará a 500 millones de personas en la pobreza, a consecuencia de la reducción de la actividad y las pérdidas de empleos.

Parte de la respuesta a la pregunta “¿quién pagará?” ya está ante nuestros ojos y no precisa conjugarse en futuro: los primeros costos de la crisis están en las pérdidas inmediatas de producción de bienes y servicios (útiles o fútiles, tóxicos o no) que sin duda no se recuperarán. Soportan esas pérdidas las categorías de trabajadores cuyos ingresos se redujeron o volatilizaron, como contrapartida de

la producción no realizada y no vendida. Esa es la parte fundamental de lo que nos cuesta y nos costará luchar así contra la propagación del virus.

Quién paga los platos rotos

Pero en general, no es desde ese punto de vista que se plantea la pregunta sobre el costo y quién se hará cargo de él. Pasando muy rápido de los platos rotos a los esfuerzos que se hacen o se harán para tratar de repararlos, nos encontramos inmediatamente transportados al pie de la montaña de las deudas públicas que los Estados y los sistemas de seguridad social habrán contraído, al recibir a su vez el impacto y tratar de amortiguar los daños y padecimientos provocados por la caída de la producción. Y eso, ¿quién va a pagarlo?

Por cierto, no es esta una pregunta menos interesante que la primera, pero si todavía no recibimos la primera factura, la segunda (las deudas que contraen los Estados), puede llegar a emerger como el verdadero costo de la crisis. Este no es más que la suma de la parte de esas restricciones de producción que soportan directamente los Estados, por un lado, y las reasignaciones de ese primer costo entre las categorías de agentes institucionales que las padecen, por el otro. El Estado, como las empresas y los hogares, efectivamente sufre de modo directo las restricciones de producción y toma su parte de esas pérdidas, bajo la forma de una pérdida de recaudación fiscal (impuesto a las empresas y a las ganancias, impuesto al valor agre-

gado y a los productos petroleros, etc.). En todas partes del mundo, se está otorgando a las empresas aplazamientos de los aportes fiscales y sociales, se les brinda facilidades o garantías para préstamos, en tanto se mantienen o refuerzan medidas de apoyo a los hogares, a través del otorgamiento de ingresos sustitutivos, bajo la forma de subsidios por desempleo (total o parcial). Mañana, sin duda, habrá que efectuar recompras de deudas, recapitalizaciones, nacionalizaciones, para salvar a las empresas en problemas (mientras el aparato productivo siga más o menos en marcha), a causa del previsible aumento de su endeudamiento. Este último, que ya había alcanzado niveles inquietantes antes de la crisis del coronavirus, podría trepar a las nubes, lo cual permite presagiar quiebras estrepitosas. En un estudio premonitorio de octubre de 2019, que simulaba una recesión mundial del orden de 4 puntos del producto interno bruto (PIB) anual (es decir, de un nivel de violencia media menor que el de la crisis financiera de 2008), el Fondo Monetario Internacional (FMI) conjeturaba que el monto global de las deudas empresariales calificadas como riesgosas iba a aumentar bruscamente 19 billones de dólares, hasta llegar al 40% del monto de los créditos de empresas privadas, en 2021 (4). Esos cálculos deben recalcularse, porque las pérdidas de producción estimadas para la actual crisis ya duplican las de ese escenario catástrofe. O sea que los Estados saldrán de esta crisis bastante más endeudados que hace unos meses.

Endeudamiento del Estado

Antes de ver quién se hará cargo de esa cuenta, aclaremos dos puntos. En primer lugar, el costo de la deuda soportado por un Estado no corresponde a una futura devolución a sus acreedores (en cinco, diez, o treinta años). En general, el Estado logra hacer “rodar su deuda” y los acreedores intercambian papel viejo por nuevo. De manera que siempre paga a los acreedores, pero no su deuda. En segundo lugar, conviene tranquilizar a los que están inquietos por el tema de la disponibilidad de los fondos necesarios para acompañar la subida a la cúspide de la necesidad de endeudamiento de los Estados. Como elegantemente expresa el economista Bruno Tinel: “Si pensamos que hay demasiadas deudas, hay que ser coherente, y decir también que hay demasiado ahorro (5).”

El costo real del endeudamiento para el Estado no es pues la amortización del capital tomado, sino el monto de los intereses que debe pagar anualmente a sus acreedores. La pregunta, entonces, pasa a ser: ¿será soportable ese costo, a largo plazo, para la colectividad y en caso que no lo sea, podemos liberarnos de él (y cómo)?

Por ahora, las tasas de interés sobre las deudas públicas de los principales países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) no treparon a las nubes. España, Portugal, Grecia e Italia siguen pudiendo pedir préstamos a diez años, a tasas nominales que van de 1% a 2%. En el caso de Estados Unidos, Alemania, Francia, Japón, Reino Unido, estas siguen siendo inferiores a 1%: teniendo en cuenta la inflación, todos esos Estados pueden pedir préstamos a tasas

de interés reales cercanas a cero, o incluso negativas. El costo de las deudas públicas podría entonces mantenerse muy soportable –y nadie tendría que pagarlo realmente– si los actores financieros no empezaran a entrar en pánico frente al aumento de las deudas públicas, y no se pusieran a reclamar a los Estados ese salario del miedo (el miedo: la principal fuerza de esa gente que a veces nos complacemos en retratar como “riesgófidos”).

¿Qué pasaría y qué podrían hacer los Estados y las autoridades monetarias si el pánico se apoderara de los actores financieros (los fondos de pensiones, los fondos de seguros de vida, los fondos de ahorro mutuo y los bancos) que administran el ahorro de los hogares y las empresas? Si el pánico fuese ineludible, este sería sin duda selectivo, y obligaría a reabrir el abanico de las tasas de interés que se reclama a los distintos Estados de la zona euro. El Sur sin duda estaría más amenazado que el Norte. En tal caso, podríamos pensar que el “paraguas” que abrió el Banco Central Europeo (BCE) en 2012 –cuando Mario Draghi, entonces presidente de la institución, anunció que “el BCE hará todo lo que sea necesario para salvar la zona euro”– permanecería abierto, como lo estuvo a lo largo de la política denominada de flexibilización cuantitativa. Que el BCE se diga dispuesto a comprar en los mercados de ocasión todas las deudas soberanas que fuesen objeto de ventas excesivas (que ejercen una presión al alza sobre las tasas de interés de esas deudas), y que esas promesas se verifiquen con acciones probatorias, quizá también podría bastar. Pero hoy por hoy, nadie puede decir cuál será la acumulación de las deudas públicas, ni a partir de qué monto (¿120%, 150%, 200% del PIB?) suscitarán una desconfianza tal que ni siquiera la perspectiva de un comprador, como último recurso, dará tranquilidad. Ese punto de oscilación podría ubicarse bastante arriba, dado que ya no subsisten muchas opciones competitivas y atractivas que den tranquilidad al ahorrador. Eso no quita que no puede descartarse el escenario de un nuevo desplome de los bonos de deuda. En ese caso, habría que pensar la forma de deshacerse de parte de esas deudas públicas o de neutralizar su peso. Preguntarse, en suma... “¿Quién va a pagar?”

Soluciones de salida

En este nivel de gravedad de la crisis, faltan algunas llaves en la caja de herramientas ortodoxa. Intentando responder a la pregunta en un artículo publicado en *Les Echos* (6), Jean Tirole –uno de los máximos exponentes de la teoría neoclásica (la corriente económica dominante desde hace cincuenta años) y que recibió en 2014 el Premio en Ciencias Económicas del Banco de Suecia en memoria de Alfred Nobel (erróneamente conocido como Premio Nobel), se ve obligado a cruzar los límites de su doctrina y pedir prestadas algunas herramientas a sus vecinos.

El economista pasa revista a cuatro soluciones para responder a la explosión de

la deuda pública. La primera consiste en el repudio de parte de esa deuda pública, opción a la que Tirole parece aludir solo para barrerla mejor: considera “delicada” esa operación, porque opacaría duraderamente la reputación de los Estados que resuelvan aplicarla. No podrían volver a tomar préstamos por mucho tiempo y se verían pues obligados a equilibrar de inmediato su presupuesto, lo cual no haría más que agregar un shock de demanda negativo en el momento en que le economía realmente no lo necesita. O sea que, según Tirole, es un callejón sin salida. Ese *modus operandi*, que pide su contribución a las clases privilegiadas y al patrimonio, no siempre tuvo los inconvenientes que se cree. En ocasiones, permitió el rápido restablecimiento de los Estados que lo implementaron (7).

¿Retorno a la austeridad?

La segunda solución implica aumentar impuestos y reducir gastos, para enlentece la necesidad de nuevo endeudamiento: “Los Estados aplican tasas excepcionales a los más ricos, por ejemplo sobre el patrimonio, y para hacer frente a las grandes necesidades de las finanzas públicas, sobre las clases medias”, explica Tirole. Es una especie de retorno a la austeridad de antes, pero mejor distribuida, de la que el autor no dice realmente qué piensa. La opción de una mejor distribución todavía no es, evidentemente, la del ministro de Economía y Finanzas francés, Bruno Le Maire, quien se conforma con una austeridad “a largo plazo”: “A largo plazo, es necesario contar con finanzas públicas sanas y reducir la deuda (8)”, sin especificar a quién se recurrirá para hacerlo.

¿Tercera solución? La mutualización de parte de las deudas públicas dentro de la zona euro: los famosos “coronabonos”, rechazados por los países del Norte días después de la publicación del artículo de Tirole. Sin embargo, la idea no era mala en el caso particular en que el aumento de las tasas de interés involucrara a un número limitado de Estados, que habrían podido sacar partido del mayor grado de confianza con que cuenta el promedio de las deudas soberanas. Pero obviamente no ayudaría en nada si la desconfianza hacia las deudas públicas se generalizara.

Queda la cuarta solución, que Tirole sugiere que es la que él prefiere: la monetización de las deudas (y no solo de las de los Estados), es decir, su compra por los bancos centrales. Tirole subraya que la cuestión del pago quedaría sin efecto: “No hay vencimiento formal para el reembolso por parte de los Estados; una compra supuestamente temporaria puede volverse en los hechos permanente.” En el momento de pagar su deuda al BCE, un Estado podría emitir paralelamente una nueva deuda con los actores financieros (para conseguir el efectivo necesario), deuda que el BCE compraría inmediatamente en los mercados secundarios. Una deuda que se vuelve permanente con el BCE, como una línea de crédito renovada *in aeternum*, por supuesto que sería

una preocupación menos para los Estados. ¿Pero qué hay del pago de los intereses? Jean Tirole no dice nada. Pero quizá haya que innovar en ese aspecto, o de lo contrario, el peso real de la deuda pública subsistiría enteramente.

Seguramente, lo más simple sería hacer pasar por pérdidas y ganancias las deudas que compra el banco central; sería una forma concertada de repudiar las deudas públicas. Una solución así tendría el mérito de no estafar a ningún agente privado (que habría consentido la compra de sus títulos por el BCE, siempre y cuando este les haya puesto precio) y de no incentivar la inflación, teniendo en cuenta que la liquidez provista a los actores privados, para comprar sus créditos a los Estados, no aumenta su fortuna ni crea ingresos ficticios (no se trata de “moneda helicóptero”, según la imagen utilizada por Milton Friedman para describir el dinero que un Estado distribuiría a la población con la esperanza de que al gastarlo, reactive la economía). Semejante operación de repudio concertado de las deudas públicas, llevada a cabo a gran escala, tendría obviamente el efecto de infligir pérdidas de activos gigantescas al BCE, cuyos fondos propios se volverían negativos, en una medida igualmente vertiginosa. Quizá llegue el día en que todos nos preguntemos: ¿será que eso representa realmente un problema? Si los Estados se vieran obligados a sacar a flote al BCE, evidentemente sería un camino sin salida. Pero ese no es el caso, al menos desde un punto de vista institucional. El obstáculo que cierra ese camino demuestra ser menos económico, técnico o institucional que político: los actuales dirigentes deberían consentir lo que siempre sostuvieron que era imposible. ¿No es acaso la hora de las rupturas?

Inflación suave

Con todo, queda una última solución que Tirole no plantea. Consistiría en crear (o regenerar) a nivel europeo un régimen de “inflación suave”, coordinando nuestras políticas salariales, de manera de imprimir un nuevo dinamismo a los aumentos de salarios nominales (es decir, sin tomar en cuenta la inflación). Si nos coordináramos (gobiernos, sindicatos, BCE), al menos a nivel de la zona euro, ese sistema de inflación de origen salarial podría mantenerse bajo control. Esa podría ser una oportunidad para calibrar los ritmos de aumento de los salarios nominales, de manera diferenciada en cada uno de los países miembros (para reequilibrar las diferencias de tipos de cambio reales acumuladas desde que dejaron de ser posibles las devaluaciones). Y esto, con el fin de restaurar las “competitividades en costos” relativas y reabsorber los desequilibrios comerciales que son su consecuencia (9).

Este sistema de inflación suave aligeraría el peso de las deudas públicas, en detrimento de los prestadores más ricos. Siempre se hace así a la salida de una guerra acaso no estamos en guerra? Los gobiernos financian en un primer momento los

gastos de armamento, pidiendo adelantos de dinero a los rentistas y les devuelven ese dinero años o décadas más tarde... en una moneda cuyo poder adquisitivo se ha erosionado. No temamos tumbar en ese mismo movimiento a los pobres: ellos no tienen dinero. La generación de una suave inflación de origen salarial, coordinada y diferenciada en la zona euro podría ser una solución para aliviar el peso de las deudas acumuladas, con la contribución de los rentistas, de un modo no violento pero prolongado (a un ritmo de 2% a 3% de erosión de la moneda por año).

Monetizar parte de las deudas públicas para destruirlas o crear un régimen de suave inflación salarial, sin duda son ideas en apariencia iconoclastas. Pero como decía en sus tiempos el economista británico John Maynard Keynes en relación a su país, si la crisis que atravesamos debiera perdurar o agravarse, podría llevar a “los estadistas y administradores a limitar las consecuencias más graves de los errores del sistema educativo en el que se formaron, haciendo cosas prácticamente exentas de consecuencias en relación a sus propios principios, ni ortodoxas ni heréticas en la práctica, como ya demuestran algunas señales (10)”. Entre esas señales, incluiremos ciertos giros inesperados como el de Alain Minc que desde hace un tiempo defiende la idea de una “deuda perpetua”, que el Estado no reembolsará jamás (11). O, el paso a un costado que dio Jean Tirole, quien sin decirlo reclama muchas otras a las instituciones europeas, a sus dirigentes... y al “sistema educativo en el que se formaron”. ■

1. N. de la R.: *Lean Management o Lean Manufacturing*

es un modelo de gestión que se enfoca en minimizar las pérdidas de los sistemas de manufactura al mismo tiempo que maximiza la creación de valor para el cliente final. Para ello utiliza la mínima cantidad de recursos, es decir, los estrictamente necesarios para el crecimiento.

2. “Observatoire de l’OIT: le Covid-19 et le monde du travail”, 2^a édition, Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra, 7-4-20.

3. Andy Sumner, Chris Hoy y Eduardo Ortiz-Juarez, “Estimates of the impact of covid-19 on global poverty”, United Nations University, Helsinki, 8-4-20.

4. *Global Financial Stability report*, Fondo Monetario Internacional, Washington, octubre de 2019.

5. Bruno Tinel, *Dette publique: sortir du catastrophisme*, Raisons d’agir, París, 2016.

6. “Jean Tirole: quatre scénarios pour payer la facture de la crise”, *Les Échos*, París, 4-4-20.

7. Véase Renaud Lambert, “Syriza y la deuda alemana”, *Le Monde Diplomatique*, edición chilena, marzo de 2015.

8. Gérald Darmanian y Bruno Le Maire, “Le plan d’urgence révisé à 100 milliards d’euros” *Les Échos*, París, 9-4-2020.

9. Para una comprensión más específica de estos mecanismos económicos, véase “Compétitivité-coût, taux de change réel et déséquilibres commerciaux”, www.monde-diplomatique.fr/61736

10. John Maynard Keynes, *La pauvreté dans l’abondance*, Gallimard, París, 2002.

11. “Alain Minc: pour une dette publique à perpétuité!”, *Les Echos*, 16-4-20.

*Economista, profesor de la Universidad de Lille. Traducción: Patricia Minarrieta



Lea el texto de Ignacio Ramonet: La pandemia y el sistema mundo

<https://www.lemondediplomatique.cl/ante-lo-desconocido-la-pandemia-y-el-sistema-mundo-por-ignacio-ramonet.html>

¿El fin del libre comercio?

Desastre en cadena

por Lori M. Wallach*

La pandemia de Covid-19 podría poner fin a la era del libre comercio frenético, ese régimen económico hecho a medida para el sector privado que, desde hace años, engendra costos considerables para las poblaciones y el planeta. Pero poderosos intereses se opondrán y abogarán por la emergencia de un “capitalismo de crisis” para que todo vuelva a la normalidad.

Aunque algunos dirigentes políticos resulten desprovistos del coraje o la imaginación necesarios para operar una transformación que permita poner fin a la era del libre comercio, cuando no se ponen directamente al servicio de la patronal, se pueden identificar cuatro razones por las cuales la crisis del Covid-19 podría ofrecer una ocasión inédita. Después de todo, tal vez ha llegado el momento para una versión positiva de la “estrategia de choque”, ese mecanismo descrito por Naomi Klein, que a menudo permitió que los Estados dominantes aprovecharan las crisis para reorganizar el mundo a su gusto.

Fuentes de esperanza

Primera fuente de esperanza: la pandemia obligó a la mayoría de los habitantes de los países desarrollados a experimentar en carne propia el dolor y la angustia que engendra la globalización liberal. En un mundo modelado para servir a las multinacionales, ni siquiera los países más ricos están en condiciones de producir u obtener los respiradores, las máscaras y los recursos médicos necesarios para tratar a los enfermos. El detenimiento de la producción en un país provocó una reacción en cadena que puso a los sistemas médicos y económicos del mundo entero de rodillas, lo que incluso agravó los destrozos engendrados por el coronavirus.

Numerosos bienes esenciales son hoy producidos en un país, a veces en dos. Una proporción considerable proviene de China y resulta extremadamente difícil aumentar la producción en otra parte. Con la organización de cadenas de producción globalizadas y extremadamente extendidas, las empresas que quisieran producir lo que falta no logran provisionarse de materia prima, componentes e insumos. Un ejemplo: la mayoría de las cien piezas que entran en la fabricación de un respirador artificial no son producidas en los países donde se montan los aparatos. El 90% de las sustancias activas de los productos farmacéuticos se producen solamente en dos países.

La devoción al “dios de la eficacia” que impera en la cumbre del Olimpo librecambista condujo a salir en busca de las capacidades inutilizadas. En tales condiciones, toda la cadena se interrumpe si uno de sus centenares de eslabones —una sociedad, en alguna parte del planeta— no está en condiciones de funcionar. En un país, cuando algunos trabajadores se enferman, cuando se establecen medidas de distanciamiento social para limitar el contagio de un virus, cuando los gobiernos privilegian las necesidades de su población a sus exportaciones, se produce la escasez de bienes esenciales. Esto significa que numerosas personas descubren ahora el desastre que ya conocían millones de obreros, pequeños campesinos, co-

munidades abandonadas en la cuneta de la autopista de la globalización.

La rana sumergida en una cacerola no se da cuenta de que la temperatura del agua aumenta. Solo una catástrofe repentina está en condiciones de despertar a todos aquellos que, hasta ahora, podían considerar la amenaza como lejana. Incluso aquellos que se habían especializado en disertar sobre los beneficios de la globalización para defender los tratados de libre comercio, ahora admiten que las cosas probablemente llegaron demasiado lejos y que un modelo de producción más local ofrecería muchas ventajas. Son incontables los artículos que dieron tal giro en las columnas de *The Economist* o de *Financial Times*, los misales de los evangelistas del mercado.

Segunda fuente de esperanza: Ya ningún gobierno se ocupa de explicar: “Lo lamentamos, pero no podemos tomar las medidas que se imponen porque son contrarias a las reglas de las grandes organizaciones del comercio internacional”. Las respuestas que exige la amenaza del Covid-19 conducen a los gobiernos a pasar por la trituradora los grandes principios que estaban detrás de la globalización liberal. Es inimaginable un retorno rápido a la situación de partida, así no fuera sino por el nuevo rol que la pandemia obliga a que adopten los gobiernos.

Privilegiar las necesidades

Numerosos Estados están pagando los costos de lo que hasta ahora había constituido el corazón de su política; o sea, la falta a su deber de protección de las poblaciones. En vez de permitir que el sector privado les dicte su hoja de ruta, algunos finalmente se resuelven a hacer lo que sus electores esperan de ellos: privilegiar las necesidades de la población al resto e intervenir allí donde se los necesita.

Hace unos pocos meses habría costado trabajo imaginar tal epifanía formulada por Sabine Weyand, directora general de comercio de la Comisión Europea. Eso ocurrió durante un seminario organizado por el Washington International Trade Association (WITA), el 9 de abril de 2020: “Debemos reconocer que en el corazón de la tormenta no se puede dejar que el mercado administre solo la asignación de recursos escasos. Hay que aceptar la idea de que debemos estimularlos hacia el sector de la salud más que dejar que los especuladores acaparen todo lo que pueden”.

Pero Sabine Weyand aboga por un retorno al “*business as usual*” lo antes posible. El comisario de comercio Phil Hogan se muestra más audaz: propone lanzar negociaciones que apunten a eliminar todas las restricciones al comercio de equipamientos médicos “de manera de estar seguros de que las cadenas de producción global pueden funcionar libremente” (discurso del 16 de abril de 2020). Hogan y los partidarios de la globalización se

oponen a todo esfuerzo de relocalización de la producción, que caricaturizan como una búsqueda inútil de “autarquía”. Pero la cuestión no es elegir entre globalización y autarquía. Se trata de comprobar que mucha gente ahora comprendió que en un régimen de libre comercio su país no está en condiciones de protegerlos. Y no lo olvidarán.

De la misma manera, los discursos beatíficos que alaban los méritos del “justo a tiempo” y de la “máxima eficacia” puesto que “todo el mundo la aprovecha” ahora suenan en el vacío: cada uno se da cuenta de que ese sistema apunta sobre todo a maximizar los beneficios en detrimento de la salud, de la equidad y hasta de la seguridad nacional.

Signo de que algo ha cambiado, los ministros de comercio de los países del G20 publicaron el 30 de marzo de 2020 una declaración explicando que las medidas necesarias para la lucha contra la pandemia podían ser consideradas como excepciones legítimas a las reglas de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Que tantas disposiciones violen el chaleco de fuerza de la institución finalmente subraya la manera en que esta última impide que los poderes públicos respondan a las necesidades de sus poblaciones.

Tercera fuente de esperanza: la crisis presionó las líneas de fracturas políticas sobre la cuestión del libre comercio, en particular en Estados Unidos. Más que una división izquierda/derecha, la pandemia revela otra escisión: populistas contra lobistas del sector privado. Bernie Sanders y Elizabeth Warren son populistas de izquierda. Ellos abogan por el fin de esta globalización calibrada según las preferencias de la patronal.

El taller del planeta

Pero esa visión del mundo ahora encuentra un eco entre los populistas de derecha: “Esta pandemia puso de manifiesto una quietud del tamaño del Gran Cañón en nuestras cadenas de aprovisionamiento. Nosotros ya no fabricamos algunos productos esenciales en el territorio estadounidense. Esto representa una amenaza para nuestra salud, para nuestra seguridad nacional y para nuestra economía. Los estadounidenses no se dan cuenta de este problema, pero Washington sí. Wall Street, por su parte, esperaba que no lo agarraran con la mano en la bolsa”. Estas palabras no fueron pronunciadas por Sanders o Warren, sino por el senador republicano Josh Hawley, el 3 de abril de 2020.

Cuarta fuente de esperanza: la aceleración de una revaluación generalizada —por los gobiernos, pero también por la población— de los mitos que rodean la organización económica del mundo y del papel asignado a China como taller del planeta. Ilustración de este vuelco: Tokio acaba de anunciar un programa de 2.000 millones de dólares que apunta a ayudar a sus multinacionales a dejar China (1). Antes de la pandemia, numerosos países buscaban un medio de impulsar su capacidad de investigación y de producción de manera de hacer frente a la agenda China 2025, el plan puesto a punto por Pekín para dominar las industrias del futuro (inteligencia artificial, vehículos verdes, aeroespacial, tecnologías médicas, etc.). La preocupación creciente que atañe a los es-

fuerzos de Pekín para promover una forma de autoritarismo *high-tech*, su práctica de lo que algunos comentaristas llamaron un “mercantilismo de la innovación” (2) y el desarrollo de sus capacidades militares financiadas por un enorme excedente comercial, todo esto incidió en las posiciones de la elite política y de los responsables de la seguridad nacional de cuantos países en materia de política exterior.

Estas cuatro razones sugieren que la crisis del Covid-19 podría realinear las dinámicas que estructuran los debates alrededor de la organización de la economía mundial. Y esto en un momento en que interesarse en quién produce qué, dónde y cómo se convierte en una cuestión de vida o muerte.

¿Falta de determinación política?

Si logramos que la crisis conduzca a cambios positivos, podríamos reconstruir economías locales, nacionales y regionales más fuertes, concebidas para operar con actores variados capaces de producir los bienes y servicios necesarios a precios asequibles, creando empleos decentes, apoyando la agricultura en pequeña escala y protegiendo el medio ambiente. Sin sorpresas, la crisis climática exige las mismas evoluciones.

Recuérdese que hasta mediados de los años 90 las reglas del comercio internacional consideraban que el alimento no era una mercancía como las otras. ¿Por qué? Porque todo el mundo necesita alimentos para sobrevivir. Por lo tanto, los Estados exigían disponer de un margen de maniobra que les permitiera determinar cómo asegurar el aprovisionamiento de sus poblaciones, incluso constituyendo un stock o subvencionando ciertas producciones. La lógica sigue valiendo y debería ser extendida a otros sectores clave, como los medicamentos y los equipamientos médicos, donde las lagunas en términos de producción nacional y regional exponen a ciertos países a una extrema vulnerabilidad.

Es bien conocido el contenido de la caja de herramientas de las políticas industriales nacionales, que parece tener mala prensa en todas partes salvo en China, donde demostró su éxito. Allí podemos encontrar lo siguiente: medidas fiscales que recompensan la producción nacional y las industrias verdes, no las deslocalizaciones; medidas de reglamentación financiera que favorecen las inversiones productivas, no la especulación; una protección de los contenidos nacionales y regionales en diversos sectores; licitaciones que alientan el desarrollo de cadenas de producción locales; reglamentos de propiedad intelectual que permiten un acceso a medicamentos y tecnologías baratas al tiempo que estimulan la innovación; promoción de la investigación, de la formación de los trabajadores, de los aprendices... Que se pongan en marcha o no estas políticas no dependerá de una falta de ideas, sino de una determinación política. ■

1. Kenneth Rapoza, “Japan ditches China in multi-billion dollar coronavirus shakeout”, *Forbes*, Nueva York, 9-4-20, www.forbes.com

2. Robert D. Atkinson, “The case for a national industrial strategy to counter China’s technological rise”, 13-4-20, www.itif.org

*Directora de Public Citizen’s Global Trade Watch, Washington, DC.

La herencia que dejará la pandemia

De la crisis sanitaria a la era del control digital

por Félix Tréguer*

Al no poder tratar el Covid-19, las autoridades públicas de muchos países llegan a considerar a los posibles portadores del virus –es decir, a todos– como una amenaza. Se abre la era del control digital de la población. Una bendición para la industria de la vigilancia y el complejo tecnosecuritario.

En Australia Occidental, el gobernador tiene ahora autoridad para imponer brazaletes electrónicos a las personas potencialmente infectadas con coronavirus y puestas en aislamiento. En China, la temperatura corporal de los repartidores de comida aparece al mismo tiempo que su geolocalización en los *smartphones* de los destinatarios, a los que también se rastrea para evaluar su riesgo de contagio y así establecer un código de colores que condiciona el acceso a los lugares de trabajo, al transporte o a las zonas residenciales. Los policías chinos también están equipados con anteojos de realidad aumentada. Conectados a cámaras térmicas ubicadas en sus cascos, les permiten detectar a las personas con fiebre en medio de la multitud. Mediante una aplicación instalada en sus teléfonos móviles, los residentes polacos puestos en cuarentena deben autenticarse ante la policía enviando regularmente un autorretrato digital (*selfie*) tomado dentro de su casa. En Nueva Zelanda, la policía ha lanzado una plataforma digital de delación, en la que se invita a los ciudadanos a denunciar las infracciones a las medidas de confinamiento de las que fueran testigos.

A primera vista, existe aquí una paradoja: la principal respuesta de los Estados a una crisis sanitaria es securitaria. Incapaces por el momento de aplicar un tratamiento contra el virus, mal equipados con unidades de terapia intensiva, pruebas de detección y máscaras protectoras, los gobiernos están amenazando a sus propios pueblos –para protegerlos de sí mismos–. Pero la paradoja es sólo aparente. Porque a lo largo de los siglos, las epidemias han marcado episodios privilegiados en la transformación y amplificación del poder del Estado y la generalización de nuevas prácticas policiales, como el fichaje de la población.



Pablo Villegas, Desde aquí se ve tu casa (gres enchapado de cobre), 2011 (Gentileza Galería Bahía Utópica)

Restricciones draconianas

Sin embargo, en nuestra imaginación la gestión securitaria de la salud pública parece arcaica. En efecto, el desarrollo de la medicina se cansó de augurar un continuo retroceso de las grandes epidemias y las perturbaciones políticas que se le asocian. Sin mencionar el rol que desempeña el capitalismo –mediante la destrucción de los hábitats, la agricultura industrial o la aceleración cada vez mayor de los flujos internacionales– en la propagación de los patógenos (1). Para contrarrestar el resurgimiento del riesgo de epidemia observado desde los años 1990, actores como la Organización Mundial de la Salud y la fundación del multimillonario William Gates han recurrido a algoritmos y al “big data” (2). El análisis masivo de datos prometía una detección más precoz de las enfermedades, lo que habría permitido a las

autoridades anticipar su respuesta y prevenir las crisis (3).

Lamentablemente, estas tecnologías no ayudaron a prevenir el desastre pandémico del Covid-19. Así, abrumados por la crisis, los Estados se vieron obligados a imponer restricciones draconianas a una libertad que tenía siglos, a imagen de las medidas de confinamiento y otras cuarentenas que el historiador y demógrafo Patrice Bourdelais nos recuerda que fueron “sinónimo de regímenes totalitarios en el siglo XIX. La Inglaterra liberal propuso entonces un nuevo sistema de protección, basado en el examen médico a la llegada de los barcos, la internación de los enfermos en hospitales especiales y el seguimiento durante algunas semanas de los pasajeros que parecían gozar de buena salud. En esa época se comprometió la responsabilidad individual

del enfermo que frecuentaba lugares o transportes públicos, lo que podía llevarlo a pagar una multa o pasar unos días en prisión” (4).

La vigilancia social

La alianza de la salud pública y la razón de Estado no es nueva. Pero en la era de la globalización, las infracciones a la libertad de movimiento ya no se aplican sólo a escala de ciudades, regiones o a lo largo de las rutas comerciales, sino a todo el planeta. Tomados por sorpresa, los líderes intentan un salto tecnológico y securitario, haciendo suyas las estrategias que las autoridades chinas han estado experimentando desde febrero. Ya sea modelando la propagación de la epidemia y los desplazamientos de la población, localizando a los individuos o rastreando sus interacciones sociales para detectar nuevos contagios, los Estados y sus socios privados legitiman dispositivos que hasta hoy estaban reservados al control social y a la identificación de los antisociales. Como resume Chen Weiyu, una joven de Shanghai, antes del coronavirus “la vigilancia ya estaba en todas partes”; la epidemia sólo la ha hecho “aún más intensa” (5).

Si alguna vez se levanta este estado de excepción, los historiadores del período actual tal vez se sorprendan de que los gobiernos hayan pensado en obligar, o alentar en el caso de Francia, a toda la población a llevar el equivalente a un brazalete electrónico, a través de celulares y una aplicación de rastreo (*backtracking*) que lleve la cuenta de los contactos físicos de cada individuo. La sofisticación totalitaria de tal procedimiento habría hecho palidecer de envidia a los regímenes más paranoicos del siglo XX; además, ninguno se hubiera atrevido a imponerlo. El argumento de los gobernantes actuales evoca la eterna justificación de los déspotas: “Es por su propio bien”. Sin embargo, la eficacia real de esas medidas que apuntan a evitar que los usuarios se infecten y a rastrear las cadenas de contaminación no son en absoluto seguras, en especial si sólo son opcionales. A la luz de los estudios sobre estos proyectos, los gobiernos se verán tentados a hacerlos obligatorios y a identificar a las personas en riesgo para ponerlas en cuarentena (6). Además, como lo señalara Susan Erikson, profesora de Ciencias de la Salud de Vancouver, “existe el riesgo de que el enfoque tecnológico lleve a apartarse de estrategias más fundamentales y esenciales en la gestión de las crisis sanitarias” (7). Según ella, este “solucionismo tecnológico” hizo perder un tiempo precioso durante la epidemia del virus del Ébola que en 2014 azotó al África Occidental (8).

Modelos tóxicos

Por otro lado, esta frenética carrera por los datos es un regalo del cielo para las grandes multinacionales digitales. En Estados Unidos, a finales de marzo la administración Trump inició conversaciones con Google, Facebook y varios de sus competidores para movilizar sus vastas

reservas de datos en la lucha contra el virus. Expuestos durante varios años a una andanada de críticas, las puntas de lanza del capitalismo de vigilancia encuentran en la crisis una ocasión para legitimar sus modelos económicos tóxicos, al tiempo que se repositionan como los socios naturales de los Estados en la gestión de la salud pública. Por ejemplo, Google y Apple, que gestionan los sistemas operativos de casi todos los *smartphones* en circulación, han anunciado que trabajarían con las autoridades para desarrollar las soluciones de rastreo.

Este episodio también les brinda la oportunidad de sellar nuevas asociaciones con instituciones sanitarias con el fin de desarrollar herramientas para el procesamiento masivo de datos y pilotar mejor la asignación de los recursos hospitalarios, reducidos como piel de zapa a fuerza de recortes presupuestarios. Hoy el fenómeno está ampliamente documentado: mediante la evasión fiscal, el “big data” contribuye a debilitar los servicios públicos y se nutre de austeridad. El 28 de marzo, el National Health Service (NHS) británico anunciaba el lanzamiento de un consorcio que reúne a Google, Amazon y Microsoft. El consorcio estará encabezado por Palantir, una empresa californiana especializada en el análisis de datos y conocida por sus vínculos con la Central Intelligence Agency (CIA), así como por su colaboración con los servicios de inmigración estadounidense en la represión de indocumentados. A pesar de la repentina vuelta a escena del Estado y de las promesas de financiación de los sistemas de salud, la epidemia podría profundizar la lógica de la gestión y tercerizar actividades clave a las industrias digitales.

Ciudades inteligentes

Los principales operadores de telecomunicaciones también obtienen su parte de la torta. Además de los paquetes vendidos a precio de oro a clientes de las zonas mal atendidas, la emergencia sanitaria ofrece un gran show publicitario a las herramientas de análisis de datos de geolocalización de los teléfonos portables –herramientas de dudosa legalidad que hace años que intentan vender a las colectividades locales en el marco de proyectos de “ciudad inteligente”–. Desde el comienzo de la epidemia los operadores publicaban medidas que permitían representar el desplazamiento de la población, en particular de los parisinos hacia sus viviendas secundarias. En Francia, las autoridades y los medios de comunicación utilizaron esas estadísticas para denunciar el incumplimiento del confinamiento en el domicilio principal y señalar con el dedo a las ovejas negras que no respetaban su reclusión domiciliar. Acompañado de imágenes de estaciones abarrotadas, también contribuyeron a legitimar un inédito despliegue de fuerzas policiales, con cientos de miles de multas, numerosos casos de violencia y un supuesto recurso a las nuevas tecnologías de control. Así el uso de drones –en boga desde hace varios años en la vigilancia de las manifestaciones, pero hasta ahora de uso relativamente limitado– se generaliza aprovechando la crisis en un vacío jurídico total. Piloteados a distancia y equipados con altavoces y cámaras, a menudo alquilados a un costo elevado a empresas privadas, estos aparatos zumbadores emiten mensajes preventivos o vigilan calles y espacios naturales, permitiendo que las patrullas terrestres aprehendan a los infractores. El Ministerio del Interior aprovechó la situación y en abril lanzó una licitación para 650 aparatos (9).

La policía también puede contar con una miríada de compañías especializadas en el floreciente mercado del control securitario de las “ciudades inteligentes” (10). En Francia, la startup Two-I ofrece a las fuerzas del orden la oportunidad de probar gratuitamente sus algoritmos dedicados al análisis en tiempo real de enormes flujos de datos procedentes de sistemas de videovigilancia. Se trata de detectar infracciones a las reglas de distanciamiento social: “Nuestra tecnología es capaz de detectar las aglomeraciones, lo que luego permite a las fuerzas del orden tomar medidas de prevención”, explica su cofun-

dador Guillaume Cazenave, quien deja en manos de la policía el paso que va de la prevención a la represión (11).

El panorama de este ataque informático a las libertades civiles estaría incompleto sin una tecnología que, hasta hace unos meses, simbolizaba la sociedad de vigilancia china: el reconocimiento facial. Al principio de la epidemia, el secretario de Estado de Tecnología Digital, Cédric O, gran promotor de este instrumento, creía probable que “aportaría cierto número de beneficios, tanto en términos de orden público como de gestión de la enfermedad” (12). En Moscú, donde 100.000 cámaras de videovigilancia escudriñan constantemente el espacio público, se utiliza para detectar a las personas que violan su obligación de cuarentena. En cuanto a la policía de fronteras neoyorkina, considera que un contexto epidémico justifica plenamente el recurso a esta solución “sin contacto” y, por lo tanto, más “higiénica” que los pasaportes tradicionales, para identificar a los viajeros. El caso ha sido escuchado: ahora la proliferación de la vigilancia biométrica se alimentará con consideraciones sanitarias.

Ciberespionaje

Y puesto que “estamos en guerra”, como dijo el presidente Emmanuel Macron en su discurso televisado del 16 de marzo, ¿no tiene sentido movilizar los recursos antiterroristas contra el coronavirus? Ya el 14 de marzo, el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu autorizaba a los servicios de inteligencia internos a utilizar un dispositivo hasta ahora clandestino para combatir los atentados suicidas, con el fin de contrarrestar la epidemia. “Hasta ahora –se justificó– he evitado usar estas medidas contra la población civil, pero ya no tenemos elección (13)”. El NSO Group, una empresa especializada en ciberespionaje e implicada en varios escándalos de espionaje de militantes de derechos humanos y periodistas (14), proporciona herramientas para analizar los metadatos y la correspondencia capturada en las redes de telecomunicaciones. Al cruzar toda esta información, la NSO asigna a cada persona una

“puntuación de contagio” que va del 1 al 10. Una docena de otros países también estarían probando el sistema. Es fácil imaginar cómo, a medida que la crisis sanitaria desaparezca, esa infraestructura se reconvertería con fines menos confesados en vigilancia política. Crisis tras crisis, a la sombra de la razón de Estado y de asociaciones público-privadas, la sociedad securitaria prospera y establece nuevos obstáculos a los intentos de transformación social. ■

1. Véase Sonia Shah, “Contra las pandemias ;La ecología; ¿fe dónde viene el coronavirus”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena marzo de 2020.

2. Véase Effy Vayena y otros, “Policy implications of big data in the health sector”, *Bulletin of the World Health Organization*, Ginebra, vol. 96, n° 1, enero de 2018.

3. Véase Tim Eckmanns, Henning Füller y Stephen Roberts, “Digital epidemiology and global health security: An interdisciplinary conversation”, *Life Sciences, Society and Policy*, vol. 15, n° 1, marzo de 2019.

4. Patrice Bourdelais, “Le retour des dispositifs de protection anciens dans la gestion politique des épidémies”, *Extrême-Orient Extrême-Occident*, n° 37, septiembre de 2014.

5. Citado por *The Guardian*, Londres, 9-3-2020.

6. Luca Ferretti y otros, “Quantifying SARS-CoV-2 transmission suggests epidemic control with digital contact tracing”, *Science*, Washington, marzo de 2020.

7. Susan L. Erikson, “Cell phones ≠ self and other problems with big data detection and containment during epidemics”, *Medical Anthropology Quarterly*, vol. 32, n° 3, septiembre de 2018.

8. Véase Evgeny Morozov, “El solucionismo no es la solución”, www.eldiplo.org, 20-4-2020.

9. Avis n° 20-51423, *Bulletin officiel des annonces des marchés publics*, París, 15-4-2020.

10. Véase “Hacia la ‘safe city’”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, junio de 2019.

11. *Le Journal des entreprises*, Nantes, 25-3-2020.

12. Citado por *Libération.fr*, 13-3-2020.

13. Times of Israel (versión francesa), Jerusalem, 15-3-2020, www.fr.timesofisrael.com

14. “WhatsApp ataque en justice une entreprise israélienne pour espionnage”, *Capital.fr*, 30-10-19.

*Investigador, miembro de La Quadrature du Net, autor de *L'Utopie déçue. Une contre-histoire d'Internet, XV^e-XXI^e siècle*, Fayard, París, 2019.

Traducción: Teresa Garufi

Los Libros de la Radio que piensa



EDGARDO ENRIQUEZ FRØEDDEN
TESTIMONIO DE UN DESTIERRO
Jorge Gilbert Ceballos

Ediciones: Radio Universidad de Chile presenta el libro “Edgardo Enriquez Frøedden, testimonio de un destierro” de Jorge Gilbert.

Las transcripciones textuales a largas conversaciones entre el autor y Edgardo Enriquez, los silencios, los olvidos, nos invitan a vivir de manera íntima procesos históricos fundamentales sucedidos en el Chile previo a la dictadura.



CANTO UNIDO UN ENCUENTRO AMERICANO
David Spener

Un relato en profundidad de la vida de cuatro importantes artistas, sus historias, anécdotas y los testimonios de quienes les conocieron. Violeta Parra, enmarcada en el clima social de su época. Une al relato de la chilena, la historia de Woody Guthrie, músico estadounidense, que nos muestra notables coincidencias. Otro tanto sucede con Víctor Jara y Phil Ochs, personajes que llegan a conocerse durante el Gobierno de la Unidad Popular. Al igual que Guthrie y Violeta, el lector puede apreciar con claridad la similitud entre las miradas de Jara y Ochs sobre la realidad que les tocó vivir.



BUENAS SEÑALES (PARA UN BELLO SINO)
Sergio Jara (Argo Jera)

“Una vez iniciada, es difícil distraerse de la lectura de este conjunto de crónicas, que nos llevan por una ruta que cruza distintos ámbitos de la vida. La del autor, claro está, pero también la del lector. Reflexiones sobre política, amor, libros, música, amistad, viajes; mas recuerdos plagados de anécdotas que, sin embargo, trascienden con mucho lo meramente anecdótico...”. “En más de algún pasaje, de pronto, inevitablemente se transportarán a momentos de la propia existencia, haciéndolos viajar hasta ese episodio vivido años ha, y que pareciera irremediabilmente olvidado...”



LA POLICÍA EN DEMOCRACIA
Sebastian Roché

Sebastián Roché ha recogido el fruto de varios años de trabajo de campo y múltiples estudios comparados para intentar comprender de mejor manera la relación entre la policía y el público. Los gobiernos de los países que no han sabido adaptar sus policías al giro democratizador, enfrentan con mayor dificultad su relación con la ciudadanía. El interés de este análisis para América Latina es evidente. Los sistemas policiales de Francia y Chile comparten una tradición jerárquica y centralizada de escasa transparencia. La policía es, ante todo, una institución al servicio de la comunidad.

ediciones

102.5 FM

Adquiéralos en:
Miguel Claro 509
Providencia

Hacia un futuro en común

Reinventar la humanidad..

por Evelyne Pieiller*

Aparece una nueva sensibilidad, activada por los estragos ecológicos y los atolladeros del “sistema”: el rechazo a la dominación humana sobre la naturaleza. ¿Puede inscribirse esta iniciativa de refundación antropológica en un proceso político de emancipación colectiva?

En su último espectáculo, *G 5*, la coreógrafa Rocio Berenguer propone la “primera legislación mundial interespecie” a fin de asegurar el futuro de la vida. Convencida de que “cierta arrogancia que existe a la hora de concebir al ser humano está quebrándose a la fuerza”, pretende así contribuir a la apertura de “un nuevo campo de posibilidades” (1). En la misma línea, desde la *Scène Nationale de Besanzón* programaron un ciclo de obras de teatro, películas y conferencias, en cuya presentación plantea la pregunta: “¿Y si el combate entre los que son conscientes de pertenecer a la Tierra y los que se imaginan que el planeta les pertenece hubiese durado más de la cuenta? ¿Y si el arte pudiese retejer esos lazos rotos y nos permitiera reapropiarnos de un futuro en común?”. El escritor de ciencia ficción Alain Damasio insiste también: “El desafío principal son los lazos”. Acto seguido, recalca la importancia del “entretejido exterior con el mundo animal, vegetal y la naturaleza” (2).

Estos anhelos, estos cuestionamientos acerca de la alteridad, de la igualdad y de la ruptura entre lo humano y el resto del mundo, así como las maneras de responder ante ellos, surgen con tanta fuerza al constatar que estamos en el Antropoceno. Es una noción reciente, de hace unos veinte años; sin embargo, su significado se ha popularizado ampliamente: señala el comienzo



Juana Gómez, Simbiosis (foto impresa en lino, bordada a mano), 2016 (www.juanagomez.com)

de una nueva era geológica, la nuestra, en la que los humanos y sus quehaceres se han convertido en el principal motor de los cambios que afectan a los ecosistemas del planeta. Este análisis, a la vez que aumenta la preocupación por el clima y el medio ambiente, ha hecho que aparezca una nueva sensibilidad con respecto al lugar que ocupa el ser humano, antaño celebrado “como amo y señor de la Naturaleza” y hoy a menudo reducido a su capacidad de destrucción, y ha suscitado la necesidad de inventar otra manera de habitar el mundo y de llevar un “buen vivir”.

Futuro en común

De esta manera, son muchos los movimientos que aúnan, con distintos enfoques, el rechazo a un sistema antropocéntrico, a menudo considerado como característico de Occidente y de su manera de concebir la modernidad, asociada al capitalismo, y la búsqueda de una moral activa que frene unas opresiones tan enquistadas bajo el peso de una ideología secular que han acabado por parecer naturales. Estos planteamientos, que a menudo se entrecruzan, van de los zadistas (3) a los defensores de los cuidados, de los antiespecistas que rehúsan la primacía de la especie humana sobre las demás a las ecofeministas que ligan la destrucción de la naturaleza con la opresión de las mujeres, etc. Ponen de manifiesto la importancia de los lazos entre los seres vivos y cuestionan las condiciones de posibilidad de un futuro en común. Lo que pasaría por restablecer esos lazos, suscitando así una relación totalmente distinta con lo que es: liberadora, equitativa, fraternal. Esta tensión hacia un mundo por fin movido por la benevolencia –un término muy de moda–, la apertura al otro, la solidaridad, no la encontramos solo en los grupos de activistas, sino que está operando de manera evidente sobre una sociedad preocupada, expuesta a desigualdades y concienciada frente a las amenazas tanto medioambientales como sociales.

En oposición al darwinismo social

Actualmente, son numerosos los intelectuales, antropólogos, filósofos y científicos –desde la feminista estadounidense Donna Haraway, historiadora de las ciencias, hasta el colapsólogo Pablo Servigne, ingeniero agrónomo, y desde el antropólogo Philippe Descola hasta el sociólogo Alain Caillé o el filósofo Bruno Latour– que dan voz a una concepción de lo humano que respalda esta necesidad difusa.

No se trata, en esta iniciativa de refundación ideológica, de contentarse con fustigar al *homo œconomicus*, sino de reconsiderar cuáles son las capacidades de la especie para instaurar una nueva constelación de valores. A partir de esta aseveración de “la interdependencia” se afirma una nueva ontología. La biología establece que los fundamentos de la vida son “las interrelaciones, la diversidad, la cooperación, la homeostasis y la simbiosis”, según el filósofo australiano Glenn Albrecht (4), y desde las bacterias hasta las plantas, es el conjunto de los seres vivos el que hace posible la vida humana. Es decir, “la vida es una empresa cooperativa”. Esta interdependencia, esta “interconexión”, reconocida por fin, invita a “reparar e idear alianzas”, en “una suerte de compromiso con las demás criaturas y organismos (las plantas, los animales, los microbios)” para “reforzar mutuamente las posibilidades de futuro de unos y otros” (5).

Pero, ¿cómo podría el hombre “prometeico”, encerrado en su ego, orgulloso de su singularidad, de su superioridad en el reino de los vivos, acostumbrado a ver el mundo como un ruedo en el que gana el que cuente con más ventajas, transformarse tan radicalmente? Aquí es donde se pone de relieve una antigua noción, que contradice el tópico “el hombre es un lobo para el hombre”: la capacidad para la ayuda mutua y la cooperación, predisposición subestimada, ignorada incluso por la ideología capitalista, no sería solo característica de los “otros terrestres”, sino también de la especie humana.

Opuesta al “darwinismo social” –esa doctrina que traspone la teoría de la selección natural a la sociedad humana y que supuestamente justifica la ley del más fuerte–, la visión del humano que no infravalora su gusto por competir pero sí reevalúa su capacidad de cooperación, se apoya a menudo en observaciones científicas: hallazgos de las ciencias cognitivas y de la biología en el caso de Pablo Servigne y Gauthier Chapelle (6), para quienes, estos demuestran que por arraigo biológico se da “una solidaridad humana espontánea”; Alain Caillé se vale de la teoría del antropólogo Marcel Mauss para postular que todas las sociedades se rigen no por el mercado o el contrato, sino por una triple obligación: dar, recibir y devolver (7). Alineándose con fuerza en contra del “gen egoísta” tan apreciado por algunos biólogos como Richard Dawkins, se va configurando una concepción de la “naturaleza humana” que ya no se define como buena o mala, sino como un conjunto de potencialidades, incluso genéticas, que hacen que los marcos y las ideologías de las sociedades se activen.

Estas ideas no son del todo inéditas. Ya en el siglo XIX, la interdependencia y la solidaridad conocieron un éxito indudable, también entonces siguiendo los pasos de las ciencias naturales (8). Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1750-1825), instigador de la corriente reformista a la que da nombre, propuso aplicar a la sociedad, ese “cuerpo organizado” en el que ningún órgano puede sobrevivir sin los demás, las leyes de la orgánica: asociación y cooperación. Para el socialista Pierre Leroux (1797-1871), “el hombre se relaciona con los demás hombres y con el mundo. Los demás hombres y el mundo, he aquí lo que, al unirse a él, lo determina y lo revela, o le hace revelarse” (9). De ello concluye que todos somos responsables, los unos de los otros. Más directamente en el campo de la política, Léon Bourgeois (1851-1925), miembro eminente del Partido Radical, diputado y varias veces ministro, impondrá la

“doctrina solidarista” (10) según la cual cada uno de nosotros nacería en deuda con la asociación humana, y esta deuda implicaría derechos y deberes, un lazo fraternal que crea obligaciones para todos los individuos hacia los demás. Se trata de la solidaridad. Para permitir que se ejerzan estos derechos, para establecer una relación de equivalencia y no solo de igualdad, Bourgeois sienta los principios de la protección social a través del Estado y llama a la creación de una organización para las pensiones obreras.

“Evitad la competencia”

Pero es sin duda Piotr Kropotkin (1887-1921), activista y teórico anarquista, pensador importante de la autogestión, quien se acerca más a las preocupaciones y los valores de hoy. Considera que, en el seno de cada especie, “la ayuda mutua es la regla general” y el “hecho dominante de la naturaleza” y sostiene que “un instinto de simpatía mutua” “explica los sentimientos de benevolencia y de identificación parcial de uno mismo con su grupo”, lo que después se desarrolla en un sentimiento de justicia, equidad y abnegación (11). Remitiendo a la observación de la naturaleza, prescribe: “Evitad la competencia. (...) Tal es la consigna que llega hasta nosotros desde los matorrales, bosques, ríos y océanos. ¡Uníos! ¡Practicad la ayuda mutua! Es el medio más justo para garantizar la mayor seguridad tanto para cada uno en particular como para todos en general; es la mejor garantía para la existencia y el progreso físico, intelectual y moral” (12). Muy crítico con la civilización moderna, atento a las riquezas de las sociedades tribales, dará como ejemplo de realización la

época medieval, cuando, con los gremios, según él reinaba la fraternidad.

Todos estos son temas que se recuperan ahora bajo formas diversas, conectados por lo que se plantea como la necesidad de extender estas nociones al conjunto de los seres vivos y marcados por el sello del antioccidentalismo, su “razón” utilitarista y su universalismo erróneo y tóxico. Pero, más allá de la ayuda mutua y de la cooperación, son las interrelaciones las que se consideran primordiales. He aquí un proyecto de tipo espiritual y moral que busca reconfigurar las normas que fundan las jerarquías, pensadas como exclusiones alimentadas por la soberbia. Es necesario pues desprenderse de las viejas oposiciones: yo/el otro, racional/irracional, individuo/grupo, sociedad moderna/tribu arcaica, etc., para tener en cuenta el tipo de conexiones que operan en el caso de los ninguneados por la Ilustración, a semejanza, por ejemplo, del colectivo animista (13), o de la misma Tierra, de su suelo, del cual es importante, según Bruno Latour, detectar las “potencias de actuación” (14).

Pensamiento materialista

A veces es difícil valorar en qué difiere radicalmente este renovado interés por los vínculos entre todo *lo que es* respecto a un enfoque poético y vitalista, cercano al movimiento *hippie*. Sin embargo, en él se articula de forma enérgica un rechazo al mundo “globalizado” neoliberal. ¿Cómo transformar estas constataciones y estos descubrimientos en una fuerza política colectiva? ¿Cuáles son las propuestas para una emancipación feliz? Parece que para aquellos que desean una ruptura con el capitalismo habría que su-

bordinar “las actividades productivas a la preservación de formas de vida libremente determinadas” en “espacios liberados”, donde *lo que es* abre paso a un “yo” que se reconoce “entretejido por una multitud de hilos que van más allá de uno mismo” (15). Por supuesto, en un primer momento, es en lo local, en comunidades pequeñas, donde puede elaborarse “balbuceando” otra modalidad de “convivencia”: en la convergencia entre la capacidad de cooperación y el florecimiento de las singularidades.

Ciertamente, se trata no tanto de un programa político como de un nuevo imaginario, espiritualista, casi panteísta a veces bajo la guisa de un cierto cientificismo y profundamente lírico. Aun así, es difícil no plantearse una pregunta inquietante: ¿En qué y de qué concretamente es el respeto a todas las formas de vida y de las interconexiones algo emancipador? “¿Y si el giro hacia lo no humano, con su optimismo hechicero, no fuera más que el síntoma de una impotencia política para transformar el estado de cosas definido por el capitalismo?” (16), se preguntan dos ensayistas preocupados, no obstante, por este giro. Efectivamente. La lucha contra la injusticia social, contra la explotación, contra la alienación, desaparece en la celebración de las interrelaciones. Y esta incitación a elevar el alma y al rechazo a la “axiomática del interés”, por citar a Alain Caillé, puede hacer felices a retrógrados que condenan el progreso, a utópicos sentimentales, a fervientes defensores de la pertenencia a la comunidad de *lo que vive*, en la que se diluiría la lucha de clases. Pero con la fuerza de su eco, con la riqueza de su deseo de compartir, también puede, puesta en perspectiva crítica a través de un pensamiento materialis-

ta al que obliga a agudizarse, contribuir en parte a una renovación de las fuerzas progresistas. ■

1. Catherine Mary, “Rocio Berenguer, chorégraphe de l'après-anthropocène”, *Le Monde*, París, 8 de febrero de 2020.
2. Alain Damasio, “Le transhumanisme est une impasse totale”, *Le Point*, París, 19 de abril de 2019.
3. N. de la T.: Partidarios de las comunidades ecologistas y anarquistas francesas de las ZAD (Zone À Défendre, “Zona que Defender”).
4. Glenn Albrecht, *Les émotions de la Terre*, Les Liens qui Libèrent, París, 2020.
5. Donna Haraway, “Réparer la Terre à l'ère du chthulucène”, *20 penseurs pour 2020*, Philosophie Magazine Editeur, París, 2019.
6. Pablo Servigne, *Gauthier Chapelle, L'entraide. L'autre loi de la jungle*, Les Liens qui Libèrent, París, 2019.
7. Alain Caillé, *Extensions du domaine du don*, Actes Sud, Arles, 2019.
8. Marie-Claude Blais, *La solidarité. Histoire d'une idée*, Gallimard, París, 2007.
9. Pierre Leroux, *De l'Humanité, de son principe et de son avenir*, Miguel Abensour y Patrice Vermeren, Fayard, París, 1985.
10. Léon Bourgeois, *Solidarité, Le Bord de l'eau*, Latresne, 2008.
11. Piotr Kropotkin, *Ética. Origen y evolución de la moral*, Editorial Antorcha, Madrid, 2018.
12. Piotr Kropotkin, *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2016. Cf. asimismo: Renaud Garcia, *Pierre Kropotkine & l'économie par l'entraide*, Le passager clandestin, París, 2019.
13. Philippe Descola (bajo la dir.), *Les Natures en question*, Odile Jacob, París, 2018.
14. Emanuele Coccia, “Gaïa ou l'anti-Léviathan”, *Critique*, n.º 860 – 861, enero-febrero de 2019.
15. Jérôme Baschet, *Une juste colère. Interrompre la destruction du monde*, Divergences, París, 2019.
16. Léna Balaud, Antoine Chopot, “Suivre la forêt”, *20 penseurs pour 2020*, op. cit.

*Escritora

Las ambigüedades de la acción humanitaria

Tomar el mundo sin cambiar el poder

por Frédéric Thomas*

La acción humanitaria, esencial para la supervivencia de millones de personas de todo el mundo -refugiadas, desplazadas, hambrientas, enfermas, etc.-, amasa miles de millones de dólares cada año. Frente a los Estados, a las asociaciones y a los particulares, a menudo constituye un verdadero poder capaz de imponer sus elecciones y sus normas. Y las víctimas no siempre salen ganando.

En diez años, la cantidad de dinero destinada a financiar la acción humanitaria a escala mundial se ha quintuplicado, y actualmente se sitúa en los 26.300 millones de euros anuales (1). Este crecimiento económico viene de la mano de la proliferación de estructuras, desde la asociación local impulsada por unos cuantos voluntarios hasta la organización no gubernamental internacional (ONGI), pasando por las agencias y los programas de la Organización de las

Naciones Unidas (ONU) y el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Aun así, la disparidad entre los fondos disponibles y las necesidades no para de acrecentarse, sobre todo debido a la intensificación de las crisis, tales como los conflictos armados, las catástrofes relacionadas con el cambio climático y la urbanización acelerada, que afectan a más individuos durante un periodo de tiempo más prolongado. Se estima que, en 2018, el número de víctimas por catástrofes se situó en los 206 millones.

Pero dicha divergencia también se debe a las disfunciones propias de la ayuda internacional, que le impiden alcanzar sus objetivos. Algunos de estos desajustes son la falta de coordinación, la ignorancia de los ámbitos de intervención o las evasivas de los agentes locales. Si bien hace tiempo que estas irregularidades se conocen y fueron identificadas, se repiten de forma sistemática, operación tras operación (2). Los típicos argumentos que se aportan para justificar dichas anomalías (la obligación de actuar urgentemente, la rápida renovación de la plantilla o la ausencia de una memoria institucional) esconden causas estructurales, entre las que se sitúa en primer lugar la asimetría de las relaciones entre los agentes.

Concentración de donantes

En efecto, en 2017, los dos tercios de la financiación humanitaria mundial fueron adjudicados únicamente a doce ONGI (entre ellas, Save the Children, International Rescue Committee, Mé-

dicos Sin Fronteras, Oxfam y World Vision) e instituciones de la ONU (3), esto es, veintidós veces más que a los operadores nacionales y locales (4). Por consiguiente, algunos organismos internacionales se benefician del maná que se concentra en el Norte, en Estados Unidos, la Unión Europea, algunos países del Viejo Continente, los cuales son, de lejos, los principales donantes. No obstante, desde hace algunos años, Turquía, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos se han convertido en colaboradores relevantes, hasta el punto de encontrarse entre los veinte primeros países proveedores. Aunque todo esto forma parte de una estrategia que estos Estados usan para reorganizar sus posiciones en la escena regional e internacional, en un contexto marcado por la guerra de Siria y Yemen.

La asistencia humanitaria se forma desde “la cima”, a partir de sus donantes y financiadores, ante los cuales hay que rendir cuentas. Además, ellos son los que deciden, en la práctica, las

prioridades y los lugares de actuación. La manera en la que se desenvuelve la intervención –de carácter urgente–, el uso del inglés o la convergencia de los perfiles sociológicos y los códigos culturales del personal “sin fronteras” refuerzan esta dinámica, la cual llega a su máximo esplendor a costa de los agentes locales y, mediante estos, de las víctimas. De los 2.400 millones de dólares recaudados por la ONU a raíz del terremoto de 2010, las organizaciones no gubernamentales (ONG) y el Gobierno de Haití solo recibieron, de forma directa, una ínfima parte: el 0,4 y el 1%, respectivamente. De esta manera, los haitianos se vieron limitados a adoptar la función de meros subcontratistas de una reconstrucción mundial guiada de forma remota. Este es un caso extremo, pero no aislado, ya que los Estados del Norte financian sus proyectos principalmente a través de sus ONG. Las capacidades de las entidades locales, consideradas insuficientes en relación con los requisitos contables y burocráticos impuestos por las instituciones de los países del primer mundo, son depreciadas, si no desdeñadas: apenas perciben el 3% de la ayuda directa.

Siendo conscientes de esta asimetría, los principales financiadores y organizaciones, que se reunieron en Estambul con motivo de la Primera Cumbre Humanitaria Mundial, celebrada el 23 y 24 de mayo de 2016, se comprometieron a asignar una cuarta parte de los fondos a las organizaciones locales y nacionales, a las cuales se transferirían las subvenciones “tan directamente como fuera posible” (principio de “localización”) de cara al 2020. Esta decisión se explica en parte por los resultados que se obtuvieron en una encuesta realizada años atrás, entre mayo de 2014 y febrero de 2015, a 1.231 personas “beneficiarias” de la ayuda internacional en cinco países de Oriente Próximo y Norte de África (5). Los entrevistados tuvieron que puntuar del 1 al 10 la consideración que se otorgaba a sus opiniones. La media de las respuestas era inferior a 3. Esta estimación fue corroborada en 2018 por otra encuesta realizada a unas 5.000 personas de siete países diferentes. Más del 80% de los encuestados en Irak y el Líbano opinaron que el apoyo recibido no les permitiría ganar autonomía, y la mayoría de ellos consideraba que su opinión se tenía en cuenta entre poco y nada (6).

El mito de la víctima impotente

Dicho veredicto echa por tierra algo inconcebible sobre la acción humanitaria: la figura de la víctima, que es percibida, contra todo pronóstico, como impotente y pasiva, aunque es ella la que, en las primeras 24 horas, salva más vidas a su alrededor antes de que lleguen los organismos extranjeros (y los medios de comunicación). Ya en 2004, Markku Niskala, secretario general de Cruz Roja Internacional, alentaba a “desechar el mito de la víctima incompetente y de la intervención humanitaria infalible, y situar en el foco de nuestro trabajo a las personas afectadas por las catástrofes, así como sus capacidades” (7). Pasados 15 años, este mito aún persiste porque forma parte del principal retrato que el sector hace de sí mismo y del cual saca partido.

Las imágenes de caos, de víctimas apáticas y de países en desarrollo incompetentes, corruptos o totalitarios (o las tres cosas a la vez) abordan la



Antonella Gallegos, de la serie Enjambres, 2018 (Instagram: antonellagallegosdavico)

necesidad, en efecto, de que los países extranjeros actúen. El desencanto político y la certeza de pertenecer a las fuerzas del bien no hacen sino confirmar su legitimidad y sirven de análisis. No es que las víctimas sean mudas, sino que muy a menudo las reduce al silencio su propio país, así como la reivindicación del sector por autorregularse y la proliferación de los informes internacionales. La historia oficial de la ayuda humanitaria se reduce a una inocencia corrompida incesantemente, pero siempre revaluada en nombre de la candidez de sus intenciones y, en primer lugar, de la salvaguardia necesaria de su independencia. Este relato encubre otras relaciones de poder que se establecen en las operaciones de rescate.

La primera acción que se emprendió sobre esta cuestión fue la valoración conjunta de la ayuda urgente proporcionada a Ruanda durante el genocidio de los tutsis en 1994, en la cual se destacó la manera en la que colaboradores extranjeros y periodistas que habían llegado al país en ese momento –y que confundían visibilidad y eficiencia– elaboraron conjuntamente una lectura “auxiliar” de los acontecimientos, que fue comprendida de inmediato por los espectadores del Norte. Pero al hacerlo, oscurecieron las lógicas militares, diplomáticas y políticas que actuaban detrás de las mareas de refugiados, así como la falta de anticipación y coordinación de los agentes internacionales (8). La intervención humanitaria sirvió de tapadera de la ceguera e inacción de Occidente, cuando en realidad el problema era de otra naturaleza y requería una solución política: la inmensa mayoría de las víctimas no fallecieron por falta de ayuda humanitaria, sino porque fueron abatidas.

Han pasado 25 años y aún sigue en pie la misma estructura narrativa, que recodifica las situaciones de injusticia y desigualdad, fruto de las decisiones políticas, en causas naturales –si no en maldiciones–. En enero de 2006, un estudio sobre el tratamiento de la información en unos sesenta diarios y semanarios en nueve países occidentales llegó a la conclusión de que no existe ninguna relación entre la magnitud de una catástrofe y su cobertura mediática, dado que esta última está vinculada a la consideración económica y estratégica que le otorguen los Estados del primer mundo (9). Así pues, el impacto que el tsunami de 2004 en el Índico tuvo sobre el turismo fue

anunciado con mucho bombo en los medios de comunicación. Por el contrario, cuanto más cobertura mediática recibe una catástrofe, más atractiva resulta para las organizaciones, y en mayor medida estas se lanzan a la conquista para ganar visibilidad, la cual socava cualquier esfuerzo de coordinación. Acudir a un lugar implica tener visibilidad (y, por ende, credibilidad), asegurarse el financiamiento (y, por lo tanto, viabilidad) y consolidar el carácter imperativo de su acción (y, de esta manera, su legitimidad). La relevancia de la acción tiene poca importancia frente a lo que se ha convertido en un mercado.

Actuación en vano

Los miembros de las organizaciones humanitarias, que tienen un acceso privilegiado a los subsidios, a los medios de comunicación y a los responsables de la toma de decisiones (10), ejercen una influencia que es tanto más poderosa cuanto que no es reconocida. Ahora bien, la localización de la ayuda, aprobada en la Cumbre de Estambul, no puede ser eficaz si no “atiende a las cuestiones de injusticia, desigualdad y asimetría de poder”, explica Regina Salvador-Antequisa, directora de Ecosystems Work for Essential Benefits, Inc. (Ecoweb), una ONG filipina (11).

El dinero y el tiempo invertidos en la construcción de infraestructuras, la protección civil, los servicios públicos y la anticipación de catástrofes resultan ser más eficaces que la respuesta que se da a estas, por muy rápida que sea. En 2015, la ONG estadounidense Mercy Corps envió un pequeño equipo para que evaluara las necesidades de la población tras el ciclón Pam, que azotó Vanuatu. La ONG tuvo el valor de renunciar a su intervención porque constató que el Gobierno de Vanuatu y las agencias contaban con el equipamiento y la organización suficientes. Cuando se produjo el terremoto en Nepal en 2015, los países europeos –que no tuvieron la misma lucidez que Mercy Corps– enviaron a Katmandú una quincena de equipos sin ninguna coordinación, sin tener en cuenta las realidades regionales. China, India y Pakistán, que estaban más cerca del lugar del desastre, ya habían llegado a Nepal. En definitiva, esta decisión causó una sobrecarga para la logística y la coordinación, y saturó el aeropuerto nepalí, lo cual provocó que la llegada de los aviones franceses, belgas y neozelandeses se demorara unos

días. En consecuencia, su actuación fue en vano.

ONG y despolitización

Estas vejaciones tal vez expliquen por qué, tras el seísmo de noviembre de 2018, el Gobierno de Indonesia canalizó y limitó el despliegue de los agentes extranjeros. La autorganización de los “beneficiarios” resultó más alentadora. “Si queremos que nuestros problemas se resuelvan, debemos solucionarlos nosotros mismos. Las organizaciones internacionales solo están para echar una mano”, declaró Mohib Ullah, que organizó una huelga de las asociaciones locales en los campos de refugiados rohinyás en Bangladesh en noviembre de 2018 (12).

¿Cómo podemos hacer un llamamiento a los responsables políticos, mientras que, simultáneamente, contribuimos a la despolitización de las relaciones sociales y promovemos una eficiencia que demuestra la impotencia pública? Paralelamente, la ayuda humanitaria tiende a convertirse en el nombre oculto de todo lo relativo a la política, pues la política institucional ha optado por encubrir su identidad y ahora se sirve de este camino porque resulta más atractivo y legítimo. De esta manera, compensa su inacción (Palestina representa un caso emblemático) o, por el contrario, cataliza su acción. Parafraseando al geógrafo David Harvey, podemos hablar de privatización mediante la labor humanitaria. ¿Acaso no estamos asistiendo en los países afectados a la “oenegización” de los servicios sociales? Así pues, la ayuda internacional tiende a sustituir a los sistemas de salud pública, que siguen siendo el medio más eficiente para salvar vidas. En conclusión, lo opuesto a la política no es la ayuda humanitaria, sino otra política. ■

1. Todas las cifras provienen de “The global humanitarian assistance report 2019”, Development Initiative, 30 de septiembre de 2019.
2. “Rapport sur le bilan des actions huit mois après Mitch”, grupo Urgence Réhabilitation Développement (URD), Plaisians (France), 9 de enero de 2000; Rebecca Barber, “One size doesn’t fit all. Tailoring the international response to the national need following Vanuatu’s cyclone Pam”, Save the Children - Care - Oxfam - World Vision, Victoria (Australia), junio de 2015.
3. ACNUR, Programa Mundial de Alimentos (PMA), Unicef.
4. Cf. Ben Parker, “Six aid policy priorities to watch in 2019”, The New Humanitarian, 3 de enero de 2019.
5. “Preparatory stakeholder analysis. World Humanitarian Summit regional consultation for the Middle East and North Africa”, World Humanitarian Summit, Nueva York, 2015.
6. “Grand Bargain: field perspectives 2018”, Ground Truth Solutions, Viena, mayo de 2019.
7. “World disasters report 2004”, Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (FICR), Ginebra, 2004.
8. “The joint evaluation of emergency assistance to Rwanda, Study III. Principal findings and recommendations”, Relief and Rehabilitation Network - Overseas Development Institute, Londres, junio de 1996.
9. “Western media coverage of humanitarian disasters”, Carma International, Londres, enero de 2006.
10. Cf. Michael Barnett, *Empire of Humanity: A History of Humanitarianism*, Cornell University Press, Nueva York, 2011.
11. “Roundtable: Going local”, The New Humanitarian, 9 de abril de 2019.
12. Kaamil Ahmed, “In Bangladesh, a Rohingya strike highlights growing refugee activism”, The New Humanitarian, 27 de noviembre de 2018.

*Político, investigador en el CETRI (Centre Tricontinental) y profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Lieja.

La OEA bajo control estadounidense

El regreso del “Ministerio de las Colonias” americanas

por Guillaume Long*

La reelección del secretario general de la Organización de los Estados Americanos (OEA) Luis Almagro, el pasado 20 de marzo, sugiere que el clima de guerra fría instalado en América Latina desde hace algunos años va a prolongarse. Desde su llegada a la cabeza de la organización en 2015, el ex ministro de relaciones exteriores uruguayo se ha esforzado por reconstruir la hegemonía estadounidense en la región.

Creada en 1948, en pleno enfrentamiento entre los Estados Unidos y la URSS, la Organización de los Estados Americanos (OEA) constituye uno de los instrumentos de la proyección geopolítica de Washington en América Latina y los Estados del Caribe, los cuales fueron incorporándose a la organización entre los años 1960 y 1980, a medida que se independizaban. Canadá se incorporó recién en 1991 y, la mayoría de las veces, se limita a presentar una versión moderada de la línea defendida por la Casa Blanca.

La izquierda, al igual que Fidel Castro, percibe a la organización como un “Ministerio de las Colonias de Estados Unidos” (1); las élites, por su parte, le profesan una deferencia que roza lo sagrado. Un embajador latinoamericano o caribeño en la OEA es uno de los diplomáticos más importantes de su país. En cuanto al secretario general, este tiene una gran influencia en los debates políticos de los países miembro, salvo en Estados Unidos, donde tanto a la organización como su secretario general son menospreciados, incluso por las élites políticas.

Sin embargo, la sede del Consejo Permanente de la OEA es un imponente edificio de mármol –donado por Andrew Carnegie, el gran barón de la siderurgia, a la Unión Panamericana (antecesora de la OEA)–, sito a menos de un kilómetro de la Casa Blanca. A fines de los años cuarenta, Estados Unidos redefinió el sistema multilateral mundial: la Organización de las Naciones Unidas se instaló en



Nueva York y la OEA en Washington. La intención de Estados Unidos era sugerir una hegemonía difusa, sin llegar al punto de dejar la sede en manos de un país periférico.

Rechazo al comunismo

En un principio, la OEA desempeñó un papel secundario, al margen de instituciones centradas en la seguridad pura y dura, como la Junta Interamericana de Defensa (JID), creada en 1942, y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (también conocido como Pacto de Río) de 1947. Este último era un mensaje para la Unión Soviética: establecía que un ataque contra un Estado del continente sería considerado como un ataque contra todos los países signatarios.

Ahora bien, poco a poco, su prioridad se fue centrando en el desarrollo de un “multilateralismo interamericano”. Había llegado el momento de mostrarle al mundo que Washington y las élites latinoamericanas coincidían en rechazar al comunismo. En 1962, expulsaron a Cuba de la OEA mediante una resolución que precisaba que “la adhesión de cualquier miembro de la OEA al marxismo-leninismo es incompatible con el Sistema Interamericano”. Sin embargo, no se apartó de

la organización a ninguna de las dictaduras militares latinoamericanas, ni siquiera después de las denuncias bien documentadas de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) sobre las atrocidades cometidas por varios gobiernos en los años sesenta.

Por otra parte, es cierto que, más de una vez, los países de América Latina y el Caribe se erigieron como mayoría opositora a las posiciones de Estados Unidos en el Consejo Permanente, como sucedió durante los conflictos marítimos que enfrentaron a Estados Unidos con Perú y Ecuador a fines de los sesenta, la Guerra de Malvinas en 1982, o la invasión estadounidense a Panamá en 1989 y 1990. Incluso en estas instancias, Washington ignoró las resoluciones de los Estados miembro y actuó de manera unilateral.

El fin de la Guerra Fría sumergió a la OEA en una crisis existencial. La oleada democrática de los años ochenta liberó a la organización del silencio que la tutela estadounidense le había impuesto durante las dictaduras. Mientras el bloque soviético se desmoronaba, se dedicó a defender las normas y valores de la democracia liberal. La organización se reinventó y comenzó a centrarse, en particular, en la observación de los procesos electorales para asegurar

su credibilidad. Esta misión, que tuvo su debut en Costa Rica en 1962, se convirtió en uno de los pilares de la nueva institución. No obstante, esa hoja de ruta no fue suficiente para ubicar a la OEA en el centro de la escena. En esa época, las preocupaciones de Washington consistían particularmente en imponer su consenso y los programas de ajuste estructural, pero el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) acapararon la atención de los latinoamericanos en esta área.

La OEA tampoco logró imponerse como árbitro de los diferendos entre los países de la región, en particular, en torno a resabios de las rivalidades fronterizas poscoloniales. La voz de la OEA no contó ni cuando se resolvió el conflicto del Canal del Beagle entre Chile y Argentina, en 1984, ni cuando se firmó la paz entre Ecuador y Perú, en 1998.

La oleada de gobiernos de izquierda en América Latina en la década de 2000 hizo mermar en cierta medida la influencia de Estados Unidos en el sistema interamericano. En 2005, por primera vez en la historia de la organización, se eligió –y reeligió, en 2010– a un secretario general que no contaba con el apoyo de Washington. En 2009, una resolución de la Asamblea General de Ministros de Relaciones Exteriores declaró sin efecto la exclusión de Cuba. Si bien La Habana reconoció el gesto, rechazó la invitación a regresar a la organización.

Recelos del progresismo

Ese mismo año, la OEA sancionó el golpe de Estado contra el presidente Manuel Zelaya mediante la suspensión de Honduras en la organización –una novedad–. La reincorporación de Honduras solo se habilitó tras un acuerdo para que el ex presidente Zelaya regresara a Tegucigalpa en 2011. Los gobiernos progresistas de América Latina aprovecharon esa cohesión relativa para emanciparse de algunos aspectos del sistema interamericano. Después de México en 2001, se sucedieron las denuncias del Pacto de Río por parte de Nicaragua, Bolivia, Venezuela y Ecuador, entre 2012 y 2014.

La izquierda regional, preocupada por evitar que la OEA siguiera siendo una herramienta de Washington en la lucha contra los gobiernos de vocación antiimperialista, apostó a la articulación con el Caribe, en particular a través del apoyo de Venezuela ese conjunto de pequeños países, proveyéndolos de petróleo a buen precio en momentos de cotización en alza. Una mayoría de los catorce votos de la Comunidad del Caribe (Caricom) en la OEA ayudó a contrarrestar los ataques de Estados Unidos en contra de Venezuela y de los gobiernos latinoamericanos de izquierda.

Sin embargo, a pesar de esos avances, el recelo de los progresistas latinoamericanos respecto de la organización se mantenía latente, ya que eran concientes de que los cambios en el equilibrio de poder en el Consejo Permanente no modificaban de

manera fundamental la estructura de la OEA y su dependencia de Washington. Lo cierto es que la mayor parte de su financiamiento proviene de Estados Unidos –hasta el 60% del presupuesto anual y el 100% de algunos órganos–. Además, si bien la organización se compone de una burocracia mayormente latinoamericana, esta reside en Washington y demuestra una lealtad de hierro hacia la institución, que recompensa a sus empleados dotándolos de prestigio profesional.

Entonces, los gobiernos de izquierda decidieron impulsar un nuevo regionalismo. Ese contexto único favoreció la creación de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) en 2008. La apuesta era ambiciosa. La Unasur implicaba una integración política, económica, de defensa, etc., que iba más allá de los objetivos de otros mecanismos de integración sudamericanos y que excedía el mandato de la OEA, sobre todo –pero no únicamente– en lo que concierne los aspectos económicos y de desarrollo de la Unión. La Unasur intervino tanto en crisis políticas domésticas –Bolivia en 2008, Ecuador en 2010, Paraguay en 2012–, como en conflictos internacionales como el que tuvo lugar entre Venezuela y Colombia en 2010. La OEA quedó excluida de todas estas mediaciones e intervenciones.

Luego surgió la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), es decir, los países del hemisferio occidental con Cuba y sin Estados Unidos ni Canadá. Este espacio se constituyó para crear un foro, menos institucionalizado que la Unasur y sin tratado constitutivo, es cierto, pero dedicado a la concertación política entre los Estados de la región y a las discusiones internacionales. También hubo varias reuniones entre Celac y la Unión Europea, Celac y China, Celac y Rusia, Celac e India, etc.

En 2015, Luis Almagro, cercano al expresidente uruguayo José “Pepe” Mujica, figura de la izquierda latinoamericana,

fue elegido como secretario general de la OEA. Presentado por Mujica y con el apoyo de los gobiernos de izquierda de la región, este exministro de relaciones exteriores uruguayo prometió continuar el camino de independencia trazado por su predecesor José Miguel Insulza. Sin embargo, la oleada progresista se desinfló y Almagro se adaptó al nuevo contexto. Rápidamente se erigió como líder de una derecha en recomposición y orquestó el regreso de la OEA bajo el control de Estados Unidos... Un país que pronto estaría piloteado por un tal Donald Trump.

Apoyo a la derecha

Almagro no tardó en interesarse por Venezuela: militó el apoyo a la oposición y se opuso a cualquier intento de negociación. Cuando el expresidente del gobierno español José Luis Rodríguez Zapatero defendió una salida política negociada para Venezuela, Almagro le respondió: “No sea imbécil” (2). El uruguayo –al igual que Washington– decidió que la única salida posible implicaba un cambio de régimen. También aclamó todas las medidas económicas coercitivas de Estados Unidos. Cuando la administración de Trump afirmó: “todas las opciones están sobre la mesa”, sugiriendo la posibilidad de una acción militar, Almagro aprobó la amenaza y blandió el argumento de una intervención humanitaria, lo que atemorizó incluso a varios gobiernos del Grupo de Lima, una alianza constituida para aislar al gobierno de Nicolás Maduro.

Ahora bien, el entusiasmo del secretario general por la defensa de la “democracia” no se hizo extensivo a Brasil. La destitución de la presidenta Dilma Rousseff no lo conmovió más que el encarcelamiento sin pruebas del ex presidente Luis Inácio Lula da Silva, que lo dejó fuera de la campaña presidencial de 2018. Tampoco reaccionó ante las violaciones a los derechos humanos cometidas por el gobierno de

Jovenel Moïse en Haití, en el marco de las manifestaciones de 2018 y 2019. A fines de octubre de 2019, tras las mayores manifestaciones de la historia contemporánea de Ecuador y una oleada represiva inusitada, Almagro visitó el país y felicitó a Lenín Moreno por la manera en que gestionó la crisis, sin mencionar que la represión causó varias muertes. A su entender, el presidente chileno Sebastián Piñera –artífice, él también, de una violenta represión contra los movimientos sociales– “defendió con eficacia el orden público, tomando medidas especiales para garantizar los derechos humanos” (3). En cuanto a Colombia, Almagro guardó silencio sobre las desapariciones de sindicalistas y el abandono del proceso de paz por parte del gobierno, pero le resultó alarmante la violencia de los manifestantes que rechazaban las políticas neoliberales del presidente Iván Duque.

Siembra confusión

Sin embargo, su golpe maestro tuvo lugar en Bolivia, donde, en octubre de 2019, se llevaron a cabo las elecciones generales. El presidente saliente Evo Morales resultó ganador en primera vuelta con el 47,08% de los votos, frente a su principal rival Carlos Mesa, con una diferencia mayor al 10% (36,51%). Según la Constitución boliviana, cuando un candidato obtiene más del 40% de los votos en primera vuelta con una diferencia de al menos 10% con el segundo lugar, gana las elecciones. Sin embargo, la “Misión de Observación Electoral” de la OEA sembró la confusión apenas se anunciaron los primeros resultados al mencionar un “cambio de tendencia inexplicable” (comunicado de prensa del 21 de octubre de 2019) en el conteo de votos. Como lo demostraron después varios estudios estadísticos, ese “cambio de tendencia” era resultado de un conteo tardío en algunas zonas geográficas muy favorables a Evo Morales. A pesar de esto, los grandes medios clamaron fraude,

la oposición se radicalizó y Morales debió exiliarse, amenazado por el ejército. Finalmente, un largo informe del Centro de Investigación en Economía y Política (CEPR, por sus siglas en inglés), con base en Washington, reveló, entre otras cosas, que la OEA nunca logró respaldar esas acusaciones de fraude (4). Algunas semanas después de estos acontecimientos, el gobierno de facto de Jeanine Áñez anunció su apoyo a la reelección de Almagro, un hombre que, según la nueva ministra de relaciones exteriores Karen Longaric “desempeñó un papel fundamental en la defensa de la democracia en la región” (5).

La reelección de Almagro marca un regreso inequívoco a una Organización de los Estados Americanos favorable a Estados Unidos. Si la OEA buscaba reinventarse y ganar legitimidad como defensora de la democracia, perdió la apuesta. Bajo la dirección de Almagro, ha vuelto a ser sinónimo de “monroísmo”, en referencia a la doctrina del presidente James Monroe, de comienzos del s. XIX, según la cual América Latina constituía un “patio trasero” en el que Washington no toleraría ninguna injerencia extranjera. Así, en enero de 2020, el secretario de Estado estadounidense celebró “el regreso del espíritu de la OEA de las décadas del cincuenta y sesenta” (6). ■

1. Discurso de Fidel Castro del 4 de febrero de 1962.

2. EFE, Washington, 21 de septiembre de 2018.

3. EFE, Santiago de Chile, 9 de enero de 2020.

4. Jake Johnston y David Rosnick, “Observing the Observers: The OAS in the 2019 Bolivian Elections”, Centro de Investigación en Economía y Política, Washington, 10 de marzo de 2020.

5. Alejandra Arredondo, “Bolivia apoya reelección de Almagro en la OEA”, 23 de enero de 2020, voanoticias.com

6. Discurso en el Consejo Permanente de la OEA del 17 de enero de 2020.

*Exministro de Relaciones Exteriores de Ecuador, senior policy analyst en el Centro de Investigación en Economía y Política (CEPR), Washington.



Ude**Santiago**
Radio

Una emisora con real sentido público y compromiso con la ciudadanía que promueve el debate de los grandes temas país y divulga la ciencia, la cultura y las artes.

Te invitamos a visitar nuestra nueva señal online Escena Viva.

SOMOS TU RADIO UNIVERSITARIA

99.5 FM – WWW.RADIOUSACH.CL

En Florida, “resiliencia” y gentrificación climática

Los nuevos vicios de Miami

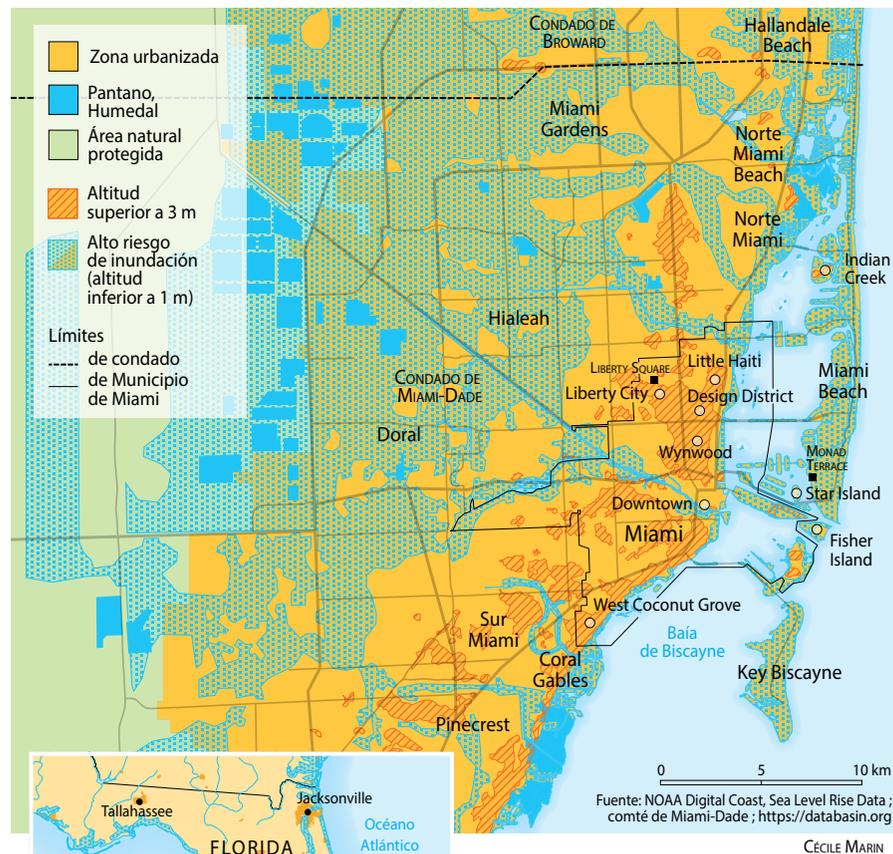
por Laura Raim*

En las estanterías de las tiendas de recuerdos de Miami Beach abundan unas tazas estampadas con un planisferio: si se vierte agua caliente en el interior, Florida desaparece del mapa. Aquí, ya no cabe negar la realidad. Los autobuses que cruzan Miami van rotulados con el lema “El cambio climático es real”. La prensa local trata profusamente el tema, hasta el punto de que el periódico *The Miami Herald* creó un apartado dedicado en exclusiva a este hace dos años. El gobernador republicano de Florida, Ron DeSantis, otrora “climato-escéptico”, contrató el año pasado a científicos y asesores en “resiliencia” para preparar la península a los “impactos del cambio climático”. El nivel del mar ha subido 7 centímetros desde 1992, pero la dinámica se ha acelerado en los últimos 15 años. El agua podría subir hasta 86 centímetros de aquí a 2060. Y, por una vez, no están a salvo los millonarios que viven en mansiones frente a la playa en Miami Beach o cerca de ahí, en Fisher Island, Star Island o en Indian Creek. Entre los potenciales refugiados climáticos de lujo está el propio presidente de Estados Unidos, cuyo club privado Mar-a-Lago, en Palm Beach, se prevé que sea anegado bajo 30 centímetros de agua, de aquí a 2050, durante 210 días al año.

De modo que, en Miami, el cambio climático no solo se ve como un riesgo futuro: sus consecuencias ya forman parte de la vida cotidiana. Florida, una antigua zona pantanosa que escasamente supera el nivel del océano Atlántico, es el estado americano más vulnerable a las inundaciones, cada vez más frecuentes. El mar sube aquí más rápido que en otros lugares y las mareas, más fuertes que antes, son especialmente destructivas durante la temporada de las *king tides*, las mareas gigantes de otoño. Durante estas, las tuberías de drenaje desembocan bajo el nivel del mar, por lo que el agua salada se cuela en el sistema de desagüe y, junto con las aguas residuales, refluye por las alcantarillas, sumergiendo durante días carreteras y aparcamientos subterráneos. En 2016, la foto de un pulpo varado en un estacionamiento de Miami Beach quedó grabada en la memoria de los habitantes. Este fenómeno reciente ha sido denominado “*sunny day flooding*” (“inundación de día soleado”) porque ocurre incluso sin que llueva. En algunas islas de los Cayos de Florida, el archipiélago que se extiende al sur de Miami, las inundaciones en 2019 duraron 90 días seguidos; un récord.

Aguas contaminadas

Otra desventaja geológica: compuesto de limo poroso, el subsuelo de la región es una verdadera esponja, lo cual constituye una notable diferencia respecto a otras ciudades costeras como Nueva Orleans o Nueva York. Como consecuencia, la expansión del océano también penetra en las reservas de agua dulce de los acuíferos y en las fosas sépticas de la ciudad. Contra este fenómeno, los diques cada vez más altos levantados por el consistorio no sirven de nada. En Hallandale Beach, el agua salada ya ha contaminado cinco pozos de agua dulce. En otros lugares, amenaza con matar la vegetación intolerante a la sal, especialmente las palmeras, que proporcionan una sombra muy apreciable. Sedientos antes que mojados: ese podría ser, en otras palabras, el destino que espera a los habitantes. En



cuanto a los huracanes, que regularmente barren esta región tropical, ya son más violentos y más largos debido al calentamiento de la superficie del océano. La devastación material dejada por el huracán Irma en 2017 es prueba de ello.

“Lo que se teme a corto plazo es la combinación de huracán y marea alta, como ocurrió con el huracán Sandy en 2012 –nos aclara David Letson, un economista que estudia los comportamientos de evacuación, y que reside en el pueblo de Key Biscayne, una isla al sur de Miami Beach–. Mi esposa y yo llevamos 25 años viviendo en nuestra casa y estamos empezando a preocuparnos por su valor y por el tiempo que podremos aguantar. ¡Y eso que no somos lo suficientemente ricos para estar en primera línea junto al mar! Mi vecino está considerando elevar la altura de su casa, pero resulta muy caro, por lo menos 100.000 dólares. De ahí el dilema: al invertir para proteger su casa, uno aumenta el valor de lo que expone a unas intemperies aún más poderosas, que fatalmente terminarán por llegar. Tarde o temprano, habrá que emprender la retirada”.

Philippe Stoddard, alcalde de South Miami, uno de los 34 municipios del condado de Miami, es uno de los pocos representantes electos que pronuncia las palabras “marcha voluntaria”. “Pocos líderes políticos están dispuestos a decirle la verdad a la gente –nos explica–. La renta media en Miami es de 50.000 dólares. No tenemos recursos para financiar la infraestructura que se necesitaría si se quiere adaptar la zona a la crecida del nivel de las aguas en las próximas décadas. La Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA, por sus siglas en in-

glés) tiene un presupuesto nacional de 125 millones de dólares. ¡Solo en mi pequeña ciudad de 13.000 habitantes, nos costaría 75 millones de dólares reemplazar las fosas sépticas defectuosas por un sistema de alcantarillado municipal! Hay que decirle a la gente que es hora de pensar en abandonar la zona, mientras aún hay tiempo para organizarse tranquilamente”.

Zonas vulnerables

Algunos no tuvieron tiempo de prepararse. En el archipiélago de los Cayos, la destrucción causada por el huracán Irma forzó la marcha de varios centenares de personas. En teoría, la FEMA ofrece comprar a sus propietarios algunas casas en zonas vulnerables, para poder declarar estas tierras no edificables y poner fin al ciclo infernal de destrucción y reconstrucción. Pero el proceso administrativo es largo, cinco años de media. Y, por encima de todo, “FEMA no tiene en absoluto dinero suficiente para comprar las casas de todos los que deberían irse”, insiste Stoddard.

El alcalde de South Miami no es el único que aboga por dejar la zona. En términos más contenidos y técnicos, el asesor en gestión de patrimonio Mark Singer insta a los clientes a “reducir su exposición”. En el pasado, explica, “ser dueño de tu casa era la inversión más segura. Pero eso ya se acabó. El calentamiento global no es cíclico como el mercado de valores, a no ser que esperes a la próxima Edad de Hielo”. Tiene un vívido recuerdo de la primera vez que vio salir agua por las alcantarillas sin que estuviera lloviendo. “Los promotores que construyen en el frente marítimo se mueven en un horizonte de 3 a 4 años, pero yo tengo una relación a largo plazo con mis clientes, que empiezan a preocuparse por la subida del nivel del agua. Tarde o temprano, las compañías de seguros aumentarán drásticamente las tarifas, los bancos no querrán seguir prestando a 30 años y no podrán vender sus casas”.

Así las cosas, a quienes conocen esta temática no se les ha escapado que algunos barrios a pocos kilómetros del mar se situa-

ban algo más altos. Lejos del postre y del frenesí turístico de Miami Beach está West Coconut Grove. Esta antigua zona residencial, originalmente poblada por inmigrantes de las Bahamas, alcanza los 3 metros de altura. Tres escasos metros que lo cambian todo, especialmente si se compara con Miami Beach, donde la mayoría de los edificios apenas levantan entre 60 y 120 centímetros sobre el nivel del mar. Estas pequeñas casas de madera rectangulares y estrechas características de las construcciones antillanas, conocidas como *shotgun*, puede que no tengan vistas al mar, pero nunca se inundan. El reverendo Nathaniel Robinson, que oficia en la Iglesia Metodista Episcopal Africana del barrio, elogia la robustez de estas viejas casas de planta baja, capaces de resistir los huracanes. “Basta con abrir puertas y ventanas y la casa respira –explica–. El viento atraviesa la casa, no la derriba”. Y señalando una humilde y desmejorada casita blanca, presume de que “esta sobrevivió hasta al [huracán] Andrew en 1992”.

Especulación inmobiliaria

¿Pero sobrevivirá a los promotores? “Los agentes inmobiliarios me mandan cartas y me llaman cada semana para que me anime a vender”, cuenta Thaddeus Scott, un jardinero “semijubilado” de 63 años que vive en el barrio desde que era un niño. Hace diez años, se compró una casa por 130.000 dólares, solicitando un préstamo a 30 años. Sigue aguantando, pero se siente cada vez más solo conforme los inversores van comprando y derribando las casas vecinas para edificar imponentes residencias cuadradas y blancas de depurado estilo. Describe la aparición de un centenar de estos lujosos “terrones de azúcar” que sobresalen sobre las diminutas casas antillanas como una “amenaza”: “Estos nuevos alojamientos cuestan dos millones de dólares. No son para gente como nosotros”.

¿Se están alejando los ricos de la costa inundable para establecerse en tierras más altas en detrimento de los habitantes originales? Para describir este fenómeno, Thaddeus Scott no duda en hablar de “gentrificación climática”. El término está en boca de toda la prensa local desde hace un año, con la publicación de varios estudios. Según Jesse Keenan, un profesor de Harvard oriundo de Miami, el valor de las casas unifamiliares aumentó más rápido entre 1971 y 2017 en los barrios altos que en los bajos. Un informe de la consultora McKinsey considera además que las casas de las zonas inundables de Florida podrían perder entre el 15% y el 35% de su valor de aquí a 2050.

En Little Haiti, el tema tiene muy movilizadas a un grupo de activistas. Famoso por su mercado antillano y sus “botánicas” (tiendas de vudú), este barrio popular, donde viven desde los años 1970 los refugiados haitianos que huyeron de la dictadura de Jean-Claude Duvalier, se encuentra a una altura de entre 2 y 4 metros sobre el nivel del mar. “¡Para Miami, esto son las Montañas Rocosas!”, exclama divertida Caroline Lewis, fundadora de CLEO, una asociación especializada en educación sobre cuestiones climáticas. Aquí, el estandarte de la gentrificación climática se llama Magic City Innovation District. Este megaproyecto de 1000 millones de dólares implica la construcción a lo largo de 15 años de unos 20 edificios que combinan oficinas, tiendas, apartamentos, galerías, cafés y restaurantes, repartidos en un “campus peatonal” de 7 hectáreas. El si-

tio web oficial de este proyecto de “revitalización” elogia explícitamente la “elevación” del barrio frente a los “impactos del cambio climático” y a las “oleadas de tormenta”. A pesar de tres años de dura lucha por parte de los residentes haitianos, los promotores recibieron luz verde del consistorio el año pasado. Única concesión: querían renombrar la zona “Little River” –el nombre del barrio antes de que llegaran los haitianos–. Finalmente, aceptaron mantener “Little Haiti”. El consuelo es poco.

Marleine Bastien, directora del Family Action Network Movement, un grupo de apoyo a las familias haitianas, repite una y otra vez a los propietarios de las viviendas que no las vendan. “Los desarrolladores del proyecto les ofrecen comprar por 150.000 o 200.000 dólares las casas que ellos adquirieron a principios de los años 2000 por 40.000 dólares. Crean que están haciendo un gran negocio, pero una vez han vendido, se dan cuenta de que, por esa cantidad de dinero, ya no queda nada en Miami”. Algunos se van a vivir más lejos en el condado, a North Miami Beach, Homestead o Miami Gardens; otros terminan aún más lejos, en Fort Lauderdale, en el vecino condado de Broward, o incluso en el vecino estado de Georgia.

Compra y venta de casas

Ante la crecida de las aguas, el Ayuntamiento de Miami considera lógico desarrollar estas zonas, que no solo son más altas, sino que también cuentan con el servicio de una de las pocas líneas de tren. “Miami se desarrolló inicialmente como un destino de vacaciones de invierno antes de convertirse en una ciudad de residencia permanente, en gran parte debido a la generalización del aire acondicionado en la década de 1960 –explica Francisco García, director de urbanismo de la ciudad–. Pero el urbanismo de los inicios, basado en casas unifamiliares, ya no es viable: es necesario densificar”.

A los residentes de Liberty City –a 2,6 metros de “altura”– no les cabe duda de que son los siguientes en la lista de compras de la gentrificación climática. En este barrio negro, donde la mitad de los habitantes gana menos de 20.000 dólares al año, el precio medio por metro cuadrado dio un salto del 26% en 2018. En asociación con grupos privados, la ciudad comenzó a renovar en 2017 las viviendas sociales construidas en la década de 1930 en las nueve manzanas que componen Liberty Square. Las promotoras comenzaron inmediatamente a comprar las casas unifamiliares de la zona. “Han abierto aquí una clínica veterinaria –Samantha Quaterman, directora de una escuela del barrio–. Cuando veamos a los blancos paseando a sus perros, sabremos que no hay nada que hacer. No conozco a nadie que tenga un perro por aquí...”.

Tristemente famosa por los disturbios raciales de 1979, las bandas y el crack, a Liberty City parece que le queda todavía margen hasta llegar a esa fase de aburguesamiento: el Dunkin Donut es el único espacio de comidas del barrio y tuvo que instalar cristales antibalas para proteger a sus cajeros. Esta cadena, especializada en donuts del día asequibles de precio, no se dirige a la misma clientela que un Starbucks Coffee, por ejemplo. Pero Quaterman ya lo ve como un signo insoslayable de aburguesamiento: “Antes era un KFC [Kentucky Fried Chicken, una popular cadena que vende pollo frito]. ¡No hay nada que hacer!”.

En West Coconut Grove, en Liberty City o en Little Haiti, todos resaltan con amargura la ironía histórica de la situación: “Durante la segregación, y después con los políticos que, hasta mediados de los años 1960, prohibían que se les concedieran hipotecas a los negros fuera de determinadas zonas, estos no podían instalarse en el litoral. Y ahora que está subiendo el agua, quieren venir a vivir a nuestros barrios y echarnos fuera”,

resume Caroline Lewis. Esto es lo que hace a Miami diferente de una ciudad como Nueva Orleans, donde las comunidades negras viven en las zonas bajas e inundables.

Dicho esto, no existe consenso en torno a la hipótesis de una gentrificación exclusivamente climática, ya que la especulación inmobiliaria empezó a partir de 2005, mucho antes de que se hablara tanto de cambio climático. En un contexto de explosión demográfica, esta afectó a todos los barrios por igual, incluidos los de la parte más baja. En espacio de quince años, Miami ha pasado de balneario y paraíso fiscal para jubilados amantes del golf a metrópoli global, cultural y muy cosmopolita para altos ejecutivos jóvenes del mundo de las nuevas tecnologías y las finanzas, con afición por el arte contemporáneo. Desde 2010, la población del condado de Miami ha aumentado en medio millón de personas para alcanzar los 2,8 millones de habitantes. Impulsado por una fuerte demanda extranjera, el precio de los bienes inmuebles se ha disparado. Los rascacielos de lujo han crecido como setas. Como consecuencia, muchos barrios se han aburguesado rápidamente, tanto el Downtown como Wynwood y el Design District. Entre 2011 y 2017, los alquileres aumentaron un 24% en el condado. Pero ni los salarios ni la construcción de viviendas sociales han seguido el mismo ritmo.

Mallory Kauderer, un promotor inmobiliario que lleva 25 años invirtiendo en Little Haiti, no disimula su irritación cuando sale el tema del cambio climático: “Invertimos en este barrio porque es uno de los pocos que siguen siendo asequibles de precio. La diferencia de 3 metros de altitud es irrelevante... ¡Dentro de 100 años no habrá diferencia, la ciudad entera estará bajo el agua!”. El investigador Jesse Keenan, autor del estudio que pone el foco en la relación entre altitud y tasa de crecimiento del valor inmobiliario, reconoce que “en un barrio como Little Haiti, estamos probablemente ante un caso de gentrificación típico”. Y puntualiza: “Con frecuencia, la gente que se muda de Miami Beach para huir de las intemperies no se queda en Miami, sino que se marcha a otras ciudades como Orlando o Atlanta. Mi mejor amigo, por ejemplo, acaba de vender su casa en Miami Beach y se ha mudado a Denver”.

No basta pues con analizar el fenómeno a escala local. Según un estudio del demógrafo de la Universidad de Georgia Mathew Hauer, seis millones de habitantes de Florida tendrán que mudarse tierra adentro de aquí a finales de siglo si el agua sube 180 centímetros. Con aglomeraciones urbanas como Dallas y Houston que probablemente absorberán a gran parte de esa población, los efectos de la gentrificación climática se podrán medir a nivel nacional. En todo el país, unos 13 millones de personas podrían quedar desplazados de las ciudades costeras, principalmente de Long Island en Nueva York, Nueva Orleans en Luisiana, Charleston en Carolina del Sur y San Mateo en California. Si bien las Naciones Unidas alertan a menudo sobre la situación de los pequeños Estados insulares como Polinesia, las Maldivas y las algo así como 7000 islas de Filipinas, se trata de un problema acuciante en los Estados Unidos, donde podría dar lugar a un movimiento de población equiparable con la Gran Migración Afroamericana, desde el sur hacia el norte del país, a lo largo del siglo XX.

Jesse Keenan también reconoce de buen grado que no son los millonarios quienes abandonan sus casas de Miami Beach para instalarse en Little Haiti o en Liberty. “Les da igual si se inunda una de sus casas de verano de 15 millones de dólares”. En caso de huracán, estos adinerados propietarios estarán lejos de Miami en una de sus muchas residencias. “En cambio, a las clases medias sí se les hace cada vez más difícil lidiar con

las inundaciones más y más frecuentes, que destrazan sus coches, encarecen sus pólizas de seguro y hacen intransitables las carreteras que los conectan con su trabajo”.

Así pues, los ricos no solo no piensan en marcharse, sino que algunos de ellos incluso siguen mudándose a la orilla, donde se construyen y venden a precios irracionales “condominios” de lujo diseñados por arquitectos de prestigio. A los compradores no les duele firmar el cheque, tanto menos cuanto que solo asumen un riesgo parcial. En Estados Unidos, el seguro contra inundaciones lo cubre un sistema público, el National Flood Insurance Program (NFIP), creado en 1968, cuyas tarifas no reflejan los riesgos reales. “Soy de izquierdas, no soy un fan de los mercados, pero tratándose de los seguros, ¡me gustaría ver la mano invisible de Adam Smith empujar al alza las primas de seguro! –suelta en tono de broma Mario Ariza, periodista de *Sun Sentinel* y autor de un libro de próxima aparición sobre los efectos de la ‘catástrofe climática’ en Miami–. Hoy en día se socializa el riesgo aun cuando dos de cada tres casas cubiertas por este seguro público son segundas residencias de gente rica”.

Resiliencia

¿Que está subiendo el nivel del mar? No importa, los nuevos edificios están concebidos para resistirlo. Valga el ejemplo del Monad Terrace: diseñado por el arquitecto francés Jean Nouvel, el edificio de 59 apartamentos está pensado para resistir un huracán de categoría 5 (nivel máximo). Este edificio que da a Biscayne Bay será elevado 3,5 metros y tendrá el aparcamiento en la planta baja en vez de ser subterráneo. En caso de inundación, el exceso de agua se dirigirá, para colmo de la exquisitez, a la laguna situada en el centro del complejo. A los promotores se les llena la boca con la “resiliencia” del futuro edificio, que debería estar terminado a finales de año. Eso sí, se olvidan de indicar que, para construirlo, habrá sido necesario comprar un bloque de viviendas y desalojar a sus inquilinos, los cuales, a no ser que puedan pagar entre 1,7 y 14 millones de dólares según el apartamento, no disfrutarán de los milagros de tal “resiliencia”.

Resiliencia: esa es la palabra mágica. “Antes, la actitud de los promotores y de las autoridades estatales era negar la realidad del cambio climático –analiza Stephanie Wakefield, geógrafa en la Universidad Internacional de Florida–. La ‘resiliencia’ les allana el camino para hablar sobre este, ya que pueden presumir que saben cómo afrontarlo”. Este concepto, surgido en el ámbito de la física para designar la resistencia de un material a los choques, tenía ante sí un brillante futuro: importado en los años 1970 por las ciencias de la ecología para analizar la evolución y la adaptación de los ecosistemas, su uso se disparó en los años 1980 en el campo de la psicología para explicar la capacidad de superar los traumas que tienen algunas personas. Posteriormente lo adoptaron economistas, urbanistas y expertos en desarrollo, de tal forma que, desde hace unos diez años, se ha convertido en la palabra clave que salpimenta todas las políticas públicas, ya se trate de alteración del clima, desastres naturales, terrorismo, crisis financieras o epidemias. Emmanuel Macron, ante la Covid-19, puso así el nombre “Resiliencia” a la operación militar lanzada el 25 de marzo para respaldar la lucha contra el virus. Stephanie Wakefield prosigue: “Es un término pernicioso que implica que es imposible cambiar los sistemas económicos existentes y detener los desastres que crean. Todos seríamos naturalmente vulnerables y tendríamos que convivir con esa realidad. Las tecnologías de resiliencia que sirven para gestionar el cambio climático coexisten perfectamente con las tecnologías actuales que precisamente lo generan. Lo más preo-

cupante es que parte de la izquierda y de los activistas han hecho suyos ese vocabulario y esa visión del mundo”.

El tema de la “resiliencia” como respuesta a los desafíos climáticos debe gran parte de su éxito a la Fundación Rockefeller, cuya presidenta, Judith Rodin, escribió un libro de sugestivo título: *The resilience dividend. Being strong in a world where things go wrong* (“El dividendo de la resiliencia. Ser fuerte en un mundo donde las cosas pueden torcerse”). Desde 2013, la fundación ha creado y financiado puestos de *chief resilience officers* (“directores ejecutivos de resiliencia”) en unas cien ciudades de todo el mundo.

Más aún que la ciudad de Miami, es el municipio de Miami Beach, más pequeño y más rico, el que se ha distinguido sobremedida por su arrollador voluntarismo en el ámbito de la “resiliencia urbana”. En 2015, anunció un plan de 400 millones de dólares que plasmaba en un nombre épico, “Rising above”, la ambición que tenía el por aquel entonces alcalde de “elevar” literalmente la ciudad por encima de la crecida de las aguas. Tras declarar el estado de emergencia climática, Philippe Levine no vaciló en saltarse los pasos habituales para emprender obras titánicas y levantar una decena de carreteras, instalar bombas gigantes (en particular en Alton Road, donde es propietario de edificios) y realzar los diques.

Los resultados no han cumplido las expectativas. Los diques, edificados atropelladamente y sin permiso, infringían las normas sobre protección de las especies vegetales y animales silvestres y se tuvo que interrumpir su construcción. La elevación de las carreteras agravó la inundación de los edificios que quedaron encajonados más abajo. El gerente del restaurante Sardinia Enoteca cuenta las desventuras que sufrió durante la última tormenta: “Las bombas gigantes instaladas para evacuar el agua no funcionaban por el corte de suministro eléctrico. Las compañías de seguros se negaron a cubrir los daños. Debido a la elevación de las carreteras, ¡consideraban que éramos un sótano!”. El municipio acabó añadiendo generadores eléctricos en las inmediaciones para dar solución a los cortes de electricidad y negoció con las compañías de seguros. “Las cosas han vuelto más o menos a la normalidad, exceptuando por un permanente olor a podredumbre que sube de las alcantarillas”. En cuanto a las bombas, no fueron diseñadas para filtrar el agua que vierten en la bahía de Biscayne. Como resultado, esta se halla tan infestada de bacterias fecales que varias playas ya lucen carteles que desaconsejan firmemente bañarse.

“Sea como sea, todo esto sirve para tranquilizar a las compañías de seguros y a los promotores inmobiliarios, pero solo permitirá ganar unos 30 años –considera la geógrafa Stephanie Wakefield–. Más a largo plazo, algunos ingenieros imaginan que tendremos cinco rascacielos de lujo unidos unos a otros con puentes, y a eso se le llamará las ‘islas de Florida del Sur’. Otros consideran la posibilidad de islas flotantes”.

En esta línea, Arkup comercializa, desde 2018, casas flotantes de 400 metros cuadrados, a medio camino entre el yate y la casa. “Una alternativa ecológica, responsable y resiliente”, anuncia el sitio web de esta *startup* francesa. Alimentadas energéticamente por paneles solares, son también autosuficientes en el abastecimiento de agua gracias a un sistema de recuperación y depuración de aguas pluviales. Diseñadas para resistir un huracán de categoría 4, el conjunto descansa sobre cuatro pilares hidráulicos. En vez que luchar contra la crecida de las aguas, ¿por qué no vivir en simbiosis con ella? La resiliencia es posible, pero tiene un precio: exactamente 5 millones de dólares. ■

*Periodista.

A la conquista de los océanos polares

Geopolítica del rompehielos

por Philippe Descamps y Sandrine Baccaro *

Los océanos Ártico y Austral suscitan una creciente codicia. El deshielo, ya bien perceptible en verano en el Norte, podría abrir gigantescos espacios marítimos y costeros tanto a la navegación como a la explotación de recursos naturales. La evolución de las flotas nacionales de rompehielos permite hacerse una idea de la ambición real de los países que pretenden sacar partido del cambio climático en esas latitudes.

U nas horas antes de su dimisión, el pasado 15 de enero, el primer ministro ruso Dmitri Medvédev firmaba un cheque por valor de 127.000 millones de rublos (1.850 millones de euros) que permitía impulsar la fabricación del mayor rompehielos jamás construido, el proyecto *Lider*. Con 200 metros de eslora, 50 metros de ancho y una potencia de 120 megavatios, este mastodonte de los mares tendrá el doble de prestaciones que cada uno de los cinco rompehielos de propulsión nuclear en servicio en el mundo (todos construidos en San Petersburgo y con Múrmansk como puerto de amarre). Antes de la entrega del primero de los tres *Lider*, prevista para 2027, la empresa estatal Rosatomflot habrá equipado otras tres embarcaciones atómicas pesadas capaces de permanecer todo el año en el océano Ártico abriendo canales en las banquisas más gruesas, el proyecto 22220. Rusia vuelve con fuerza a los océanos, con la voluntad de dar mayor peso a la ruta marítima del Norte. La Sevmorput, una vía de comunicación nacional clave en tiempos de la Unión Soviética, podría convertirse en una ruta cada vez más internacional.

Seis meses antes, el 14 de julio de 2019, la estación meteorológica canadiense de Alert, situada a 900 kilómetros del Polo Norte, registraba una temperatura de 21 grados Celsius. Ese récord superaba en 15 grados la media habitual de julio en esa base habitada, la más septentrional del planeta. De manera menos anecdótica, el último informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) describe un calentamiento global en el Ártico con “valores entre dos y tres veces superiores a la media terrestre”, ya estimada en un grado Celsius (1).

Consecuencias: la banquisa se reconstituye con más dificultad en invierno, tiende a una pérdida de grosor y cubre una super-

ficie cada vez menos extensa a finales del verano. La extensión de los hielos marinos el pasado 18 de septiembre fue la segunda más débil observada desde 1979, tras la de 2012 (2). Según las proyecciones del IPCC, podemos esperar, “si el calentamiento global es de 1,5 °C, un verano sin hielo marino en el Ártico cada siglo”. Esta frecuencia “aumenta al menos a un verano cada decenio si el calentamiento global es de 2 °C”.

Aunque el aumento de las temperaturas es irrefutable, el futuro de la banquisa sigue siendo incierto. Por ahora, en el océano Austral, cuya superficie equivale a veinte veces la del Mediterráneo (3), el rápido deshielo de los glaciares costeros paradójicamente está ayudando a la preservación de los hielos marinos que rodean el continente helado; el aumento de las precipitaciones en forma de nieve también podría compensar en parte el deshielo del grueso casquete polar (4).

Efecto invernadero

En la superficie del océano Ártico (cinco veces la superficie del Mediterráneo), un estudio reciente insinúa que aproximadamente la mitad del calentamiento podría atribuirse a los gases que dañan la capa de ozono, la familia de los clorofluorocarbonos, que tienen un potente efecto invernadero (5). Prohibidos de manera paulatina desde el Protocolo de Montreal de 1987, deberían disiparse lentamente en los próximos cincuenta años. Con todo, los riesgos de aceleración del clima no son despreciables, ya que la reducción de las zonas marítimas y terrestres cubiertas de hielo y nieve disminuye la reflexión de la radiación solar. Esta, al ser absorbida por las tierras y los océanos, los recalienta, mientras que el deshielo del permafrost – ese suelo permanentemente helado, también bajo el mar – libera nuevos gases de efecto invernadero, sobre todo metano.

En conjunto, el hielo marino probablemente se volverá menos grueso y extenso

en los próximos años. Esto no significa que en los océanos polares los barcos vayan a navegar por aguas libres. Se formarán banquisas todavía buena parte del año. De ahí la paradoja: cuanto más se funde el hielo marino, mayor es la demanda de rompehielos, como se puede apreciar desde mediados de la década del 2000. Estos buques seguirán siendo indispensables para el desarrollo de las rutas polares, que presentan la ventaja de recortar la distancia entre numerosos puertos del Pacífico y el Atlántico. Por ejemplo, el viaje de Róterdam a Yokohama por el Canal de Suez es de 20.700 kilómetros y de solo 12.700 kilómetros por la ruta del Norte (6). Entre Nueva York y Shanghái, la distancia marítima es de 19.600 kilómetros por Panamá y de 14.500 por el norte de Canadá.

Nuevos apetitos

Transportando turistas por el Polo Norte bajo el sol de medianoche en verano, o cubiertos por la escarcha en la noche polar bajo temperaturas que pueden rozar los 50 grados bajo cero, estos barcos de asistencia nunca habían surcado tanto los océanos. La única flota atómica rusa abrió la ruta a 510 barcos en 2019, frente a los 400 de media de los dos años precedentes. Aunque todos los barcos que surcan los mares fríos han de tener un casco reforzado, la Asociación Internacional de Sociedades de Clasificación designa como “rompehielos” aquellos cuya masa, perfil y potencia les permiten franquear una banquisa de al menos setenta centímetros de espesor. Las naves más pesadas pueden vencer a pequeña velocidad hielos de varios años, que pueden ser de más de 4 metros, y crestas de compresión entre dos placas de hielo de más de diez metros. Al posibilitar la navegación y el comercio marítimo en las regiones frías, esos buques cumplen en primer lugar una función utilitaria en la desembocadura del San Lorenzo, de los mares Báltico, Blanco

y de Ojotsk... Pero también son barcos de soberanía marítima en regiones polares que están despertando nuevos apetitos.

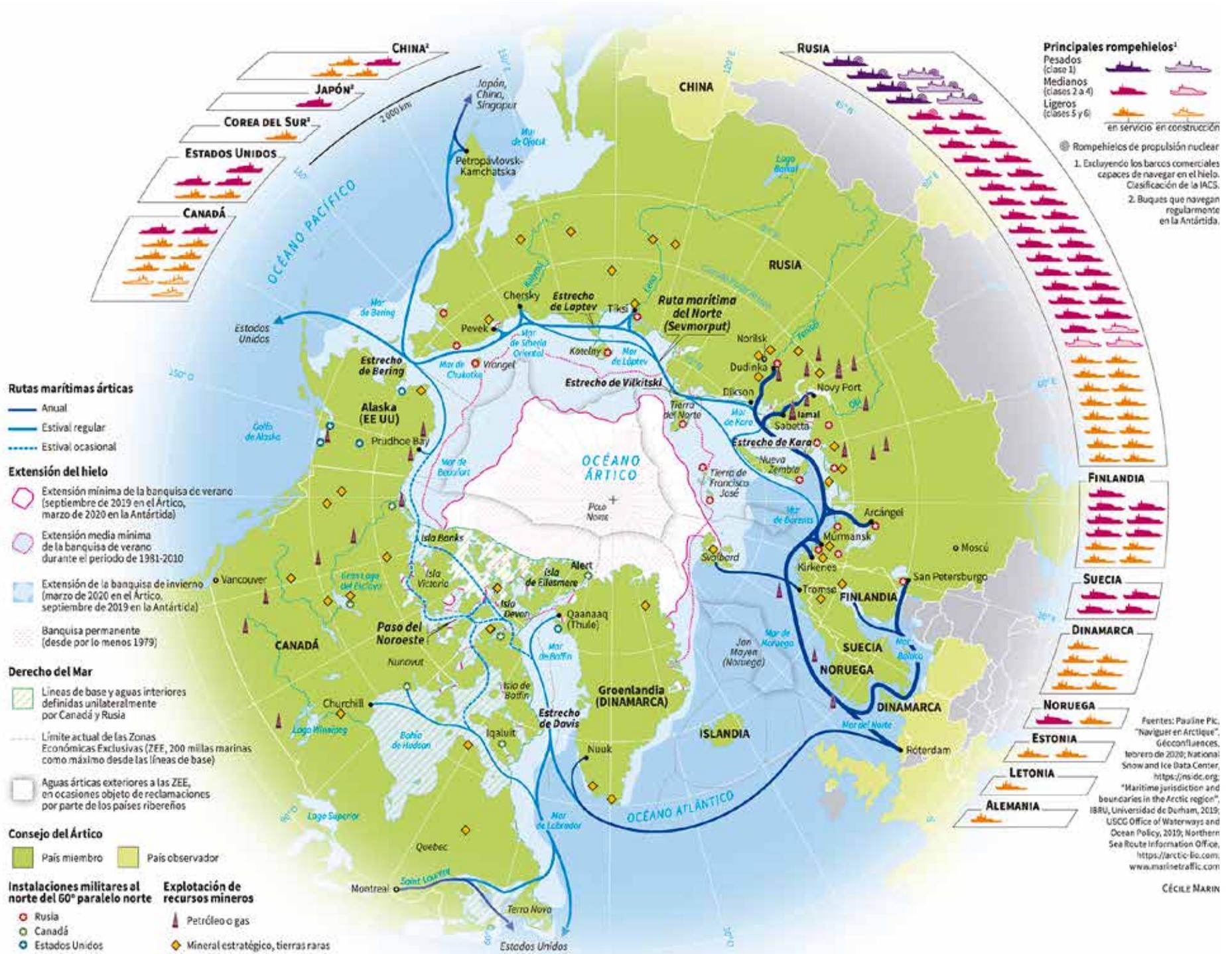
En la Antártida, el tratado de 1961 congeló los reclamos territoriales autorizando solo actividades pacíficas con fines científicos. Una treintena de naciones mantienen bases científicas para entender la evolución del clima y las principales corrientes oceánicas globales que nacen en esas aguas. Sin duda, muchos también toman posiciones ante la posibilidad de tener acceso algún día a los recursos naturales.

En las aguas internacionales del Ártico, Rusia, Noruega y Dinamarca han reclamado la ampliación de sus zonas económicas exclusivas en la plataforma continental (Canadá pronto concretará sus reivindicaciones). Sin duda, el reparto de ciertas zonas y, en particular, de la dorsal de Lomonósov será objeto de ásperos debates legales y políticos. Estas reivindicaciones tienen por marco la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, que entró en vigor en 1994 y que aún no ha sido ratificada por Estados Unidos. El reconocimiento de nuevos derechos de explotación de los recursos del subsuelo marino y las aguas no tiene, en principio, consecuencias directas sobre la navegación, que permanece libre en alta mar. No obstante, canadienses y rusos se muestran de acuerdo en definir una “línea de base” que incluye los estrechos principales de sus aguas interiores, históricas, con plena soberanía. Estados Unidos, que se presenta como un adalid de la libertad de navegación, cuestiona esa visión y considera esos pasos estrechos internacionales (7) que no pertenecen a nadie. Los canadienses y los rusos también se basan en la “cláusula ártica” de esta Convención, que se refiere a los riesgos de contaminación y la preservación del medio ambiente (8), para negar el paso a los buques que la incumplan. Desde el año pasado, cualquier barco que desee tomar la ruta del Norte debe notificárselo a las autoridades rusas con al menos 45 días de antelación; estas imponen la presencia de un piloto a bordo o incluso de una escolta de rompehielos cuando entienden que la situación así lo requiere.

Movilizaciones militares

En un creciente clima de desconfianza, el Ártico no se libra de las reclamaciones de soberanía. En agosto de 2007, en el Polo Norte, un submarino ruso se sumergió en picado hasta los 4.261 metros de profundidad para plantar una bandera blanca, azul y roja de titanio inoxidable. Los MiG [cazas rusos] sobrevuelan con regularidad el cielo del Polo Norte. La isla Kotelnik, abandonada en 1993, acoge una nueva base, mientras que la de Nagurskoye, en la Tierra de Francisco José, ha sido ampliada. En septiembre de 2018, en el Extremo Oriente ruso, las mayores maniobras de la historia postsoviética movilizaron a 300.000 militares, incluidos los de la flota del Norte; China y Mongolia también participaron. Por su parte, en octubre de 2018, Estados Unidos movilizó a 50.000 soldados junto a sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte en el norte de Noruega para organizar la operación “Trident Juncture”. Por último, el pasado 18 de agosto, al proponer la com-





pra de Groenlandia, el presidente Trump reflejaba, con su vulgaridad habitual, un interés creciente y ampliamente compartido por los potenciales recursos minerales de la región.

El peso de Rusia en la flota mundial se explica en primer lugar por la historia, la geología y el clima. Los vientos y las corrientes oceánicas, especialmente las cálidas aguas de la corriente del Atlántico Norte, tienden a abrir con más regularidad el paso del Nordeste, frente a las costas de Siberia. En medio del laberinto de las islas boreales de Canadá, el paso del Noroeste seguirá siendo difícil de atravesar durante mucho tiempo. De hecho, conoció varios dramas antes del éxito del noruego Roald Amundsen (entre 1903 y 1906), y hasta la década de 2000 fue una ruta rara vez utilizada. Por el contrario, la ruta marítima del Norte fue recorrida de cabo a rabo (desde Noruega hasta el estrecho de Bering) en 1878 y 1879 por el sueco Otto Nordenskjöld. Muchas epopeyas soviéticas –y varios accidentes– tuvieron por marco la Sevmorput, un frente pionero en la potenciación de la parte asiática del país. En 1932, el rompehielos *Sibirakov* efectuó el primer trayecto en una sola temporada entre Arcángel y Yokohama (Japón). A partir de mediados de los años 1930, la costa norte pasó a ser frecuentada con regularidad en verano. La ruta marítima Este-Oeste completaba las rutas fluviales Sur-Norte de los grandes ríos siberianos, Obi, Yenisei, Lena y Kólimá, también libres de hielo en verano. Para garantizar la explotación de los re-

ursos minerales de Siberia y el Extremo Oriente, un primer rompehielos atómico, el *Lenin*, con una autonomía sin parangón de varios meses, se hizo a la mar en 1959, permaneciendo en activo hasta 1989. El 14 de agosto de 1977, uno de sus sucesores, el *Arktika*, se convirtió en el primer barco de superficie en llegar al polo norte. Al año siguiente, la parte occidental estuvo abierta todo el año hasta Dikson, cerca de la desembocadura del Yenisei. “A principios de los años 1970, la URSS tenía 138 buques de carga de clase hielo en el Ártico –señala el historiador Pierre Thorez–. Al final del periodo soviético [esa cifra] rondaba los 350, a los que se añadían 16 rompehielos de larga distancia, 8 de ellos de propulsión nuclear” (9).

Explotación de gas

El tráfico también alcanzó su punto máximo a finales de la década de los 1980 con 7 millones de toneladas, principalmente de carbón, petróleo, madera y minerales. Se derrumbó tras la caída de la URSS hasta un nivel mínimo de 1,5 millones de toneladas en 1998. El número de habitantes de estas regiones inhóspitas disminuyó en paralelo a esa caída vertiginosa. La “doctrina marítima” presentada en 2001 por el presidente Vladimir Putin ha buscado revertir esa evolución. Tras una lenta recuperación, el volumen de bienes transportados superó el nivel de 1989 en 2017, para finalmente llegar a casi 20 millones de toneladas en 2018 y más de 31 millones de toneladas en 2019 (10). Este brusco aumento se explica sobre todo por la explo-

tación del gigantesco depósito gasístico de la península de Yamal, en el delta del Obi. Unos quince metaneros de clase “hielo” acaban de entrar en funcionamiento para transportar ese gas licuado al norte de Europa y Asia. El desarrollo de este importante recurso (11) solo ha sido posible gracias a la ayuda técnica y financiera de occidentales y chinos. La empresa conjunta Yamal LNG, que explota el parque y arma los barcos, tiene como accionistas a la francesa Total (20% de acciones), PetroChina (20%) y el Fondo de la Ruta de la Seda, un fondo soberano chino (9,9%). Sin embargo, la mayoría del capital (50,1%) permanece bajo el control de la empresa rusa Novatek.

Regularmente, se anuncian inversiones masivas: renovación o ampliación de puertos, aeropuertos, líneas ferroviarias, etc. Los rompehielos ocupan un lugar destacado con los proyectos *Lider* y *22220*. Se espera que el nuevo *Arktika*, el *Ural* y el *Sibir* zarpen en 2020, 2021 y 2022, respectivamente. Además de su inigualable potencia, su original diseño les permite ajustar el calado con ayuda de lastres de manera que pueden circular por los estuarios de ríos de aguas menos profundas. Después del lanzamiento de un plan de desarrollo de la ruta marítima del Norte a finales de 2019, el nuevo primer ministro Mijail Mishustin anunció el pasado 30 de enero la aprobación de una ley para alentar fiscalmente las inversiones más allá del círculo polar. El objetivo declarado es de más de 200.000 millones de euros de aquí a 2030 (12), con la ambición de alcan-

zar un tráfico de 80 millones de toneladas en 2024 y el doble una década más tarde. Un plan muy audaz, dado que, actualmente, la Sevmorput “solo es interesante para el tráfico a granel vinculado a la explotación de hidrocarburos y minerales”, específica Hervé Baudu, profesor de Ciencias Náuticas en la Escuela Nacional Superior Marítima de Marsella (13). Aunque el periplo del buque portacontenedores *Vanta Maersk*, cargado con pescado ruso y componentes electrónicos coreanos, fue objeto de una amplia cobertura mediática en septiembre de 2018, la mayor parte de los intercambios comerciales están vinculados al transporte de materias primas entre Rusia y el extranjero, o entre puertos rusos. El tráfico de mercancías sigue siendo insignificante, con menos de treinta barcos al año en los últimos tres años. En volumen, esto equivale a menos del 3% del tráfico de la ruta del Norte y es tres mil veces inferior al tránsito del Canal de Suez.

Al otro lado del océano Ártico no se divisa ningún plan de desarrollo de importancia a medio plazo: “Canadá, al igual que Estados Unidos, tiene dificultades para encontrar la financiación y la ambición política necesarias para desarrollar una flota de rompehielos a la altura de sus pretensiones marítimas”, analiza Hervé Baudu (14). La flota canadiense comprende unos quince buques, pero el único considerado “pesado”, el *Louis Saint-Laurent*, navega desde 1969, con, como misión, la investigación científica y el aprovisionamiento de las comunidades inuit. Sin la autonomía suficiente ni la infraestructura

para permanecer de manera continuada en el océano Ártico, no resiste la comparación con los buques rusos. La incapacidad de este gran país del norte para asegurar su soberanía en los mares helados es objeto de regulares alertas en el Parlamento o la prensa. En agosto de 2008, el primer ministro Stephen Harper, de visita en Inuvik, anunciaba la construcción, con vistas a 2017, de un poderoso buque, el *John Diefenbaker*. Según las últimas noticias, todavía no se ha conseguido el presupuesto de 1.300 millones de dólares canadienses (900 millones de euros)... Se ha concedido prioridad a buques más modestos para el mantenimiento de la vía marítima del San Lorenzo. En invierno, la retirada del hielo desde el Lago Superior hasta las islas del Atlántico moviliza numerosos rompehielos ligeros. Inaugurada en 1959, esta sucesión de esclusas gigantes y canales tiene una importancia económica mucho mayor que la de las regiones árticas. Aunque a la baja desde los años 1970, el tráfico en la parte fluvial todavía movió 41 millones de toneladas en 2018.

Incidente diplomático

Aunque Canadá y Estados Unidos cooperan en los Grandes Lagos, la libertad de circulación constituye un motivo de fricción. En 1969, tras el descubrimiento de petróleo en Alaska, Washington probó la navegabilidad de la ruta con el Manhattan, un petrolero de casco reforzado de 300 metros de eslora y 100.000 toneladas de desplazamiento. Al año siguiente, Ottawa aprobó una ley para la prevención de la contaminación en el Ártico que fijó los estándares que debían cumplir los barcos que transitaban por esas aguas. En 1985, casi se produjo un incidente diplomático cuando el Polar Sea, un rompehielos pesado de la guardia costera de Estados Unidos (actualmente fuera de servicio), recorrió la ruta. Incapaz de interceptarlo, Canadá autorizó su paso, pero tomó conciencia de la debilidad de su flota. En 1987, ante la proliferación de las incursiones de sumergibles extranjeros, el Ministerio de Defensa también proyectó comprar un submarino nuclear de ataque a Francia o Gran Bretaña. Al año siguiente, un tratado comprometía a Washington “a que todos los desplazamientos de los rompehielos estadounidenses tanto en las aguas reivindicadas por Canadá como en sus aguas interiores se realicen con el consentimiento del Gobierno de Canadá” (15). Pero el texto especificaba que “nada en el presente acuerdo de cooperación entre socios y vecinos” afectaba a las respectivas posturas “sobre el Derecho del Mar en esta zona o cualquier zona marítima”. La compra de un submarino no se hizo efectiva, como tampoco, en 2007, la anunciada construcción de un puerto de aguas profundas en Nanisivik para facilitar el patrullaje de la guardia costera en la zona. En total, solo se prevé la inauguración de un puesto de abastecimiento al norte de la isla de Baffin el próximo verano.

Irrumpe China

La flota estadounidense todavía está en peores condiciones que la de su vecino. El buque más poderoso, el Polar Star, se hizo a la mar hace 44 años! Su propulsión mitad diésel mitad gas no permite la misma autonomía que los motores atómicos. Botado en 1999 con fines de investigación científica, el Healy fue el primer buque de superficie estadounidense en alcanzar el polo norte, en 2015, treinta y ocho años después que los rusos. Pero, el pasado febrero, el comandante de la guardia costera revelaba que ese barco navegaba por el Ártico “sin comunicaciones fiables durante gran parte de su patrullaje de varios meses” por falta de estaciones terrestres y de una buena cobertura satelital en esas latitudes (16). No obstante, el almirante Karl Schultz se mos-



traba optimista al declarar que la financiación de tres nuevos rompehielos pesados, capaces de surcar el océano Ártico en cualquier estación y esperados desde hacía lustros, iba por buen camino. Pero solo hay uno previsto en el presupuesto, y este todavía no ha sido aprobado por el Congreso...

La irrupción de China en el escenario ártico no puso fin a esos retrasos. No obstante, el ataque el 14 de agosto de 1999 del *Xue Long* (Dragón de las nieves), un rompehielos comprado por Pekín a Ucrania, causó cierto revuelo en el pequeño puerto de Tuktoyaktuk, una aldea inuit de los Territorios del Noroeste. Aunque prevenida, la administración canadiense no había transmitido correctamente la información (17). En cambio, cuando el *Xue Long* recorrió el paso del Nordeste, en el verano de 2012, estuvo acompañado por el *Vaygach*, uno de los buques rusos de propulsión nuclear... El pasado septiembre, el *Xue Long II*, fabricado en Shanghái, amplió esa flota. Aunque presentado como un barco de vocación científica, encarna el proyecto de la “Ruta polar de la seda” anunciado por China en su libro blanco sobre el Ártico en enero de 2018. El mayor importador mundial de materias primas manifiesta un interés creciente por los recursos de hidrocarburos de Rusia, así como por el potencial minero de Canadá, Groenlandia e Islandia. Pekín puso varios proyectos de barcos sobre la mesa y, en junio de 2018, la Corporación Nuclear Nacional de China lanzó una licitación pública para la construcción de un rompehielos atómico de 30.000 toneladas (18), que solo tendrá equivalente en Rusia. El buque también debería ser un banco de pruebas para la construcción de un portaaviones de propulsión nuclear, un ámbito en el que Estados Unidos mantiene una clara ventaja con once buques (solo hay uno más en el mundo, el portaaviones francés *Charles-de-Gaulle*).

Planes europeos

Por su parte, la Unión Europea anunció en 2002 un ambicioso plan para las regiones polares con el proyecto *Aurora Borealis*, el “mayor rompehielos de todos los tiempos”. Dieciocho años después, el proyecto no ha avanzado un milímetro... Otros países tienen ambiciones mucho más modestas. Es el caso de los países del golfo de Finlandia y Botnia (Suecia, Finlandia, Estonia), cubiertos de hielo poco espeso en invierno. Noruega y Dinamarca también necesitan barcos de asistencia para sus respectivos territorios de Svalbard y Groenlandia. La

mayoría de los demás barcos tienen por misión la investigación y la comunicación con el continente antártico, como los recientes buques de Chile, Sudáfrica y Australia. Frente al continente helado también se cruzan con regularidad el único barco argentino y sus homólogos llegados de Europa (Italia, España, Alemania, Reino Unido) o Asia (Japón, Corea del Sur, India). Por el momento, Francia cuenta con un único rompehielos, el *Astrolabe*, que desde 2017 garantiza la comunicación y el abastecimiento de las posesiones francesas del océano Índico (islas Kerguelen, San Pablo, archipiélago de las Crozet), así como de las bases polares de Dumont d’Urville y Concordia. No obstante, los turistas pueden reservar su futuro crucero en el *Commandant Charcot*. Este buque de 150 metros de eslora, propulsado por turbinas de gas y motores eléctricos, podrá transportar 270 pasajeros al Gran Norte en verano y al Gran Sur en invierno. Este barco debería estar construido en 2021 (en Rumanía y luego en Noruega), pero la compañía Ponant ya “imagina el viaje del mañana” con “un discreto lujo a la francesa”.

Amenazas al ecosistema

En un célebre discurso pronunciado en Múrmansk el 1 de octubre de 1987, el último secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov, propuso una vía pacífica de cooperación en el Gran Norte basada en la confianza mutua. Según Gorbachov, la seguridad no podía garantizarse solo con medios militares y las armas nucleares debían prohibirse en la región. La creación del Consejo Ártico en 1996, con el propósito de proteger un medio ambiente particularmente frágil, respondía en parte a esa visión. Foro de discusión de todos los países con tierras al norte del Círculo Polar Ártico, se abrió posteriormente a las comunidades indígenas y a los grandes países europeos y asiáticos, en calidad de observadores.

A pesar de las tensiones que a veces lo animan, Noruega y Rusia mostraron el camino al firmar en abril de 2010 un acuerdo sobre el reparto de áreas en disputa en el mar de Barents. El Consejo Ártico ha hecho posibles varios acuerdos importantes, entre ellos, en 2013, el relativo a la búsqueda y rescate de barcos y aeronaves. Otro ejemplo es el acuerdo internacional que prohibió toda actividad de pesca comercial en alta mar en el océano Ártico Central, desde el 15 de marzo de 2019 y al menos durante los siguientes 16 años. Obliga

a los signatarios de toda la región (países ribereños más la Unión Europea, China y Japón) a participar en un programa conjunto de vigilancia e investigación para determinar si algún día será posible una pesca sostenible. Pero todavía estamos lejos de un tratado sobre el Ártico equivalente al de la Antártida. Las grandes amenazas que pesan sobre el ecosistema justificarían por sí solas un espacio de mediación. El último Consejo Ártico, que se celebró en Finlandia en mayo de 2019, no siguió ese camino. La reunión no pudo concluir con una declaración conjunta: Estados Unidos se negó a que el calentamiento global se calificara de “amenaza grave” para la región y se mostró muy suspicaz frente a la presencia china.

El deshielo del polo, en la convergencia de los puntos de referencia cardinales, revive un viejo sueño del Renacimiento: el acercamiento entre Oriente y Occidente, simbolizado en la proyección polar del mundo que figura en la bandera de las Naciones Unidas. Desde un punto de vista práctico, muchos obstáculos seguirán dificultando el desarrollo de estas rutas: pocos puertos de refugio, estrechos poco profundos, hidrografía incompleta, ayudas a la navegación imprecisas en estas latitudes, protección del cargamento y el material contra el frío, gastos de escolta y de seguro... En ese contexto, la adquisición de una costosa flota de rompehielos eficientes es una apuesta de futuro. China busca sobre todo diversificar sus rutas comerciales y su suministro energético. Es una prioridad nacional para Rusia, que persigue asegurar la exportación de sus materias primas. En camino de convertirse en el principal productor mundial de gas, ahora compite directamente con Estados Unidos en este mercado, a la vez que le disputa la hegemonía marítima, al menos en los mares fríos. ■

1. “Informe especial del IPCC sobre los impactos del calentamiento global de 1,5 °C con respecto a los niveles preindustriales”, Organización Meteorológica Mundial, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, 2019.
2. Arctic report card 2019, Servicio Nacional de Meteorología de Estados Unidos.
3. Por convención, el océano Antártico abarca todas las aguas al sur del paralelo 60° Sur, es decir, una superficie de 20 millones de km², frente a los 12 millones de km² del océano Ártico.
4. Cf. “L’Antarctique, un équilibre fragile”, Météo France, 2020.
5. L. Polvani (col.) “Substantial twentieth-century Arctic warming caused by ozone-depleting substances”, *Nature Climate Change*, n.º 10, febrero de 2020.
6. Distancias calculadas en el portal Aquaplot
7. Hélène de Pooter, *L’emprise des États côtiers sur l’Arctique*, ed. Pedone, París, 2009.
8. Artículo 234 sobre las “zonas cubiertas por el hielo” de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (PDF).
9. Pierre Thorez, “La Route maritime du Nord. Les promesses d’une seconde vie”, *Le Courrier des pays de l’Est*, n.º 1066, marzo-abril de 2008.
10. “NSR Shipping traffic-transits in 2019”, Centre for High North Logistics.
11. Véase “La conquista del Gran Norte”, *Le Monde diplomatique en español*, julio de 2016.
12. Atle Staalesen, “Moscow outlines a €210 billion incentive plan for Arctic oil”, *The Independent Barents Observer*, 5 de febrero de 2020.
13. Hervé Baudu, “La Route maritime du Nord, réalité et perspectives”, *Regards géopolitiques*, n.º 5, otoño de 2019, *Conseil Québécois d’Études Géopolitiques*, Universidad de Laval, Quebec.
14. Hervé Baudu, “La Flotte mondiale de navires brise-glaces”, *Regards géopolitiques*, n.º 4, invierno de 2018.
15. “Accord entre le gouvernement du Canada et le gouvernement des États-Unis d’Amérique sur la coopération dans l’Arctique”, 11 de enero de 1988.
16. “U.S. Coast Guard announces plans for a third heavy icebreaker”, *Arctic Today*, Anchorage, 21 de febrero de 2020.
17. Sébastien Pelletier y Frédéric Lasserre, “Intérêt de la Chine pour l’Arctique: analyse de l’incident entourant le passage du brise-glaces Xue Long en 1999 à Tuktoyaktuk, Territoires du Nord-Ouest”, *Monde chinois*, 2015.
18. “Why is China building a 30,000-ton nuclear-powered icebreaker?”, *China Military online* (publicación digital del Ejército Popular de Liberación), 2 de julio de 2018.

*Periodistas.

Una aversión intacta cuarenta años después de la muerte del filósofo

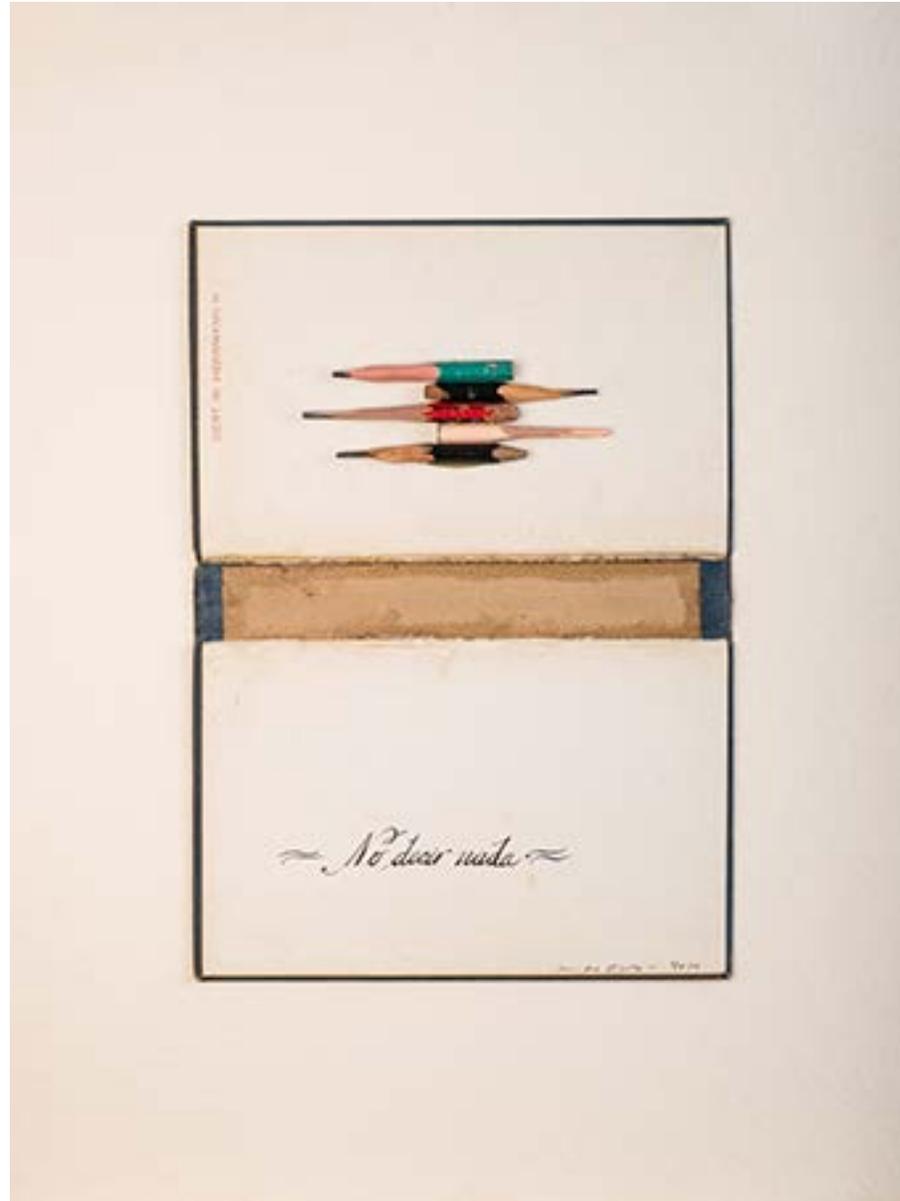
El rechazo a Sartre

por Anne Mathieu*

El 19 de abril de 1980, el entierro de Jean-Paul Sartre movilizó a la muchedumbre, igual que el de Victor Hugo algo menos de un siglo antes. Con la desaparición de Sartre parecía finalizar una época de compromisos y de rechazo a las constricciones del decoro. Después, el exhibicionismo mediático o el aislamiento universitario han caracterizado dos polos del mundo intelectual. Ambos igualmente alejados del modelo sartriano.

Existe una paradoja con Sartre. Aquel que encarna al “intelectual total, presente en todos los frentes del pensamiento, filósofo, político, novelista, dramaturgo” (1) tiene dificultades para encontrar un lugar póstumo digno de tal nombre en su país. La paradoja se acentúa por contraste con la influencia siempre activa de su pensamiento y escritos en el extranjero. Y es que Francia se entrega a un conformismo consensual del que los (pseudo)debates televisivos o radiofónicos no consiguen sustraerla. Lo constreñido y lo convencional le eran perfectamente extraños a aquel que, tras la Segunda Guerra Mundial, no dejó de plantar cara, de lanzarse a la batalla, de asumir riesgos. Cierta *intelligentsia* recusa en Sartre su estatus de representante del intelectual comprometido “a la francesa”. Su única obra unánimemente elogiada es *Las palabras* (1961). Las alabanzas a esa “gran obra del escritor” son constantes, y no es casualidad: esta autobiografía que narra su infancia y juventud no molesta a nadie. El pensamiento único tanto de derechas como de izquierdas ha sabido identificar la obra que le permite no detestar unilateralmente al intelectual y, al mismo tiempo, relegarlo a la categoría de lo pasado de moda, lo superado (2).

Superado y completamente errado. Ya que, nos lo han repetido hasta la saciedad, Sartre se equivocó en todo (3). A menos que esta acusación se vuelva contra los acusadores. Hagamos nuestras estas estimulantes palabras de Guy Hocquenghem, escritas algunos años después de la muerte del autor de *Los caminos de la libertad*: “Vuestras almas avariciosas y pobres, puritanas y teoristas, han querido matar cien veces a Sartre; y cuanto más renegáis de él, más lo revitalizáis. Cuanto más lo rechazáis, más se aferra a vosotros, más os arrastra con él a la muerte. El verdadero Sartre se escapa de la tumba de respeto re-



Carlos Montes de Oca, No decir nada (Tapas de libros, lápices y tinta), 2014
(www.artistasvisualeschilenos.cl)

negado y traición en la que habéis querido encerrarlo” (4).

El escritor

Desde su fallecimiento en 1980, pocas cosas no habrán dicho de aquel a quien, en vida, habrían temido enfrentarse. Sartre sería un filósofo que no sabe escribir literatura... Durante mucho tiempo, han abundado entre los estudiantes esas bromas de colegial, que se han extendido hasta el ámbito académico, concediéndoles legitimidad científica. Precisamente, en literatura, Sartre sigue estudiándose poco. Sin embargo, releamos su primera novela, *La Náusea* (1938), el libro de relatos *El muro* (1939), su trilogía injustamente desconocida y subestimada *Los caminos de la libertad* (1945-1949). Son libros hermosos, diversos estilística y narrativamente, y que le “hablan” a todo el mundo, impregnando para siempre la formación intelectual y personal, lo que constituye la marca de las grandes obras. ¿Su teatro? También diverso, inventivo y... de actualidad. Además de *A puerta cerrada* (1944) y *Las manos sucias* (1948), sus obras más conocidas y representadas hoy en día, el poder de denuncia de *Nekrassov* (1955) y *Los secuestrados de Altona* (1959) permanece intacto: en la primera, el de la mistificación de la información y el adoctrinamiento; en la segunda, el del fin y los medios en los periodos violentos de la historia.

Por último, por supuesto, están sus textos políticos. Es ahí donde Sartre hace daño: todavía molesta porque estuvo “en situación”. En *Les Temps modernes*, en 1945, afirmaba: “El escritor está en situación con su época: cada palabra tiene repercusiones. Cada silencio también. Considero a Flaubert y Goncourt responsables de la represión que siguió a la Comuna porque no escribieron una línea para impedirlo. Ese no era asunto suyo, se dirá. Pero ¿el proceso de Calas era asunto de Voltaire? ¿La condena de Dreyfus era asunto de Zola? ¿La administración del Congo era asunto de Gide? Todos esos autores, en determinado momento de su vida, hicieron frente a su responsabilidad como escritores” (5).

La política

La guerra será el desencadenante del compromiso de Sartre. Movilizado en septiembre de 1939, hecho prisionero en junio de 1940, es transferido a un Stalag en Tréveris. Allí, conoce la camaradería, la fraternidad; escribe y pone en escena una obra de Navidad, *Barioná*, el hijo del trueno. Liberado en marzo de 1941 haciéndose pasar por civil, Sartre vuelve a París, decidido a actuar. Funda con Merleau-Ponty el efímero grupo “Socialismo y Libertad”, con la veleidad de ir a la zona libre a ver a André Gide y André Malraux y organizar un movimiento de resistencia. Su obra *Las moscas* lleva aires de

resistencia a un París ocupado. En 1943-1944, colabora en *Lettres françaises*, el órgano del Comité Nacional de Escritores fundado en la clandestinidad por Jacques Decour y Jean Paulhan (6). Pero eso será todo... Sartre no fue ni Georges Politzer ni Claude Bourdet. Antes de la Segunda Guerra Mundial, llama la atención la total ausencia de horizonte político. Pese a lo que afirmó Simone de Beauvoir, y pese a la novela corta “*El muro*”, permanece ajeno a lo que sucede en España (7). Cuando se lee su correspondencia con Beauvoir, el “Castor”, sorprende no encontrar una primera mención política hasta julio de 1938, dos meses antes de Múnich. Tampoco entienden gran cosa del Frente Popular. Ese distanciamiento político de entreguerras le llevará a caminar toda su vida junto al espectro de Nizan, su amigo de juventud, inmerso en política desde finales de los años 1920.

En febrero de 1948, Sartre se incorpora al comité directivo de la Agrupación Democrática Revolucionaria (RDR, por sus siglas en francés), cuyo proyecto había sido elaborado con anterioridad por periodistas e intelectuales de izquierda y extrema izquierda, como David Rousset. El RDR, el único partido al que Sartre se afilió, murió tras su marcha (octubre de 1949). Desde mediados de 1952 hasta finales de 1956, se convierte en compañero de ruta del Partido Comunista Francés (PCF), en buena medida a causa de la represión policial y judicial que por entonces este padece, pese a que hasta el momento lo había criticado con bastante violencia. Tanto es así que el presidente de la Unión de Escritores Soviéticos lo había calificado en 1948 de “hiena dactilográfica”. Rompió con el partido tras el aplastamiento del levantamiento húngaro por parte de Moscú, en noviembre de 1956. Como sucederá en cada ocasión, su elocuencia periodística se impregna de los temas y el léxico de los compañeros de ruta que escoge. Tal es el caso de sus textos publicados en France-URSS en 1955, que no tienen nada que envidiar a la fraseología de los comunistas ortodoxos. No obstante, los artículos sartrianos de ese periodo incorporan una reflexión siempre actual sobre la mistificación de los dirigentes y la prensa: “Todos nuestros lectores saben que consideramos la política del Gobierno nefasta y despreciables los hombres que la inspiran: pero nuestra tarea es demostrarlo sin cesar. Solo demostrándolo podemos esperar ser útiles. Perseveraremos: si está prohibido llamar criminal a Bidault, diremos que es muy culpable; si se nos niega el derecho a hablar de la sangre que mancha sus manos, hablaremos de las escamas que cubren sus ojos. Solo es una cuestión de terminología” (8).

Los últimos meses de asociación de Sartre con el PCF se superponen a su compromiso contra la guerra de Argelia. Fue su gran batalla (9). Y eso es lo que algunos siguen sin perdonarle: su anticolonialismo visceral, la implacabilidad de su discurso que sitúa a los franceses ante sus responsabilidades históricas, intelectuales y morales: “Falso candor, escapismo, mala fe, soledad, mutismo, complicidad negada y, al mismo tiempo, aceptada, eso es lo que en 1945 llamamos responsabilidad colectiva. En aquel en-

tonces, no tenía sentido que la población alemana pretendiera haber ignorado la realidad de los campos. ‘¡Vamos! –decíamos–, ¡lo sabían todo!’. Teníamos razón, lo sabían todo y solo hoy podemos comprenderlo: ya que nosotros también sabemos todo. (...) ¿Todavía nos atreveremos a condenarlos? ¿Todavía nos atreveremos a absolvernos?’ (10).

Algunos, a menudo los mismos, tampoco aceptan su amistad con el psiquiatra y ensayista de la Martinica Frantz Fanon, por entonces casi en el ostracismo, cuyo ensayo clave sobre el tercermundismo, *Los condenados de la Tierra* (1961), prologó. Un prólogo en el que critica la mentira de una nación orgullosa que no es más que la sombra de sí misma: “Cuánta charlatanería: libertad, igualdad, fraternidad, amor, honor, patria y no sé cuántas cosas más. Eso no nos impedía sostener al mismo tiempo discursos racistas: sucio negro, sucio judío, sucio moro” (11).

La radicalidad y subversión de Sartre se mide desde el odio que le manifiestan los comunicadores del mundo literario y periodístico. Ni siquiera se es tan duro con Céline, salvado por determinada crítica con el pretexto de su estilo. Ya que, si bien no fue antisemita, Sartre cometió el grave error de fraternizar con aquellos que se sublevaron contra el opresor francés. Las calumnias se suceden a buen ritmo. Uno de esos camorristas de salón no tiene miedo del ridículo, llegando a acusar a Sartre de “tentativa de asesinato contra Camus”. Todo eso, por supuesto, con el telón de fondo de la guerra de Argelia, que les lleva a insistir en la idea de un “filósofo [Camus] que nunca se equivocó” (12). Esgrimiendo la complejidad de su situación personal, se justifica la posición errónea del autor de *El extranjero* respecto a los desafíos del

momento histórico; se desdén un combate valiente –y peligroso: el domicilio de Sartre fue objeto de un atentado con plástico perpetrado por la extrema derecha– por el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Por otro lado, los medios de comunicación siempre aprovecharán para burlarse de Sartre en Billancourt sobre su tonel, en la época de su acercamiento a los maoístas de la izquierda proletaria, en los años 1970.

“Pistolas cargadas”

Hace algunos meses, en *Le Figaro*, Jacques Julliard, miembro de la Academia Francesa, culminada encarnación del intelectual oficial, institucional y consensual, ofrecía su veredicto sobre Sartre: “Mal novelista, dramaturgo irrepresentable, filósofo prolífico pero sin originalidad, es un libertario que elogió todas las dictaduras, un alma grande que justificó todas las masacres perpetradas en nombre del socialismo (...). Es un impostor de buena fe que reservó su severidad, a veces su rabia, para los regímenes liberales y que hizo de la exhibición de la mala conciencia del escritor la razón de su estatus intelectual. Es el único ámbito en el que ha engendrado discípulos hasta nuestros días” (13). ¿Por qué tanta inquina?

Para llegar a “una defensa política de Sartre” (14), lo mejor es evaluar su obra en situación, calibrar tanto los errores, los excesos, las debilidades, como la brillantez, la pertinencia y la actualidad. ¿La actualidad? Que ese modelo de intelectual comprometido esté actualmente pasado de moda no es algo de lo que debamos alegrarnos. En 1983, tres años después de la muerte de Sartre, Pierre Bourdieu explicaba que “las condiciones coyunturales, pero también estructurales, que (...) hicie-

ron posible [al intelectual por excelencia] están hoy en vías de desaparición: las presiones de la burocracia estatal y las seducciones de la prensa y el mercado de bienes culturales, que se conjugan para reducir la autonomía del campo intelectual, y sus propias instituciones de reproducción y conservación amenazan lo más raro y valioso del modelo sartriano del intelectual y lo más antitético a los principios ‘burgueses’: el rechazo de los poderes y privilegios mundanos (como el Premio Nobel) y la afirmación del poder y el privilegio propiamente intelectuales de decir no a todos los poderes temporales” (15).

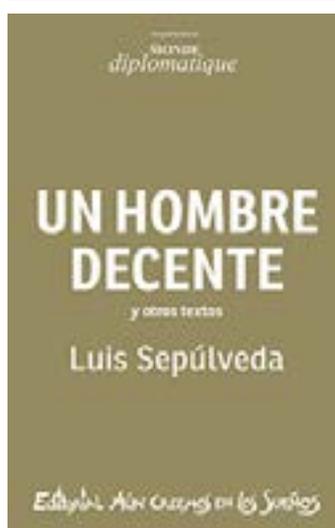
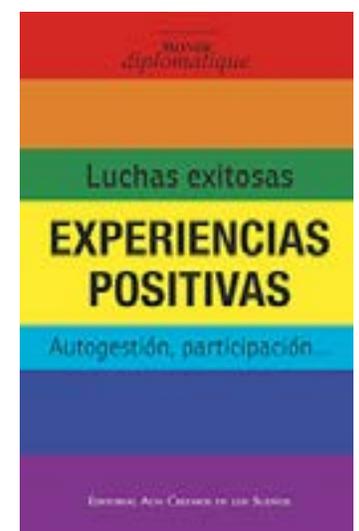
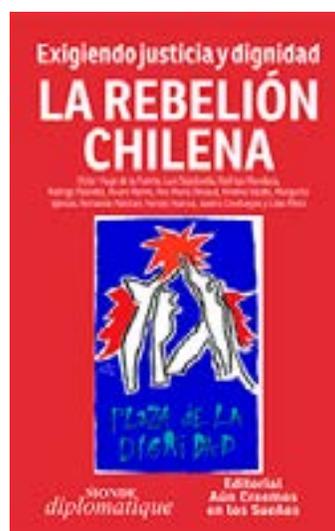
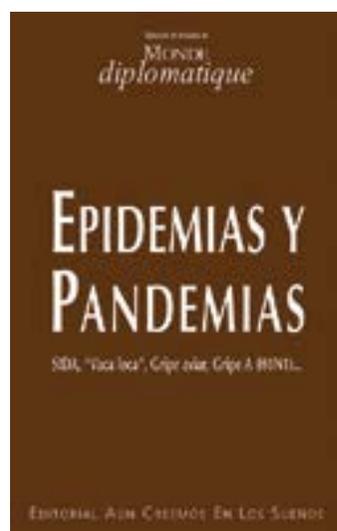
El rechazo de Sartre al que asistimos es la lógica impugnación de todo ello. Él es quien les recuerda a los intelectuales de tertulia televisiva que un intelectual se vuelve digno de tal nombre por su pensamiento, sus trabajos, su obra, su determinación, y no por sus apariciones en los medios de comunicación y sus amigos poderosos. Frente a los profesionales del pensamiento dominante que repiten que los tiempos han cambiado, que las luchas y las reivindicaciones solo son admisibles en determinados cauces, podemos afirmar que ningún cambio por el bien común se desencadenó susurrando “sí”, sino gritando “no”. Al principio de la lucha, siempre está el rechazo. Los intelectuales y periodistas que rechazan a Sartre lo saben, contrariamente a lo que su discurso da a entender. Deformar y cubrir de oprobio la palabra sartriana es menoscabar nuestra libertad de oponernos al dominio de las convenciones y el poder. Es hacernos creer que todas las palabras valen lo mismo y contribuir a degradarlas, cuando la responsabilidad del intelectual, a veces, es usarlas, según expresión del propio Sartre, como si fueran “pistolas cargadas”. ■

Notas:

1. Pierre Bourdieu, “Sartre, l’invention de l’intellectuel total”, *Libération*, 31 de marzo de 1983; reeditado por Agone, n.º 26-27, 2002.
2. Cf. Dossier Sartre, Europe, París, octubre de 2013.
3. Cf. Claude Imbert, “Sartre, la passion de l’erreur”, *Le Point*, 14 de enero de 2000.
4. Guy Hocquenghem, *Lettre ouverte à ceux qui sont passés du col Mao au Rotary* [1986], Agone, Marsella, 2003.
5. Jean-Paul Sartre, “Présentation des Temps modernes”, *Les temps modernes*, 1 de octubre de 1945 (reproducido en *Situations II*, Gallimard, París, 1948).
6. Cf. Michel Contat y Michel Rybalka, *Les Écrits de Sartre*, Gallimard, París, 1970; cf. también Annie Cohen-Solal, *Sartre*, Gallimard, París, 1985.
7. Cf. Anne Mathieu, “Jean-Paul Sartre et l’Espagne: du ‘Mur’ à la préface au Procès de Burgos”, *Roman 20-50*, 2007/1, n.º 43, junio de 2007.
8. Jean-Paul Sartre, “À nos lecteurs”, *Les Temps modernes*, mayo de 1954.
9. Véase “Jean-Paul Sartre y la guerra de Argelia”, *Le Monde diplomatique* en español, noviembre de 2004.
10. Jean-Paul Sartre, “Le colonialisme est un système”, *Les Temps modernes*, marzo-abril de 1956 (reproducido en *Situations V*, Gallimard, París, 1964).
11. Jean-Paul Sartre, Prefacio a Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre*, “Cahiers libres”, Maspero, París, 1961 (reproducido en *Situations V*, op.cit.).
12. Michel Onfray, “La tentative d’assassinat de Sartre contre Camus”, *Le Point*, 5 de enero de 2012; “Le philosophe qui ne s’est jamais trompé. Comment Sartre a tenté de le tuer”, *ibid.*
13. Jacques Julliard, “Pourquoi les intellectuels n’aiment pas la liberté”, *Le Figaro*, 1 de julio de 2019.
14. Cf. Ian H. Birchall, *Sartre et l’extrême gauche française*, La Fabrique, París, 2011.
15. Pierre Bourdieu, “Sartre, l’invention de l’intellectuel total”, *art. cit.*

*Profesora titular de Literatura y Periodismo en la Universidad de Lorena, directora de la revista *Aden*.

Adquiera libros digitales a \$2.500 en www.editorialauncreemos.cl



<https://editorialauncreemos.cl/categoria-producto/sin-categoria/libros-digitales/>

Mujeres y lecturas en los tiempos de pandemia

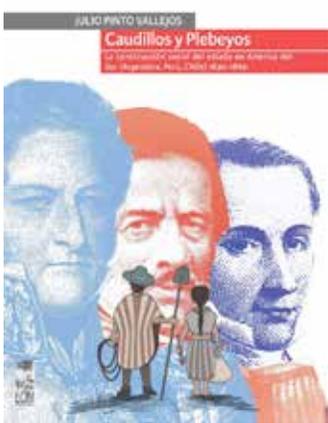
Diferentes enlaces

Un estudio publicado en la revista *Proceedings of the National Academy of Sciences* (PNAS, por sus siglas en inglés) determinó que las mujeres tienen más posibilidades que los hombres de sobrevivir a situaciones críticas como las hambrunas y epidemias. <https://www.aa.com.tr/es/mundo/las-mujeres-son-m%C3%A1s-resistentes-a-las-epidemias-que-los-hombres/1027663> Por otra parte, la epidemia, una enfermedad social con efectos inesperados y gran alcance, es una gran realidad histórica, poco conocida por los historiadores como temida por los contemporáneos <https://www.Universalis.fr> La primera epidemia de la que nos queda un rastro es la «peste de Atenas» que asoló Grecia de 430 a 426 a.C. y habría causado la muerte de decenas de miles de personas, entre ellas el estratega Pericles. https://www.herodote.net/Entre_la_peste_et_le_cholera-synthese-2672.php Posteriormente en la Edad Media, la peste negra o bubónica, que ha producido relatos como *El Decamerón* escrita entre 1351 y 1353, donde se exponen temas como el amor, la inteligencia humana y la fortuna, relacionados con argumentos de erotismo, drama, tragedia, bromas, narrados cada noche por cada uno de sus protagonistas, en su retiro en una villa, donde se resguardan de la peste negra, que devasta a Florencia, historias de hombres y mujeres relatadas por Giovanni Boccaccio. www.elejandria.com Dos siglos después *El Heptamerón*, de Margarita de Navarra, relatos de historias durante un encierro obligado en una abadía por un temporal, donde hombres y mujeres cuentan una historia, real o inventada, comentada por los participantes. Simone de Beauvoir comentó

sobre esta obra: “*La escritora que mejor sirvió a la causa de su sexo fue Margarita de Navarra, que propuso contra la licencia de las costumbres un ideal de misticismo sentimental y de castidad sin mojigatería, tratando de conciliar amor y matrimonio para honor y dicha de las mujeres*”. <https://ciudadseva.com/texto/heptameron-003/> También en la época colonial chilena hubo pestes que cambiaron la condición social y humana de la época. Y en el siglo XIX, el cólera fue otra pandemia arrasadora, sobre todo en los sectores más pobres de la sociedad, de allí que se impulsara la famosa higienización social, concebida como control social en Chile. <https://scielo.conicyt.cl/>; www.memoriachilena.cl; Y para nuestra contemporaneidad, *La Historia de las Mujeres* es una buena ocasión para entender la historia desde sujetos que hasta hace muy poco eran solo relatadas por hombres en la historiografía, que han comenzado a producir su propia lectura de la historia, reconociendo aquellas que nos precedieron y trayéndolas al presente a través de investigaciones y publicaciones. www.academia.edu; www.memoriachilena.cl; <https://journals.openedition.org/nuevomundo/>

Por cierto siempre lúcidas y vigentes, *La Peste* de Albert Camus; *Ensayo sobre la Ceguera* de José Saramago, y *1984* de Georges Orwell, indispensables para ampliar la mirada sobre el control social que se está ejerciendo durante la pandemia y preparando la poscuarentena. Finalmente un excelente sitio para novelas recientes sobre pandemia y escritos de mujeres desde hace un siglo <http://especiales.revistaarcadia.com/los-cien-mejores-libros-recomendados-de-los-ultimos-cien-anos-escritos-por-mujeres/index.html> ♦

Margarita Iglesias Saldaña



Caudillos y Plebeyos

La construcción social del Estado en América del Sur (Argentina, Perú, Chile) 1830-1860

Julio Pinto Vallejos
LOM Ediciones, diciembre 2019, 391 pp.

“*O dicho en términos más ambiciosos, que nuestras historias no son comprensibles sin el debido reconocimiento de sus protagonismos subalternos, y sin la adopción de una mirada propiamente latinoamericana*”. El trabajo de Julio Pinto Vallejos y de sus numerosos colaboradores va mucho más allá de un simple relato de los eventos que condujeron a la construcción de los Estados posindependencia de Argentina, Perú y Chile.

Se trata de un trabajo en una área poco visitada antes, es decir, de estudio comparativo de la construcción de estas tres repúblicas que ahora presentan características y formas diferentes, pero que, como lo mostró Julio Pinto, tuvieron y siguen teniendo mucho en común.

Más relevante aún es el enfoque que eligió el autor. Se suele pensar y afirmar que los que construyeron el Estado fueron las elites,

desde arriba y simplemente imponiendo sus leyes y normas a las plebes, es decir la clase popular, los indígenas, y a veces los esclavos. En otras palabras, uno suele pensar que los dirigentes pudieron hacer lo que más les convenía, sin nunca tener que contar con el pueblo. En este libro complejo, el autor restablece la verdad. Que sea en el Chile portaliano, el Buenos Aires rosista o en el Perú de Ramón Castilla, las elites y sus dirigentes nunca pudieron excluir totalmente a las plebes de sus políticas.

Al contrario, los protagonistas “subalternos” fueron actores decisivos en cuanto a algunas decisiones. Aunque en el Chile de Diego Portales la represión logró establecer una suerte de “orden”, pronto los dirigentes se dieron cuenta de que no podían mantenerlo sin el apoyo popular, lo que demuestran las revueltas que acabaron con el orden propiamente portaliano. En el caso de Argentina, Juan Manuel de Rosas supo desde el principio que tenía que formar alianzas con los pueblos indígenas, y fue cuando paró de darles su atención que el orden que había instalado se empezó a quebrar. En cuanto al Perú de Ramón Castilla, fue la abolición del régimen de esclavitud de los afro-peruanos y de la contribución obligatoria de los indígenas que permitió la instauración de una suerte de unión territorial, cuando aún no se podía hablar de nación. Más todavía, fue eso lo que le permitió mantenerse por tantos años en el poder con el apoyo de las dos clases citadas arriba, sin lo cual nunca hubiera sido reelegido.

Finalmente, Julio Pinto nos recuerda que la historia de la construcción social del Estado no es la de las elites, sino que ha sido más bien “social”, en el sentido de que nunca se gobernó tomando en cuenta a la mayoría de la población, lo que, hasta hoy en día, parece que se debe recordar. ♦

Caroline Chambon

LOM EDICIONES

30 años leyendo otro Chile

Ninguna pandemia, ninguna cuarentena podrá detener la necesidad de cambios que nuestra sociedad requiere; por el contrario, hoy más que nunca nuestros anhelos por una sociedad justa y solidaria se confirman.

LOM, libros para la reflexión, la crítica y la acción.

Búscanos en www.lom.cl
y consulta nuestro amplio catálogo.

Estamos con ventas en línea,
por compras sobre \$12.000,
el despacho es gratis, a todo el país.



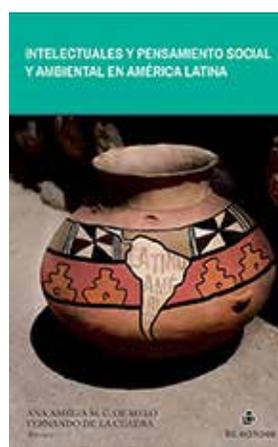
LOMEdiciones



@Lomediciones



@lom_ediciones



Intelectuales y pensamiento social y ambiental en América Latina

Ana Amelia De Melo y Fernando De la Cuadra (editores).
RIL editores, 2020, 462 págs.

Este libro está constituido por dieciséis ensayos que dan cuenta de igual número de debates, en diversas áreas de preocupación de las izquierdas del continente. Cuatro de estos están en portugués. Diversos aspectos de la organización de los intelectuales son abordados por buenos trabajos de Ana de Melo, Ivette Lozoya, Cristina Moyano y Mario Garcés. Otros textos abordan debates como la educación popular o las teologías de la liberación.

De la Cuadra escribe un muy buen trabajo sobre José Carlos Mariátegui. Uno de los intelectuales peruanos más universales del siglo veinte. Este ensayo relaciona la concepción que tenía del socialismo indoamericano y del mito, como componente de la lucha social: “no queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nues-

tra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano”.

Los ensayos valoran el actual debate de una América Latina que sufrió varias décadas de importantes pérdidas de intelectuales. Cientos de mujeres y hombres, músicos, físicos, juristas, obreros, escritores, matemáticos, filósofos, etc., fueron asesinados defendiendo la democracia o se encuentran hasta hoy desaparecidos. Muchos más partieron al exilio y algunos lograron regresar, algunos fallecieron en el extranjero y otros se quedaron en los países donde los acogieron o murieron exiliados. De aquellos que se quedaron en su país, fueron más aun los que la persecución y la falta de trabajo los orilló hacia labores menores. Por cierto, los debates de quienes luchaban por el socialismo y la justicia social en esas décadas tenían matices finos que se han perdido. Varios trabajos revisan estos debates y el rol de los intelectuales en el siglo XX, lo que hace de este libro un esfuerzo muy relevante.

Uno de estos es el de Katz, quien nos presenta un interesante resumen del debate de autores como Fernando Henrique Cardoso, Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, André Gunder Frank y muchos otros en las décadas del sesenta y setenta respecto a economía, dependencia y Estado en Latinoamérica.

El libro presenta trabajos interesantes y serios, me he quedado con el ensayo de Claudio Katz por la recuperación de un debate que debemos volver a revisar, y el de Fernando de la Cuadra por la actualización original y robusta de la reflexión de Mariátegui. Una excelente lectura para pensar la América que queremos después de la pandemia. ♦

Gonzalo Rovira

Homenaje a Luis Sepúlveda Calfucura

Con profundo dolor despedimos a nuestro compañero Luis Sepúlveda Calfucura, escritor y amigo, miembro del equipo de *Le Monde Diplomatique* y de la editorial Aún Creemos en los Sueños, donde publicó nueve libros con un centenar de sus crónicas.

Luis Sepúlveda falleció a los 70 años el 16 de abril, en Oviedo, España, después de más de siete semanas hospitalizado, luego de contraer el coronavirus.

Enviamos nuestros mejores sentimientos a su

compañera, la poeta Carmen Yáñez y a sus hijos Carlos, Paulina, Sebastián, Max, León y Jorge. Vayan también nuestras sentidas condolencias a sus amistades, lectoras y lectores que nos han enviado más de dos mil mensajes.

Para nosotros además de un escritor se va un gran amigo y compañero, que nos acompañó desde el comienzo en esta aventura que ha sido publicar *Le Monde Diplomatique* en Chile. Despedimos a un hombre generoso y talentoso, un contador de historias, que puso su saber al servicio de los demás.

Luis Sepúlveda ha sido homenajeado con cariño en todo el mundo. Sus más de treinta libros, traducidos a numerosos idiomas, han emocionado a millones de lectores, de todas las edades, que lo recuerdan con mucho afecto. Luis Sepúlveda fue un magnífico escritor y un ciudadano comprometido con las grandes causas revolucionarias, siempre al lado de las luchas sociales con la pasión de los que creen que otro Chile y otro mundo son posibles.

Nos quedamos con los hermosos recuerdos y con sus libros, que nos acompañarán por siempre.

Las mujeres de mi generación. Por Luis Sepúlveda

A Carmen Yáñez "Pelusa", Marcia Scantlebury y Ana Schilling.

Las Mujeres de mi generación
abrieron sus pétalos rebeldes
No de rosa, camelias, orquídeas u otras
yerbas
De saloncitos tristes, de casitas
burguesas, de costumbres añejas sino
de yuyos peregrinos entre vientos.

Las Mujeres de mi generación
florecieron en las calles,
Y en las aulas argentinas, chilenas
o uruguayas supieron lo que tenían
que saber para el saber glorioso de las
Mujeres de mi generación.

Minifalderas en flor de los setenta
Las Mujeres de mi generación no
ocultaron ni las sombras de sus muslos
que fueron los de Tania erotizando
con el mayor de los calibres los
caminos duros de la cita con la muerte
Porque las Mujeres de mi generación
bebieron con ganas del vino de los
vivos
acudieron a todas las llamadas y
fueron dignidad en la derrota.

En los cuarteles las llamaron putas y
no las ofendieron
porque venían de un bosque de
sinónimos alegres:
Minas, Grelas, Percantas, Cabritas,
Minones, Gurisas, Garotas, Jervas,
Zipotas, Viejas, Chavalas, Señoritas
hasta que ellas mismas escribieron
la palabra Compañera en todas las
espaldas y en los muros de todos los
hoteles
Porque las Mujeres de mi generación
nos marcaron con el fuego indeleble
de sus uñas la verdad universal de sus
derechos.
Conocieron la cárcel y los golpes
Habitaban en mil patrias y en ninguna
Lloraron a sus muertos y a los míos
como suyos
Dieron calor al frío y al cansancio
deseos
Al agua sabor y al fuego lo orientaron
por un rumbo cierto.
Las mujeres de mi generación
parieron hijos eternos
Cantando Summertime les dieron teta
Fumaron marihuana en los descansos
Danzaron lo mejor del vino y bebieron
las mejores melodías

Porque las Mujeres de mi generación
nos enseñaron que la vida no se ofrece
a sorbos compañeros sino de golpe y
hasta el fondo de las consecuencias.

Fueron estudiantes, mineras,
sindicalistas, obreras, artesanas,
actrices, guerrilleras, hasta madres y
parejas
en los ratos libres de la Resistencia.
Porque las Mujeres de mi generación
sólo respetaron los límites que
superaban todas las fronteras.

Internacionalistas del cariño,
brigadistas del amor
comisarias del decir te quiero,
milicianas de la caricia.
Entre batalla y batalla, entre amor y
amor, entre fuego y fuego las Mujeres
de mi generación lo dieron todo y
dijeron que eso era apenas suficiente.

Las declararon viudas en Córdoba y en
Tlatelolco
Las vistieron de negro en Puerto
Montt y São Paulo

Y en Santiago, Buenos Aires o
Montevideo fueron
las únicas estrellas de la larga lucha
clandestina.

Sus canas no son canas sino una forma
de ser para el qué hacer que les espera.
Las arrugas que asoman en sus rostros
dicen he reído y he llorado y volvería a
hacerlo.

Las Mujeres de mi generación han
ganado algunos kilos de razones que
se pegan a sus cuerpos
Se mueven algo más lentas, cansadas
de esperarnos en las metas.
Escriben cartas que incendian las
memorias
Recuerdan aromas proscritos y los
cantan.
Inventan cada día las palabras y con
ellas nos empujan
Nombran las cosas y nos amueblan el
mundo
Escriben verdades en la arena y las
ofrendan al mar
Nos convocan y nos paren sobre la
mesa dispuesta.

Ellas dicen pan, trabajo, justicia,
libertad

y la prudencia se transforma en
vergüenza.

Las Mujeres de mi generación son
como las barricadas:
protegen y animan, dan confianza
y suavizan el filo de la ira.

Las Mujeres de mi generación son
como un puño cerrado
que resguarda con violencia la ternura
del mundo.
Las Mujeres de mi generación no
gritan
porque ellas derrotaron al silencio.

Si algo nos marca, son ellas.
La identidad del siglo son ellas.
Ellas: la fe devuelta, el valor oculto en
un panfleto
El beso clandestino, el retorno a todos
los derechos
Un tango en la serena soledad de un
aeropuerto
Un poema de Gelman escrito en una
servilleta
Benedetti compartido en el planeta de
un paraguas
Los nombres de los amigos guardados
con ramitas de lavanda
Las cartas que hacen besar al cartero
Las manos que sostienen los retratos
de mis muertos
Los elementos simples de los días que
aterran al tirano
La compleja arquitectura de los
sueños de tus nietos.

Lo son todo y todo lo sostienen
Porque todo viene con sus pasos
y nos llega y nos sorprende.
No hay soledad donde ellas miren
Ni olvido mientras ellas canten.

Intelectuales del instinto, instinto de
la razón
Prueba de fuerza para el fuerte
y amorosa vitamina del débil.
Así son ellas, las únicas, irrepetibles,
imprescindibles, sufridas, golpeadas,
negadas pero invictas
Mujeres, Mujeres, Mujeres de mi
generación.

Luis Sepúlveda. Escrito en 1999

Publicado en:
www.lemondediplomatique.cl/carne-de-blog

En recuerdo de su
compañero Luis Sepúlveda

Último poema de Carmen Yáñez



Éramos tan felices y no lo sabíamos

Ignorantes de la luz que circundaba
la inocencia
éramos tan felices amor mío
con el calor de nuestras manos
juntas
cruzando todos los caminos
y riéndonos de los obstáculos de
piedra o granizo
que nos intentaban parar esa carrera
irresponsable de la felicidad.

Éramos tan felices
y no nos enterábamos de la
dimensión de la vida.

De la invisible amenaza, de la larga
sombra del miedo,
no lo sabíamos nosotros,
irreverentes.

Amándonos con proyecciones de
futuro.

Hoy ya no pienso más allá de
mañana cuando espero
tu prueba de vida dicha por otros.